

· ARACELI SAMUDIO ·

se

CON
LOS OJOS DEL
Alma

SERIE
AMOR EN UN
MUNDO INCLUSIVO

Lectulandia

Ámbar perseguía la libertad, esa era la palabra que marcaba su camino. Volaba de un lado al otro en búsqueda de un lugar donde por fin se encontrase a gusto, un sitio que la hiciera sentir parte de algo, de un todo. Pero nunca lo hallaba, porque cuando la novedad pasaba, simplemente todo se repetía en su interior, los recuerdos y temores afloraban, y ella volvía a huir.

Mariano estaba lleno de estructuras y organización, esa era la forma como lograba sobrevivir y destacarse en la vida académica, a pesar de su discapacidad. Necesitaba crear una fortaleza en torno a su persona, asegurarse de que nada pudiera sabotear todo lo que había logrado. Para ello, tenía solo dos armas: su inteligencia extrema y el poder que le otorgaba su cargo. Con ello manejaba a los que lo rodeaban, lograba que le temieran porque pensaba que solo con el miedo obtendría el respeto que tanto ansiaba. Pero lo cierto era que se sentía inferior al resto y había creado ese solitario mundo para protegerse.

Un día, sus caminos se juntaron y sus personalidades sacaron lo peor de cada uno. El orgullo se convirtió en la barrera que ambos utilizaron para poder evadir lo que en realidad sentían, aquello a lo que tanto temían. Ámbar no deseaba perder su falsa libertad y Mariano no quería ser vulnerable para nadie; aceptar el amor no era algo que estaba en sus planes. Pero los planes no siempre se cumplen y el destino tiene caminos misteriosos.

Araceli Samudio

Con los ojos del alma

Amor en un mundo inclusivo - 3

ePub r1.0

Titivillus 14.08.2020

Título original: *Con los ojos del alma*
Araceli Samudio, 2018
Diseño de cubierta: Guillermo Sandoval
Fotografía de cubierta: Fernanda Salinas

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Con los ojos del alma

Dedicatoria

Agradecimientos

Prólogo

1. Todo nuevo

2. El asistente

3. Elección

4. Felicidad

5. Manzanas

6. Correcto

7. Enfermo

8. Cuidándote

9. Leamos juntos

10. Fraude

11. Volver a casa

12. En la montaña

13. Atrapados

14. Tus ojos

15. Intimando

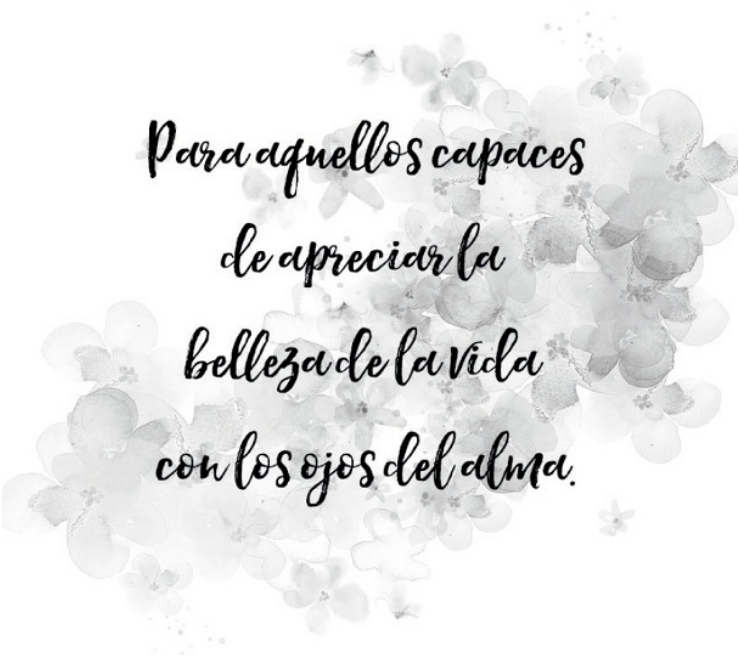
16. Confusiones
17. Cumpleaños
18. Tiempo juntos
19. Confesión
20. Amor y celos
21. Enamorado
22. Verdad
23. Adiós
24. Soledad
25. Defendiéndote
26. Despedida
27. A buscarte
28. Quédate
29. Mi pasado
30. Sanando
31. Nuestro tiempo
32. Probándote
33. Hermana Rita
34. Aroma a manzanas
35. Mi milagro
36. Preparativos
37. Con los ojos del alma
38. En cuerpo y alma

39. Jugando a ciegas

Epílogo

Unos años después

Sobre la autora



*Para aquellos capaces
de apreciar la
belleza de la vida
con los ojos del alma.*

Agradecimientos

Doy gracias a Dios por darme la vida y regalarme las oportunidades para alcanzar mis sueños y tocar corazones por medio de mis letras. A mi familia, especialmente a mi marido Andrés, por creer en mí y estar a mi lado incondicionalmente; a mis hijos, Ezequiel, Nayeli e Iñaki, que siempre escuchan con atención cuando una nueva historia surge en mi corazón y mi mente, y a mi madre, por su apoyo constante e incansable.

Quiero agradecer a mis amigos, a Guillermo Sandoval por las hermosas portadas que ha diseñado para esta serie, a Fernanda Salinas por haber conseguido las fotos más perfectas para dar vida a la serie «Amor en un mundo inclusivo», a Carolina Méndez por ser mi compinche, mi amiga, la primera en embarcarse conmigo en cada historia cuando aún son solo un suspiro en mi mente. A Nathalia Tórtora por sus consejos, su buenísima onda y por compartir conmigo sus conocimientos.

A Nova Casa Editorial, por confiar en mí y en mi trabajo, por haberme dado la oportunidad de atravesar fronteras por medio de mis historias y por haber hecho tangible esta serie.

Y a cada uno de mis lectores, los que me siguen desde antes y los que se van sumando, los que creen en mis historias y las viven, las gozan, las ríen o las lloran. Gracias por estar allí en todo momento, por dejarme mensajes que me acarician el alma, por el apoyo constante, por el cariño inmenso que me regalan. Sin ustedes nada de esto sería posible, sin ustedes mis personajes no hubieran cobrado vida.



Prólogo

MARIANO

Era uno de esos días en los que la tristeza hacía mucho más profundo el abismo de mi existencia. Estaba sentado en el huerto con una manzana en la mano, perdiéndome en su aroma, respirándola una y otra vez. Hay gente que dice que el sonido del mar le genera calma, otras personas gustan de oír música relajante, a mí solo me tranquilizaba el aroma de las manzanas.

Aún recuerdo la primera vez que olí una. La hermana Rita me había traído hasta aquí para enseñarme que podía reconocer las cosas por su textura o por su aroma. La verdad es que no lo creía posible, no me creía capaz de poder lograrlo; sin embargo, ella creyó en mí.

Las manzanas se convirtieron en el aroma del hogar, en uno de los pocos recuerdos felices de una infancia llena de dolor, en un perfume que asocié al cariño de una mujer que me quiso como una madre y me acogió entre sus besos y abrazos como si yo fuera lo más importante de su vida. El huerto era para mí el lugar donde hallaba paz cuando todo se tornaba complicado, cuando los miedos azotaban a mi alma ya demasiado torturada por la vida misma.

—¿Qué haces aquí, Mariano? ¿A qué hora llegaste? —preguntó Rita, mientras se acercaba. Al oír sus pasos y el sonido de su respiración, pude deducir su presencia incluso antes de que hablara.

—Vine a pensar un poco, a tomar fuerzas para el nuevo semestre —añadí.

—No sé qué es lo que te da miedo, Mariano. Llevas años enseñando en la universidad, todos conocen tus capacidades y, según me contó la señora Marina, que suele venir a la parroquia, todos los alumnos te aprecian y te respetan —comentó orgullosa con su voz cantarina.

—Más bien creo que me tienen miedo, Rita —negué.

—No digas eso, ¿quién podría tenerle miedo a un ser tan bello y lleno de luz como tú? —preguntó, acariciando mi cabello como si aún fuera el niño pequeño a quien mecía en su regazo en las noches de tormenta.

—Eso lo dices porque no conoces mi faceta de profesor —bromeé; ella era capaz de cambiarme el ánimo de inmediato.

—Bueno, pero que seas exigente es algo bueno. Los jóvenes de hoy necesitan un poco más de esa clase de docentes —añadió.

—Vamos a ver qué me depara este año, tengo varios cursos nuevos y tú sabes, hay de todo entre los alumnos. A algunos no les gusta que yo sea, bueno... que sea ciego, ya sabes —comenté, exteriorizando mi ansiedad, que era la misma siempre que iniciaba un nuevo periodo académico.

—¡Bahh! ¡Esas son tonterías! El único que nunca termina de aceptarse eres tú, Mariano. Pero ¿sabes? Este será un buen semestre, ya lo verás. Algo nuevo te traerá la vida —añadió.

—Cada vez que inicia un periodo dices lo mismo, Rita. Ya no soy un niño, por más que tenga fe y crea en muchas de las cosas que he aprendido aquí, esa «magia» a la que tú llamas milagros, ya no existe para mí —añadí, sonriendo.

—Eso es lo que tú crees, todavía la vida te puede sorprender. Cuando tú llegaste a mi vida, yo no esperaba recibir tan bello milagro, sin embargo, aquí estás —dijo posando su mano sobre la mía; ella siempre había dicho que yo era su milagro más grande en esta vida.

—No todas las personas obtienen esos milagros, Rita, quizás a ti te fue más fácil porque eres religiosa y estás más cerca de Dios —bromeé, desenfadado.

—Todos estamos tan cerca de Dios como queramos estarlo, y yo confío en que pronto llegará el milagro que esperas —insistió.

—No volveré a ver, y eso era todo lo que anhelaba de niño —dije con tristeza—. Era el milagro que esperaba.

—No puedo creer que estés tan grande y sigas creyendo que solo se puede ver con los ojos, Mariano. Todavía te queda aprender que, así como puedes ver esa manzana que tienes en las manos por su bello aroma, también puedes ver la vida con tus otros sentidos. Pensé que te lo había enseñado —bufó algo enfadada, pero sabía que solo bromeaba—, solo espero que tus alumnos sean mejores aprendices —añadió.

—Es cierto, me enseñaste a reconocer el mundo con mis otros sentidos, pero eso sigue siendo diferente a poder ver —rebatí, a pesar de saber que mi punto de vista la incomodaba.

—Un día me darás la razón, Mariano, un día aprenderás que también puedes ver con el corazón, con la mente, con el alma...

—Ya, ya, Rita. Mejor vayamos a comer esa tarta tan deliciosa que preparaste hoy. Mi tren sale en unas horas y necesito recargar fuerzas para este nuevo semestre —dije, incorporándome.

La hermana Rita se aferró a mis brazos. Caminamos lento hasta la cocina del convento, los años ya le pasaban factura, pero aun así, su alma era joven y fresca, yo lo podía sentir. Quizás a eso se refería ella cuando me hablaba de ver con el corazón o con el alma: sentía que a ella la conocía tanto como si alguna vez la hubiera visto; después de todo, ella y esas manzanas con las que preparaba las mejores tartas eran mi único hogar en este mundo.



1. Todo nuevo

ÁMBAR

Me había trasladado a una nueva ciudad, a una nueva universidad. Sabía que huir no era la mejor forma de afrontar los problemas; de hecho, no era una buena forma de hacerlo, pero algunas veces es la única manera. La idea era respirar aire nuevo, fresco; hablar con personas para quienes sería un completo libro en blanco y que no construirían su imagen de mí sobre prejuicios o ideas preconcebidas, sino sobre lo que yo quisiera mostrar, sobre lo que quisiera ser hoy y no sobre lo que fui ayer.

Siempre me consideré un alma libre con ganas de volar alto y lejos, sin riendas, sin limitaciones de ningún tipo, con ganas de leer y escribir historias donde pudiera ser quien quisiera, donde pudiera llegar a donde hasta donde mis sueños me llevaran. Por eso, me había decidido a volar del nido; por eso, había elegido empezar de nuevo. Y ahí estaba, frente a mi nueva universidad, en una ciudad que distaba bastante de mi pueblo natal. Sentía la adrenalina correr por mi sangre, esa mezcla de ansiedad y temor que siempre me agradó y que se genera en mi interior cada vez que estoy por iniciar una nueva aventura. A la mayoría de la gente, el temor la paraliza, le genera angustia; a mí, por el contrario, me motiva, me da ganas de seguir, de probar mis límites, de vencerlos.

Fui hasta la administración para recoger los horarios de mis clases; tenía que equiparar algunas materias. Nadie dijo que mudarse de universidad fuera sencillo, pero tampoco era como que a mí me gustara lo fácil.

A primera hora tenía clase de Literatura Universal, interesante materia, aunque no sabía bien cuál sería el enfoque. Revisé el nombre del profesor y el número del salón al que debía asistir: Prof. Dr. Mariano Galván, Aula Magna.

¡Dios! No podía creer que en realidad fuera a tener una clase con el Dr. Mariano Galván. Había leído muchos de sus libros y realmente me habían encantado; no tenía idea de que el hombre enseñara en esta universidad, ni siquiera que viviera en esta ciudad. Pero definitivamente esto era una señal, mi día no podría haber arrancado de mejor manera.

Desafortunadamente, no conocía el inmenso campus. Me perdí por el camino, tomé la dirección equivocada y, cuando llegué a la clase, habían pasado diez minutos desde el inicio. Eso fue fatal porque no quería que el profesor se llevara una impresión equivocada de mí. Me planteé la opción de saltarme la clase e iniciarla otro día, pero la admiración que tenía por este hombre hizo que las ganas de participar de su clase fueran mucho mayores que el temor a que se enfadara. Me aproximé a la puerta y tomé una gran bocanada de aire para ingresar.

—Permiso, profesor. —Todos los alumnos me miraron con expresión de susto, era obvio que había interrumpido la clase.

—¿Qué desea? —respondió el hombre, sin voltear a verme. No era para nada como me lo imaginaba, e incluso me pregunté si no sería algún profesor suplente; era demasiado joven para ser el profesor en cuestión. Me lo imaginaba como a un hombre de sesenta y algo, con canas, bigotes, tiradores y anteojos gordos y redondos como la base de una botella—. Dije: ¿qué desea? —repitió el profesor en tono gélido, todavía sin mirarme.

—Soy... soy Ámbar Vargas y soy nueva en la universidad, siento llegar tarde, me he perdido —contesté. Sentía que la voz me temblaba porque el profesor era intimidante.

—La típica excusa —respondió sin prestarme atención—. Pase adelante, y espero que para la próxima ajuste mejor su GPS. —Me adelanté con premura, buscando algún asiento desocupado. Pude ver a algunos chicos sonreír en silencio mientras otros parecían estar asustados.

—Ven a sentarte aquí —susurró una chica mientras me señalaba un lugar libre a su lado.

El silencio absurdo en la gigantesca clase me ponía nerviosa. Fui hasta ella lo más rápido que pude.

El profesor retomó la clase, levantando la cabeza. Recién allí pude notar que traía gafas de sol. Hice un gran esfuerzo para no reírme de semejante ridiculez; por lo demás, se veía joven, fuerte y guapo. Iba vestido con un traje gris claro, una camisa blanca y una corbata azul; su piel era clara y su cabello rubio ceniza, aunque parecía un poco largo. Estaba perfectamente peinado

hacia atrás. Era alto y se podían notar sus brazos fornidos bajo el saco gris que le quedaba exquisitamente elegante.

—¿Ese es el Profesor Doctor y no sé cuántos títulos más Mariano Galván?
—Le susurré a mi compañera que asintió temerosa, llevándose un dedo a los labios para que hiciera silencio—. Pero ¿no es muy joven?

—Tiene solo veintinueve años, es terriblemente joven y guapo, pero es una eminencia. Dicen que es superdotado —mencionó mi compañera y no pude evitar malpensar aquello. Volví a atajar una carcajada que quiso escapar de mis labios.

—Ha de ser —murmuré, dejando escapar una risa que corté de inmediato. Mi compañera entendió mis segundas intenciones y también rio.

—¿Tiene algún comentario que hacernos, señorita Vargas? —preguntó el profesor con la vista fija en el centro del salón.

—Perdone, profesor —contesté, fingiendo arrepentimiento.

Decidí hacer silencio en lo que quedaba de la clase. Unos minutos después, recibí una nota de mi compañera de al lado.

«Me llamo Fátima; un gusto, Ámbar. Te recomiendo que llegues a tiempo y que mantengas silencio durante esta clase. El profesor es único, sus clases son fabulosas, pero es la persona más insoportable del planeta tierra, no admite ningún error, ninguna falla, no escucha razones y es bastante dictatorial. Lo que él dice es ley. Las reglas con él son claras, hay que atender su clase y cumplirlas o vas muerta».

Tomé la hoja y le respondí:

«¿Tan joven y tan amargado? ¿Y siendo tan perfectamente bello? ¿Por qué es así?».

«Ni idea, pero es uno de los docentes más respetados de aquí».

«¿Y por qué trae esos lentes tan ridículos en plena mañana y adentro del aula?».

Mi compañera me observó, frunciendo el ceño como si lo que acababa de decir fuera una tontería.

«Es ciego, ¿no lo sabías?», preguntó.

Negué con un movimiento de mi cabeza y la miré con asombro. Luego, vi al frente y lo observé hablar decidido, firme, pero siempre con la vista al frente. Noté que tenía un libro abierto en su escritorio, y que sus dedos ocasionalmente paseaban por este. Estaba leyendo braille. Me sorprendí, realmente me sorprendí. Lo único que sabía de él era que se trataba un verdadero genio, de una eminencia.

El resto de la clase presté atención a todo lo que él decía; su tono de voz era cálido e imponente, no daba lugar a dudas ni a confusiones. Explicaba todo de una forma tan especial que lo hacía parecer sencillo y completamente entendible a todos los que estuvieran concentrados. Se notaba que amaba lo que hacía y que sabía muy bien de lo que hablaba. Como lo había pensado, su clase era sencillamente genial y yo no parecía ser la única que se sentía así; todos los demás chicos estaban absortos en sus palabras.

Al terminar la clase, el profesor se marchó, no sin antes dejarnos la primera tarea: leer un libro de cuatrocientas páginas para el próximo jueves. Eso significaba noches sin dormir; esperaba que al menos el libro fuera emocionante. Fátima se paró y me sonrió.

—Hola de nuevo, soy Fátima Lugo, un gusto conocerte. Él es mi amigo, Alejandro Reyes —dijo, presentando a un chico que se había acercado a nosotras.

—Hola, un gusto, y gracias por llamarme a sentarme a tu lado, me puse tan nerviosa que no podía encontrar un solo lugar libre —expliqué.

—Tranquila, el Profesor Galván tiene ese efecto en todos los alumnos. Además, una vez que oye tu voz, no se le olvida; tiene una memoria increíble, fuera de serie. Nos conoce por la voz, así que cuando alguien habla en clase, no hay forma de engañarlo, sabe perfectamente quién fue —aclaró un joven que se encontraba junto a mi compañera, con una sonrisa cómplice.

—Sí, le comentaba a Ámbar que dicen que es superdotado.

Ambas reímos recordando mi broma.

—Dios las cría y ellas se juntan —suspiró Alejandro—. También dicen que es gay chicas, así que no se hagan ilusiones.

—¿Quién es gay? —preguntó un chico moreno que se nos aproximaba.

—El maestro Galván —contestó Fátima, rodando los ojos.

—Uff, pues ojalá cariño, ojalá. —Suspiró él mientras se abanicaba con sus manos.

—Él es Roberto, y como ya te habrás dado cuenta, también quiere saber si el profe es superdotado —bromeó Alejandro, poniendo una mano sobre el hombro de su amigo.

—Hola, belleza, ¿cómo te llamas? —me saludó Roberto, bastante amanerado.

—Ámbar Vargas —sonreí entre besos en la mejilla.

—Oh, bonito nombre y hace juego con tus hermosos ojos —dijo con una sonrisa en su rostro—. ¡Bienvenida al club! —agregó, entusiasmado.

—¿Cuál club? —pregunté, confundida.

—A este, el club de los alumnos más divertidos de la universidad —agregó.

Alejandro lo golpeó suavemente en la cabeza.

—No le hagas caso, termina excitado luego de dos horas de clases con Galván —mencionó divertida Fátima.

—¡Quién no! —exclamé yo, y entonces Roberto me abrazó.

—Lo decía yo, eres de las mías, la pasaremos lindo por aquí.

Salimos los cuatro de la clase, entretenidos con las ocurrencias de Roberto. Ya lo había dicho antes, sería un gran día, el primer día del resto de mi vida.



2. El asistente

ÁMBAR

Estaba contenta, las clases iban mejor de lo que podía imaginar, la ciudad estaba llena de vida y de magia y mis amigos me hacían sentir como si nos conociéramos de toda la vida. No podía quejarme y pensaba quedarme por aquí un buen tiempo.

Mis clases favoritas eran las del profesor Galván, además de que lo podía mirar una y otra vez desde todos los ángulos posibles sin peligro a ser descubierta, mientras me deleitaba con la hermosura de su cuerpo. Escucharlo hablar era simplemente estupendo. Jamás pensé que adoraría esa clase, el hombre realmente sabía de lo que hablaba, no dudaba ni un segundo y sus explicaciones y análisis de cualquiera de los textos que estábamos viendo eran capaces de transportarnos a otro mundo. Incluso daba la impresión de saber de memoria cada libro, era increíble.

Para trabajar con mayor facilidad, tenía un ayudante. El asistente de ese semestre se llamaba Víctor, un alumno más avanzado. Según me había contado Fátima, todos deseaban el cargo, no porque se cobrara algo —ya que no era así—, sino por el estatus que te brindaba aquello y el peso que tendría en el futuro. Decían que Galván había recomendado a varios alumnos que habían trabajado con él y que estos habían conseguido buenos puestos laborales, uno de ellos se había quedado incluso como profesor de la universidad.

—¿Y cuáles son los requisitos para presentarse? —pregunté durante la charla.

—Haber cursado al menos un semestre completo con el profesor y tener un promedio de nueve y medio en su materia, y de al menos ocho y medio en

las demás materias, porque ser su asistente toma mucho tiempo —explicó Fátima.

—El profesor necesita de esos asistentes porque son los que le leen los trabajos prácticos que realizamos y los que pasan las presentaciones en clase a medida que él habla. La verdad es un trabajo bastante duro, sobre todo teniendo en cuenta que él no admite errores —completó Alejandro.

—Yo no podría ser su asistente, no resistiría tenerlo tan cerca —bromeó Roberto, y todos reímos.

—No podrías ni aunque quisieras, porque no te alcanzan las notas —zanjó Fátima.

Seguimos riéndonos de aquello, pero la verdad es que desde ese momento sentí la inmensa necesidad de intentarlo. Yo quería ser la asistente del profesor Galván y podía postularme para el siguiente semestre, ya que mis notas siempre habían sido buenas y era excelente alumna. Además, tenía tiempo suficiente para trabajar en ello y, por sobre todo, las ganas: quería llegar lejos y alto, y esto podía ser una gran oportunidad.

Y así fue pasando el tiempo, las clases se fueron sucediendo unas a otras sin mayores inconvenientes; me dediqué con ahínco a la materia de Galván para poder sacar el puntaje necesario para presentarme. Entregué los trabajos en fecha y me pasé noches sin dormir leyendo en un semestre más libros de lo que leí en cinco años. Vivía a base de café o energizante para poder despertarme temprano y llegar a sus clases luego de haber leído toda la noche; pero ahí estaba yo, con mi carpeta lista para presentarla y postularme como asistente el semestre entrante.

Debíamos entregar una composición sobre un tema libre, un ensayo sobre un libro que debía ser elegido entre una extensa lista que nos facilitaron y, además, teníamos que completar un cuestionario con nuestros datos y horarios disponibles, los conocimientos de informática que poseíamos y experiencias previas en cargos similares —si hubiere, cosa que no era mi caso—. Por último, había que responder en una hoja en blanco el motivo por el que aspirábamos a ser asistentes del profesor Galván. Todo aquello debía ser presentado en una carpeta de color verde, el lunes de ocho a diez de la mañana, a su secretaria en su despacho.

Me esforcé muchísimo en la preparación de la carpeta; tardé más de un mes en completar todo lo necesario y en sentir seguridad sobre lo que había redactado. El tema que elegí para la composición fue «La libertad», y para el ensayo tomé el libro «Orgullo y prejuicio», que era uno de mis favoritos.

Alejandro me recomendó que eligiera otro género, porque quizá Galván no era adepto a los sentimentalismos. A decir verdad, su reflexión me dejó pensando; era cierto que el romance no parecía ser del estilo del profesor, pero al final, decidí trabajar sobre lo que a mí más me agradaba de todas formas. Si no lo hacía, no estaría siendo yo misma. Después de todo, la literatura romántica era una de mis pasiones.

Con los nervios a flor de piel y mucha ansiedad, me presenté ante Sonia, su secretaria. Era una mujer que en realidad se veía mucho mayor de lo que probablemente era. No creía que superara los cincuenta años, pero se veía como alguien de cincuenta y cinco, o hasta sesenta quizá. Decían que era la debilidad de Galván, que la quería como a una madre y por eso era la única que lo aguantaba. Era su mano derecha en todo. Algunos comentaban que ella elegía las cinco mejores carpetas y solo esas pasaban a manos del profesor.

—Buenos días, señorita Sonia —saludé con educación.

—Buenos días, joven Vargas —me contestó, levantando su mirada de algo que estaba completando. Ella sabía los nombres de todos los alumnos que pasaban por los cursos de Galván.

—Vengo a dejar mi carpeta para aspirar al puesto como asistente del profesor Galván —dije, tendiéndole el material. Ella lo tomó y lo hojeó parsimoniosamente.

—Muy prolijo —sonrió con amabilidad. Luego, colocó mi carpeta sobre una enorme pila de otras similares, que ya se acumulaban en el extremo derecho del escritorio—. Le avisaremos por correo electrónico si ha sido seleccionada o no, a más tardar el próximo lunes.

—Muchas gracias. —Asentí con la cabeza. La verdad era que quería quedarme a conversar con ella un poco más, decirle lo importante que esto se había vuelto para mí, ofrecerle mi mayor esfuerzo para que todo saliera bien, pero no podía hacer eso, ¿cierto? Solo lograría espantarla.

La secretaria regresó a lo que hacía antes de mi llegada. Yo caminé hacia la salida del despacho con la mirada en el suelo, pensativa. Cuando llegaba a la puerta, sentí un empujón en mi hombro; iba a levantar la cabeza para mandar al infierno a quien me hubiera chocado, pero cuando lo vi, me di cuenta de que no podía hacerlo.

—Disculpe, profesor Galván, estaba distraída —me excusé con prisa.

—Debe prestar más atención por dónde camina, Vargas.

Nunca terminaría de entender cómo era capaz de saber con quién hablaba con solo escuchar su voz, sobre todo porque había varias decenas de alumnos sus clases.

—Lo siento, profesor —repetí. Me agaché a levantar una agenda que se le había caído por el impacto—. Se le ha caído esto —dije mientras se la ofrecía.

Él tanteó el aire en su búsqueda, sin bajar la cabeza. Lo moví con torpeza en un intento por alcanzárselo, pero él también sacudió su brazo y nuestras manos chocaron. Una suave corriente eléctrica atravesó mi piel. Alejé mi mano de golpe por un instante, pero volví a pasarle la agenda de inmediato.

—Gracias —murmuró apenas, podría jurar que él también sintió aquello.

Dejé que él ingresara y luego salí del despacho, observando mi mano y preguntándome qué había sido eso. Energía estática, quizá.

—¿Qué tal te fue?! —Mis amigos cuestionaron emocionados al verme en la cafetería.

—Lo sabré la próxima semana, pero si tomamos en cuenta que me he tropezado con él y que he tirado su agenda al suelo, creo que me fue un poco peor de lo que esperaba. Ese hombre es muy intenso, tiene la capacidad de erizarte todos los pelos del cuerpo con solo hablarte, es... intimidante. No sé si hice lo correcto, no sé cómo podría trabajar a su lado sin ponerme nerviosa y volverme torpe.

—¿Le tiraste las cosas? ¡Oh, qué romántico! ¿Cómo en las películas? —preguntó Roberto, bromeando mientras agitaba las pestañas en un gesto exagerado.

—¡No te burles, tonto!, aquello fue realmente incómodo.

—Tranquila, Ámbar —dijo Alejandro con una sonrisa.

—Si tiene que ser, será —dijeron al unísono Roberto y Fátima, interrumpiendo a Alejandro.

Todos reímos. Esa era su frase de cabecera, él basaba su vida en aquello y lo repetía constantemente.



3. Elección

MARIANO

—Buenas tardes, Sonia —saludé al entrar a la oficina. Ella contestó al saludo con una sonrisa y luego se levantó e ingresó al despacho tras de mí.

—Te preparé el chocolate caliente como te gusta —dijo de forma maternal.

Yo me senté en mi lugar y, una vez allí, ella colocó la taza en mi mano. Me apeteciera o no, lo tomaría; era la bebida más deliciosa y uno de los pocos buenos recuerdos que tenía de mi infancia.

—Gracias, mamama —sonreí, una vez dentro del despacho podía llamarla de la forma cariñosa en la que lo hacía en la intimidad, Sonia y Rita eran lo más parecido a una madre para mí.

—Mariano, tengo las cinco carpetas para elegir al próximo asistente.

—¿De verdad debo elegir uno nuevo? Me va tan bien con Víctor, es de los pocos de los que no tengo ninguna queja, es respetuoso, aplicado y se lleva muy bien con los alumnos, le respetan lo suficiente.

—Sabes que no puedes quedarte con un asistente por dos periodos consecutivos. —Me lo recordó.

Yo lo sabía. Los alumnos tomaban ese puesto porque les importaba el peso que les daba a sus currículos el haber trabajado conmigo, pero ellos debían estudiar y el puesto de asistente les llevaba demasiado tiempo. Durante un semestre se les otorgaba ciertos permisos, pero yo no podía mantener a un mismo asistente por dos periodos, era la regla. Además, mientras trabajaban para mí, no podían tomar mis clases, así que debían dejar de hacerlo para poder continuar con las materias que yo dictaba, si es que alguna estaba en su malla curricular. Y yo dictaba varias materias, la universidad y la docencia eran toda mi vida, literalmente.

—Bien. ¿Y quiénes son los osados alumnos que se han atrevido a dar semejante paso y además, han sido elegidos por ti? —pregunté.

Sonia era la persona que mejor me conocía, estaba completamente capacitada para decidir incluso por sí sola quién sería el indicado. Pero ella no quería dejarme fuera de la elección, decía que no era justo. Entonces, hacía la preselección, descartaba a la mayoría y me elegía a los cinco que consideraba más aptos. Aun así, después de escuchar las historias y trabajos de todos, y luego de que Sonia me dijera sus opiniones, casi siempre terminaba eligiendo al que ella decidía. Fueron solo dos veces las que la contradije, y debo admitir que en las dos me equivoqué, el tiempo me enseñó que su elección hubiera sido la adecuada.

Ese día estaba cansado, había sido una semana bastante larga y estresante. Los exámenes de fin de semestre eran agotadores tanto para los alumnos que debían estudiar, como también para los profesores que teníamos que prepararlos y luego corregirlos uno por uno. Ese trabajo lo hacía con mi asistente; Víctor debía leerme todas las respuestas para poder enterarme qué tanto habían aprendido los chicos en mis clases del semestre.

—Javier Romero, Analiz Sammuel, John Steeven, Carolina Mendieta y Ámbar Vargas.

—Mayoría femenina esta vuelta —sonreí.

—Casualidad. —Sonia tenía una fijación con encontrarme pareja y pensaba que debía aprender a relacionarme con el sexo opuesto, aunque fuera con alumnas. Lo cierto es que los estudiantes apenas me dirigían la palabra y mis asistentes siempre fueron muy profesionales, ellos sabían que yo no admitía errores—. John Steeven parece tener todas las características de lo que buscamos, pero no me convence su español. Aún le cuesta bastante y considero demasiado importante que tu asistente maneje bien el idioma.

—Lo entiendo. —El señor Steeven era un alumno de intercambio, era responsable e inteligente, pero era cierto, aún le costaba expresar todo lo que sabía en palabras del castellano.

—Analiz Sammuel me agrada, ha hecho una presentación excelente sobre «Cien años de soledad», e incluso aunque no la elijamos, deberías leerla.

—Sé que la leerás de todas formas —sonreí, sabiendo que luego de la pequeña presentación de cada uno, y aunque en su cabeza ya hubiera elegido al indicado, me leería todas esas carpetas.

—Javier Romero es un alumno excelente, además tiene muy buena reputación entre los demás chicos. Creo que puede ser una gran elección, así como lo fue Víctor. —Era muy importante que los asistentes fueran buenos

con las relaciones públicas, que fueran aceptados por el alumnado para evitar que se creara una situación hostil entre ellos—. Carolina Mendieta me ha sorprendido con la carpeta presentada, pero sé que tiene algunos problemas de relacionamiento por lo que no estoy segura que sea la mejor opción y, por último, está Ámbar Vargas; sé que es nueva y no tiene mucho contacto con el resto de los estudiantes, pero considero que es una chica sumamente agradable e inteligente y su presentación ha tocado mi corazón.

—Bien, solo dime a quién elegimos.

—Comenzaré a leerte las presentaciones de cada uno. —Ignoró mi comentario. Sabía que lo haría, pero debía intentarlo.

Me habló entonces sobre estos chicos: sus nombres, con quienes vivían, lo que hacían en su tiempo libre, lo que aspiraban. Yo trataba de no dormirme, no me interesaba en lo más mínimo la información personal, solo quería saber a quién elegiríamos. Mamama era demasiado humana, a ella sí le importaban esas cosas, ella era la que pedía los datos, para hacerse una idea de qué clase de persona era cada aspirante. Yo no estaba de acuerdo, ¿en qué afecta que a uno le guste el tenis o que sea bueno ejecutando el piano?

Procedió luego a leer el tema libre de cada uno: ética, la tecnología en la educación, la diversidad de género bla, bla, bla. Este punto tampoco me interesaba, no me apetecía saber qué es lo que pensaba cada uno sobre cualquiera de estos temas, no estaba eligiendo a un amigo, solo a un asistente.

Y por último, me leyó los ensayos sobre los textos escogidos. Esto me importaba más que el resto de la carpeta. Primero, porque la elección de la obra me hablaba mucho de los alumnos; segundo, porque el análisis de la misma me llevaba a interiorizarme en una parte del mundo de cada candidato. Lo que más me interesaba era saber qué pensaban o cómo analizaban estas obras. Eso era lo único que valía para mí.

Cuando mamama terminó, le pregunté directamente cuál era su preferido. Lo dudó un momento; eso fue extraño porque era muy rápida al elegir.

—Me quedaría con Javier Romero, pero creo que debemos darle la oportunidad a la señorita Ámbar Vargas.

Esa conclusión sí que me sorprendió, pensé que la última candidata sería Vargas, de hecho, no entendía por qué la había elegido. Su análisis de «Orgullo y prejuicio» no estuvo mal, pero la verdad fue muy normal, por decirlo de algún modo. Eligió romance para jugarse el puesto, casi nadie elegía ese género, quizá porque creían que no me agradaba, aunque no era cierto, me gustaba el romance, al menos en los libros. En su composición, habló sobre la libertad, tenía interesantes conceptos o formas de ver aquello,

pero me pareció una persona de esas que siempre corren tras una utopía. Vargas decía perseguir la libertad, y yo pensaba que la libertad no se alcanzaba jamás. Siempre somos reos de nosotros mismos.

—¿Vargas? —pregunté, confundido.

—Es una chica interesante —murmuró mamama—. ¿Sabes que ha elegido hojas con diseños variados para la carpeta? Acá hay una que tiene muchos corazones, y esta otra tiene palomas. Quiso darle un sentido a lo que escribía al seleccionar hojas que tuvieran relación con el tema. —Por el sonido de su voz, sabía que sonreía.

—¿Y eso no te parece demasiado inmaduro? ¿Una chica de la edad de Vargas con hojas con dibujitos te parece una buena opción para mi asistente?

—Sí, hay algo en ella. Me agrada su sentido de libertad, su capacidad de ver más allá de las cosas.

—¿Y todo eso lo entendiste de su redacción? Yo creo que Romero será mejor asistente, Vargas tiende a ponerse nerviosa ante cualquier situación. Si un alumno le levantara la voz o le faltara al respeto, no creo que fuese capaz de solucionarlo. No sé si tiene ese temple para hacerse respetar por sus coetáneos —añadí.

—Yo creo que puede aprender. Todos aprendemos por el camino; tiene buenas notas y sus trabajos en tus clases son excelentes —refutó mamama.

—Sí, son buenos y es muy responsable, en eso no tengo quejas, pero...

—La elección está en tus manos, Mariano, pero si me lo preguntas a mí, definitivamente elegiría a Vargas.

Lo dudé un buen rato. Esa chica era todo un enigma para mí desde el primer día que ingresó al salón. Cuando estaba cerca, cuando la oía hablar, cuando exponía alguna lección, su voz me resultaba tan melodiosa y cantarina que se me colaba por todos los sentidos. Tenía una gran curiosidad por tocar su rostro para imaginarme cómo era. Normalmente, cuando oía las voces, me hacía ideas mentales de cómo se verían las personas, pero nada más que eso, al rato lo dejaba pasar. Con ella, no podía. Me hubiera gustado poder verla, saber cómo se veían sus ojos o su cabello. Vargas me generaba curiosidad.

—¿Cómo es Vargas? —le pregunté a mamama, aprovechando la oportunidad; no podría preguntarle eso en otro momento porque le parecería demasiado extraño.

—Es una jovencita de mirada dulce, sus ojos son del color de la miel y es bastante pequeña de estatura. Su cabello está colmado de rizos y es de color negro, muy negro. —Podía darme cuenta de que mamama sonreía.

—Pareciera que le tienes un cariño especial. ¿Por qué la elegirías? — pregunté con curiosidad.

—Porque me lo dice el corazón.

Debo decir que aquella confesión me consternó. Mamama era muy profesional cuando se trataba de elegir a mi asistente, el corazón solía quedar excluido de esas situaciones, aunque sabía que ella tenía uno enorme. Estuve a punto de elegir a Romero por sobre la elección de mamama, pero aquello realmente me sorprendió, aunque yo no tuviera corazón.

—Entonces no se diga más, Vargas será. Confío en ti —asentí.



4. Felicidad

ÁMBAR

El viernes fue el último día de clases del semestre y también el examen final. Por fin, me esperaba un mes de descanso en el que podría relajarme y salir un poco con los chicos. Las semanas anteriores habían sido extenuantes, pero no me podía quejar, las notas fueron fantásticas.

Era el primer lunes sin ir a clases, me encontraba desayunando tranquila mientras veía algún programa matutino y disfrutaba de la calma de no tener que hacer todo contra reloj. Entonces, mi celular empezó a sonar. Sonreí al ver el número.

—Hola, papá —saludé, feliz de oírlo.

—Hija, ¿cómo estás? Hace mucho que no me llamas, estoy preocupado.

—Estoy bien, papi, solo que he estado ocupada con los exámenes. Al fin ha terminado todo, tendré unos días de descanso.

—Me alegro y estoy seguro de que todo te ha ido perfecto —añadió con certeza, me agradaba la confianza que mi padre siempre había depositado en mí.

—Algo así.

Seguimos hablando un poco más y luego se despidió. Su señora lo esperaba para ir de compras al supermercado. Quedamos en volver a hablarnos pronto.

El resto de la mañana me dediqué a arreglar un poco el departamento, a limpiarlo y a ordenarlo. Entre el poco tiempo que me dejó el estudio y el cansancio con el que regresaba a casa cada noche, pareciera que había pasado un tornado por mi hogar.

Me preparé algo liviano para comer y luego fui a encender la computadora. Esperaba ansiosa la llegada de este día para revisar el correo

electrónico y saber si había sido aceptada o no para trabajar con el profesor Galván.

Un correo del Centro de Estudiantes de la Universidad, notificaciones de actualizaciones de Wattpad, algún amigo que me etiquetó en una publicación de Facebook, noticias y ahí estaba: un *e-mail* de la señorita Sonia Mora, la secretaria de Galván. Lo miro con temor, no sabía si abrirlo o no. En realidad, ansiaba saber cuál era la respuesta, pero a su vez no quería afrontar la posible desilusión. Lo pensé un rato y, después de todo, acepté que en la incertidumbre todavía quedaba lugar para la esperanza. Al final, y como es lógico, terminé por abrirlo.

«Estimada señorita Ámbar Vargas:

Me place informarle que ha sido seleccionada para ejercer el cargo de asistente del Prof. Dr. Mariano Galván por el siguiente semestre educativo. Es un honor para nosotros contar con sus servicios.

A efectos de informarle sobre sus funciones y coordinar tareas y horarios, la esperamos en una reunión el próximo jueves a las diecisiete horas en el despacho del Profesor Galván.

Sin otro particular, nos despedimos atentamente.

*Sonia Mora – Secretaria
Prof. Dr. Mariano Galván»*

No podía creerlo. Lo releí y, en efecto, ¡había sido seleccionada! Estaba llena de emoción. Se presentaba un nuevo reto para mí, y ello me alegraba — más allá de lo que implicaría para mi carrera y mi crecimiento profesional trabajar codo a codo con una eminencia como Galván—. En el semestre que acababa de terminar, había aprendido un sinfín de cosas en su clase, ¿cómo sería trabajar a su lado!?

Llamé a los chicos para contarles la noticia y todos decidieron que festejar sería una buenísima idea. Además, en un par de horas más podríamos acceder a las notas finales de todas las materias, y ello también era motivo para festejar, o eso esperábamos todos.

Cuando nos encontramos por la tarde, descubrimos que las cosas no fueron tan bien para Roberto. Estaba completamente apagado, verlo así resultaba extraño.

—¿Qué te pasa? —pregunté al observarlo llegar con los ojos rojos.

—Reprobó dos materias —respondió Alejandro.

—Oh, lo siento mucho. —Me solidaricé con un abrazo. Él solo asintió, recostándose en mi hombro.

—Lo que pasa es que Roberto tiene una beca —explicó Fátima—. Una que le costó mucho conseguir y, si reprueba una materia más, se la quitarán.

—Te podemos ayudar a estudiar —ofrecí compungida, realmente me afectaba ver a Roberto tan alicaído. Él solo asintió, era obvio que no quería hablar más del tema.

Decidimos olvidarnos un rato de las notas y solo divertirnos. Fuimos a comer algo y luego a bailar, estuvimos allí hasta altas horas de la madrugada —aunque fuera lunes— pues estábamos de vacaciones.

Las horas y los días hasta llegar al jueves me los pasé imaginando qué cosas me dirían Sonia y Galván. Estar en el mismo lugar que él, y a solo pocos metros, me producía una sensación extraña muy similar al miedo. Él era intimidante y tan seguro de sí mismo que parecía robarse la confianza de todos los que lo rodeaban, por ello era tan respetado —además de todos sus conocimientos y cualidades como docente, claro—.

Aun así, el ansiado día llegó y yo solo pedía que mi corazón se desacelerara, que las manos me dejaran de sudar y que no dijera alguna tontería que me hiciera ver estúpida frente a estas personas. Tendía a ser muy torpe cuando me ponía nerviosa.

La señorita Sonia sonrió al verme, me dijo que Galván nos esperaba y que la siguiera. Ella ingresó primero y me señaló dónde sentarme, una silla frente al escritorio en el que Galván se encontraba. El profesor parecía estar concentrado en un libro en braille. Me acomodé y Sonia se sentó a mi lado.

—Mariano, aquí está Ámbar Vargas —me presentó. Me sorprendió que su secretaria lo llamara por su nombre de pila. De hecho, se hablaba de él con tanto respeto que no parecía tener un nombre de pila que se utilizara independientemente de su apellido o de sus títulos.

—Buenas tardes, señoritas —saludó con cortesía.

—Buenas tardes, profesor.

—Bueno, si está aquí es porque ha tenido el honor de ser elegida entre muchos otros estudiantes para ser mi asistente durante el próximo semestre. Como sabrá, los docentes no tenemos vacaciones en esta época. Yo utilizo este tiempo para preparar mis clases para el siguiente período. Seré titular en cuatro materias y usted deberá asistir conmigo a todas las clases. Si alguna le coincide con otra materia que usted deba tomar, la Universidad le facilitará la posibilidad de transitar esa clase a distancia o con un tutor, o bien, cursarla en el próximo semestre. Aun así, debe saber que si elige la tutoría, aunque tenga

tareas y demás, no podrá desatender su función principal de este semestre, que es ser mi asistente.

—Lo entiendo —expresé cuando hizo una pausa.

—Las cosas funcionan así —me explicó Sonia con calma y con una sonrisa en su rostro—: se reunirá con Mariano una vez por día, cada tarde de diecinueve a veinte y treinta horas. Ocasionalmente y en épocas de exámenes, también podría haber reuniones los sábados por la mañana. En cada reunión se prepararán las clases del día siguiente, Mariano le dictará lo que debe escribir en las presentaciones multimedia que se proyectarán en cada clase. Durante las mismas, su función será ir pasando la presentación a medida que el profesor vaya exponiendo un tema. Debe estar atenta a no equivocarse con la página para que coincida con lo que él esté diciendo en ese momento en la presentación que ven los alumnos. En las reuniones de la noche también tendrá que leerle a Mariano los trabajos prácticos entregados por los alumnos, y él le indicará la nota que pondrá en una planilla de texto que, antes de retirarse, deberá enviar a mi casilla de correo electrónico para poder procesarla en el sistema.

—Lo entiendo —asentí, aunque en que en realidad me parecía pesado. Aquello llevaría mucho tiempo.

—Tendrá mi número de celular y el de Mariano —agregó la mujer—, pero no puede escribirle a él a menos que fuera una verdadera urgencia o si antes yo no le he podido solucionar el problema. En síntesis, ante cualquier duda, primero debe recurrir a mí y, si es necesario, le derivaré con él. Demás está decirle que no puede pasar ni su número ni el mío a ningún alumno y bajo ninguna circunstancia.

—Comprendido —asentí.

—Bien, Vargas, ahora puede leer el contrato que le facilitará Sonia. Es solo un papel donde explicamos este arreglo a modo de evitarnos toda clase de complicaciones. Durante las vacaciones trabajaremos una hora cada día de por medio, de diez a once de la mañana. Si hubiera necesidad de trabajar un día fuera de lo estipulado, se le avisará con anticipación. Además, Sonia le entregará un calendario con todas fechas, los horarios de nuestras reuniones y los de mis clases del próximo semestre, para que pueda organizar su tiempo en torno a ello. ¿Está bien?

—Todo claro —asentí.

—Bien, entonces puede retirarse. No sin antes firmar ese contrato con Sonia en su oficina. Por mi parte, ha sido todo y la espero el lunes a las diez

para comenzar —zanjó. Luego, volvió sus dedos al libro que leía con anterioridad.

—Muy bien, Profesor Galván, es un placer trabajar con usted, espero no defraudarlo —comenté mientras me levantaba.

—También lo espero, que le vaya bien. —Se despidió el hombre.

Acompañé entonces a Sonia hasta su escritorio y, luego de leer, firmé el papel que decía básicamente lo mismo que ya habíamos hablado adentro. A pesar de que era un hombre extremadamente frío e impersonal, yo estaba feliz de poder trabajar a su lado, lo admiraba demasiado incluso antes de ser mi profesor, pero después de escuchar aquellas clases magistrales, todo fue en subida.



5. Manzanas

MARIANO

La chica que mamama eligió no me terminaba de convencer, había algo en ella que me generaba cierta incomodidad inexplicable que era incapaz de dominar, y las cosas que escapaban a mi control, tendían a ponerme nervioso.

El día de nuestra primera reunión, la chica llegó al horario pactado, eso era un punto a su favor. Ingresó a la oficina y, luego de saludar, se acomodó en la silla frente a mi escritorio. Desde esa distancia, escritorio de por medio, pude percibir un dulce aroma a manzanas. Me atrevo a afirmar que venía recién bañada y, quizás, hasta traía el cabello mojado. Su aroma a frutas me envolvió por completo y me hizo sentir un fuerte impulso por acercarme, por tocar su piel, por sentir su textura.

—Bueno, ¿por dónde empezamos, profesor? —habló.

Sus repentinas palabras me arrebataron del ensimismamiento causado por aquellos extraños pensamientos que ni siquiera sabía dónde se formaban.

—Ehmmm... Bien, estos son los apuntes que pasaremos en la primera clase del siguiente semestre para la materia de Literatura Universal. Tenemos que preparar una presentación, debe ser agradable para los alumnos —expliqué. Enseguida, señalé una pila de carpetas que mamama había organizado en mi escritorio.

—Entiendo.

—Bien, puede trabajar en la computadora que está a su derecha. Leeremos el material y lo resumiremos a medida que armemos las diapositivas.

La muchacha se movió para llevar las carpetas y, de nuevo, una ola de aroma a manzanas me inundó por completo. La hora pasó más rápido de lo que imaginé, al parecer Ámbar Vargas era una joven expeditiva, muy inteligente y bastante eficiente. Manejaba los programas con gran facilidad y,

por lo tanto, habíamos terminado mucho más rápido de lo que me esperaba. Con el tiempo a nuestro favor, organizamos el resumen de la siguiente presentación para otra de mis materias; lo terminaríamos en la próxima reunión. Habíamos avanzado mucho más de lo que había planeado, y eso me gustaba.

—Muy bien, señorita Vargas, creo que esto es todo por hoy, estoy bastante contento con su trabajo —añadí con sinceridad.

—Gracias, profesor. En realidad, yo estoy muy feliz de poder trabajar con usted. Gracias por darme la oportunidad.

—Por nada, la espero pasado mañana a la misma hora, ¿está bien? —pregunté.

—Sí profesor, nos vemos... —dijo, y luego pareció pensar en las posibles implicaciones de sus palabras. Pude sentir su incomodidad.

—No se preocupe, es solo una expresión —hablé con naturalidad. En realidad, la chica era bastante torpe cuando no estaba trabajando.

La escuché salir y, después de un rato, sentí los pasos de mamama en el despacho.

—¿Cómo te fue con Vargas? —preguntó.

—Increíble, es bastante eficiente, trabaja rápido y entiende todo sin necesidad de que se lo repita, parece muy inteligente.

—Ya lo creo, te dije que no ibas a arrepentirte de esta elección —habló con seguridad en la voz, yo solo sonreí, había sido un día fructífero y me gustaban esos días.

—Esperemos un poco más para juzgar —bromeé. Sabía que mamama ponía toda su confianza en aquella alumna, aunque comprendía bien el porqué.

—Mariano, me llamó la hermana Martha...

—Sobre mi cumpleaños y las fiestas, ¿no es así? —La interrumpí.

—Sí, me dijeron que te esperan en el convento.

—Aún faltan meses para ello —exclamé con una sonrisa en mi rostro. Sabía que las hermanas rezaban por mí, se preocupaban por mi vida y estaban siempre en constante comunicación con mamama para saber cómo me encontraba. A mí también me llamaban, pero con menos insistencia.

—Sabes que son ansiosas, quieren asegurarse de que no lo olvides y de que no te surja algún evento en la misma fecha. Iremos, ¿no es así? —preguntó ella, como si la respuesta no viniera siendo la misma desde hacía años.

—Por supuesto. ¿Dónde más podríamos ir por mi cumpleaños y las fiestas?

—Martha estará contenta, me dijo que iban a cocinar tus comidas favoritas y el pastel de manzana de la hermana Rita que tanto te gusta. — Mamama sonaba alegre.

—Pues confirma nuestra presencia. Iremos una semana antes, necesito tomarme vacaciones y ya lo he hablado con el rector. Creo que me hará bien volver a las raíces por unos días.

—Me alegra oírlo, en realidad, yo también creo que debes tomarte un descanso.

Mamama se retiró del despacho y yo me quedé allí, en silencio, recordando un poco de mi infancia. Amaba a aquellas monjitas, ellas eran todo lo que yo tenía en mi vida y, por más que no fuera en realidad mi cumpleaños, adoraba creer que sí y festejarlo como si lo fuera, teniendo en cuenta que mi verdadero cumpleaños no era una fecha que me gustase recordar.

Intenté evocar el aroma del pastel de manzanas de la hermana Rita, recordé la primera vez que lo probé, dos semanas después de haber llegado al convento. La hermana Rita era una mujer de unos treinta años en aquel entonces.

—¿Te gustan los pasteles? —me preguntó.

—Nunca comí un pastel —admití.

—Entonces, te has estado perdiendo de una de las mejores cosas de la vida —sonrió.

—¿A qué sabe? —Quise saber.

—El que más me gusta sabe a manzanas. ¿Vamos a buscarlas?

—¿A quiénes? —inquirí, confundido.

—A las manzanas —contestó amable—. En el huerto tenemos algunas, te enseñaré a recoger las mejores para que el pastel sea el más delicioso.

Me tomó entonces de la mano y me llevó al pequeño huerto que tenían en el patio trasero. Había muchas plantas y ella me las fue mostrando una por una, me dejaba tocar las hojas, sentir los tallos, oler las flores y los frutos.

—Dios no hace nada mal, ¿lo sabes? —mencionó con ternura. Llevaba poco tiempo allí, pero estas mujeres me habían enseñado sobre la existencia de un ser superior que, según ellas creían, nos veía y nos cuidaba a todos. Decían que podíamos pedirle lo que quisiéramos, que si era su voluntad, nos lo daría y que no había nada imposible para él. Me

leían historias de un libro al que llamaban Biblia y apenas tenían oportunidad, me hablaban de él.

—Ajá —murmuré, sin creerlo del todo, Dios había permitido que yo perdiera mi visión y eso no lo entendía. Si ellas decían que era un ser bueno, ¿por qué lo había permitido?

—Cuando Dios nos saca algo, nos da siempre algo mejor. Por ejemplo tú, ya no puedes ver, pero estoy segura de que Dios te dio un oído y un olfato mucho mejores que los de nosotros. Si aprendes a usarlos, podrás manejarte en la vida como si pudieras ver, podrás seguir los sonidos o identificar los olores mejor que cualquier persona.

—¿Lo crees? —le pregunté.

—Te enseñaré a identificar los aromas —dijo, y me guio entre las plantas mientras me hacía olfatear las hojas del naranjo, las manzanas y los miles de diferentes aromas que provenían de las plantas.

A partir de ese momento, fui con ella todos los días al huerto para recolectar lo que se usaría para comer; pronto aprendí a identificar cada fruta o verdura por el olfato y, luego de que las probaba, relacionaba su sabor con el aroma. Pero la primera vez que olfateé las manzanas y que luego probé aquel pastel, fue simplemente increíble. Desde entonces, no hay cumpleaños sin pastel de manzanas de la hermana Rita. De solo pensarlo, se me hacía agua la boca.

Y es que cada una de esas mujeres me enseñó algo sobre la vida. Fui el hijo de todas ellas y les debo lo que soy. Me gustaría encontrarme con las hermanas más a menudo, pero las distancias y el trabajo no me lo permiten; ellas son las únicas capaces de sacar lo mejor de mí, las que de verdad me conocen y me permiten ser la persona que solo soy cuando estoy con ellas y con mamama.

Las hermanas me mostraron un mundo distinto al que estaba acostumbrado, un mundo lleno de amor, donde nadie me castigaba, donde nadie me maltrataba y, por el contrario, me consideraban importante, se preocupaban por mí. Pero el mundo es cruel, fuera de las puertas del convento las cosas nunca eran igual, la gente seguía siendo malvada, seguían aprovechándose de mí; por lo tanto, decidí cerrarme, decidí que nadie vería mi vulnerabilidad, sino lo que ellos querían ver. Y la gente solo respeta a aquellos a los que teme, eso era lo que yo había aprendido.

Cuando me llamaron para preguntarme si me gustaría dar clases, el miedo se apoderó de todo mi ser. Imaginé alumnos burlándose a mis espaldas sin que yo los pudiera ver, gente mintiendo y saboteando mi profesión. Los

alumnos siempre buscaban la forma de burlar a sus profesores, eso era una norma, y, más aún, si este no podía ver ni enterarse de lo que sucedía a su alrededor. Tuve que buscar una opción, y esa opción era ser el maestro inflexible y exigente del que no podían burlarse. Y esta era la persona en la que me había convertido, porque era así como vivía a salvo.



Llevaba casi tres meses trabajando con el profesor Galván. Era una labor extenuante, pero me gustaba, me mantenía al límite siempre. Me encantaba la forma en que él se manejaba, todo era ordenado y preciso, nada fuera de los tiempos ni de los esquemas que él mismo preparaba. La verdad es que eso me asombraba muchísimo y acrecentaba mi admiración por él. Era un hombre muy distinto a mí en este aspecto; yo siempre he sido la personificación del caos y el desorden. Sin embargo, desde que comencé a trabajar con él, me he visto en la obligación de organizar mejor mi vida y mis horarios para no fallarle. Y esto se lo agradecía.

Durante las vacaciones, habíamos trabajado días de por medio. Luego lo hacíamos a diario. Podría decir que tenía una especie de conexión especial con él, o al menos así lo sentía yo. Era como si no necesitara demasiada información para saber lo que él quería o lo que necesitaba. Respecto al trabajo, claro; en el ámbito personal, su vida un verdadero misterio. Lo había visto interactuar con sus alumnos de los diferentes cursos. Era capaz de reconocer a todos por la voz. Lo repito: me parecía asombroso. Ni siquiera yo, que los conocía de vista, podía recordar tantos nombres. Pero a todos los trataba de la misma manera. No era rudo ni maleducado, pero se mantenía impersonal, era como si no tuviera ningún sentimiento, ninguna emoción. A veces los alumnos se le acercaban a explicarle el motivo por el que no habían podido hacer alguna tarea o lo que fuere, y él no se conmovía nunca, parecía que le daba igual. Era un hombre frío y distante.

Sin embargo, había descubierto que tenía debilidad por Sonia, su secretaria. Una vez entré al despacho antes de que ella saliera y, sin que me vieran, los oí hablando. Ella le llevaba algo para tomar y él le agradecía

llamándola *mamama*. Incluso su voz al hablar con ella se suavizaba de una forma especial, y ella lo cuidaba, eso era obvio.

Esa tarde, me encontraba en la cafetería. El profesor de Castellano no se presentó, así que aproveché para adelantar un trabajo. Roberto estaba conmigo, estudiando para un examen.

—Oye, ¿y cómo te va con Galván? —me preguntó.

—Bien, demasiado bien —sonreí.

—No sé cómo entender ese «demasiado». ¿Acaso ya lo metiste entre tus piernas? Si es así, por favor cuéntame cómo es —murmuró, emocionado.

Yo me limité a negar y a sonreír.

—¿Estás loco? Él es mayor que yo y es mi profesor. No te puedo negar que al menos físicamente es perfecto pero, acá entre nosotros —susurré—, es un hielo, de verdad, es un hombre muy frío y distante. Ni puedo imaginar cómo ha de ser con la novia.

—¿Tiene novia? —preguntó Roberto en tono decepcionado.

—Ni idea, no sé nada de su vida privada solo digo, en caso de que la tuviera.

—Es muy guapo y muy masculino —murmuró.

—¿Cómo te está yendo con el trabajo para su clase? No te olvides que de eso depende tu nota, si no logras alcanzar el setenta por ciento, reprobarás de nuevo Rob, y tú sabes que...

—Lo sé —me interrumpió como si no quisiera oír más del tema, luego negó y se tomó la cabeza entre las manos—. No creo que lo logre, Ámbar. No puedo con el estudio, el trabajo y todas las obligaciones —suspiró, cansado.

Roberto era un chico muy responsable, pero sus padres le habían dado la espalda cuando se enteraron de su orientación sexual. Se quedó solo en el mundo, la única persona en su familia que lo apoyaba era su hermana mayor, Glenda, pero ella vivía en una ciudad a dos horas de la nuestra. Glenda estaba casada y tenía un par de gemelos, no podía ayudarle económicamente, y menos afrontar los gastos de la universidad. Por lo tanto, Roberto consiguió dos trabajos, como mesero todas las tardes y como cajero en un supermercado los fines de semana. Casi no le quedaba tiempo para estudiar ni para hacer los trabajos, pero su sueño era convertirse en profesional y dedicarse a algo que tuviera que ver con lo que estudiaba.

A medida que fueron pasando los meses, él y yo nos hicimos grandes amigos, y como hacía un par de semanas nuestros queridos Alejandro y Fátima habían descubierto una especie de chispa entre ellos, nosotros

habíamos sido relegados o, mejor dicho, nos apartábamos porque tanta dulzura entre ellos nos empalagaba.

—Voy a pedir vacaciones y, una semana antes de las fiestas, iré a visitar a Glenda a su ciudad. ¿No te interesaría acompañarme?, digo, con todo esto de mi trabajo y el tuyo con el profesor Guapo, necesitamos desestresarnos. Es una ciudad hermosa y en pocas semanas comenzará a nevar, quizá podamos divertirnos un poco.

—No creo que Galván me dé permiso, la verdad, pero me encantaría ir. Amo la nieve y el frío. Y me encanta viajar —suspiré.

—Bueno, quién sabe, no pierdes nada con intentarlo. O, si quieres, puedes ir una semana después y pasas con nosotros las fiestas. Te avisaré apenas tenga las fechas exactas, ya que primero debo pedir el permiso por vacaciones. Espero que me las den, llevo dos años sin salir —comentó cansado.

—Es tu derecho, seguro te las darán. —Lo animé.

La hora libre acabó y cada uno debía volver a su clase. En un receso posterior, quedamos en salir a bailar esa noche. Hacía mucho que no íbamos y pronto empezarían los exámenes parciales.

Cuando llegó el final de las clases, fui hasta el despacho de Galván.

Al arribar, me llamó la atención que Sonia no estuviera en su lugar, ingresé entonces luego de golpear a su puerta —más que por costumbre y por respeto que porque él lo fuera a escuchar— y lo encontré allí sentado, sin hacer nada, con el rostro bastante pálido y la respiración agitada. Me llamó bastante la atención. Él no solía estar sin hacer nada. A veces leía sus libros en braille y en otras ocasiones escuchaba algo en la computadora —tenía un programa especial que le leía las cosas con una voz mecánica y aburrida—.

—¿Se encuentra bien, Profesor? —pregunté, y él asintió.

Me senté en mi sitio usual y nos dispusimos a trabajar. Aproximadamente diez minutos desde mi llegada, mientras me dictaba algo, su voz se volvió extraña, entrecortada. Me volteé a verlo y estaba más pálido que antes; su frente se veía perlada por el sudor.

—Está muy pálido, profesor. ¿Se encuentra bien?

No respondió, solo negó con la cabeza.

—Dígame en qué lo puedo ayudar —hablé. Me levanté y me acerqué a él.

—Llame a Mam... a Sonia, por favor...

—Creo que se marchó temprano, no la vi al llegar —respondí con temor en la voz.

—Es cierto, me había p-pedido permiso —susurró apenas.

—Yo lo ayudo, solo dígame qué puedo hacer por usted —insistí.

—No se preocupe, llamaré un taxi, usted, p-puede retirarse —musitó.

—Déjeme llevarlo a su casa profesor, yo tengo auto y llegaríamos más rápido. O si quiere, lo llevo a la clínica directamente —ofrecí.

—No, no es... necesario —dijo, y entonces se desvaneció.

Corrí hasta él e intenté despertarlo, pero no reaccionó. Asustada, tomé el teléfono de su despacho y me comuniqué con enfermería. Los paramédicos de la universidad subieron de inmediato y unos cuantos minutos después, el profesor estaba de regreso.

—Será mejor que lo lleven a una clínica para que le hagan algunos análisis para determinar cuál fue la causa —informó el joven que lo atendió.

—Lo llevaré, ¿podrían ayudarme a cargarlo hasta el auto? —inquirí, y ellos asintieron.

El profesor Galván se quejó un poco, pero ninguno tomó en cuenta sus palabras. Por fortuna, él parecía estar demasiado cansado como para protestar. Lo subieron a mi auto, me acerqué para colocarle el cinturón y no pude evitar mirarlo de cerca. Todo él era misterioso, y extrañamente perfecto; sus facciones eran hermosas y su cabello parecía tan sedoso que daban ganas de enredar los dedos solo para sentirlos. Parecía un modelo, no había nada que hacer al respecto. Sus ojos estaban siempre escondidos tras los lentes, supongo que los mantenía así a propósito. Olía agradable. En momentos como este, entendía lo que me decía Rob: había algo demasiado masculino en su porte, en su aroma... en su todo, y era algo intensamente atrayente.

Me di cuenta de que me había quedado perpleja, allí, frente a él, observándolo, respirándolo. Entonces, me moví con brusquedad. Él no hizo ni dijo nada, quizás estaba un poco desorientado aún y no se había dado cuenta, al menos, esperaba que así fuera.

Me senté en el sitio del conductor y manejé en silencio hasta la clínica más cercana. Cuando me acerqué para desabrocharle el cinturón, me dijo que él lo haría solo. Me alejé y esperé a que se incorporara para guiarlo, no habíamos traído su bastón.

—Puede colocar la mano en mi hombro, si así lo desea. —Le ofrecí.

Él dudó, pero terminó por acceder. Supongo que el lugar donde estábamos no le era familiar.

Lo guie hasta la recepción donde nos dieron un número y pidieron que esperáramos. Cuando el doctor lo llamó, me quedé en mi sitio, no quería intimidarlo y era probable que quisiera pasar solo a la consulta, pero cuando estuvo parado, se detuvo y me habló:

—Debe guiarme hasta la sala.

Me levanté al instante, al darme cuenta de aquello. Su voz sonaba avergonzada y eso me generó ternura. Para darle un poco más de confianza, enrosqué mi brazo derecho en su brazo izquierdo y susurré:

—Vamos, yo lo acompaño.

Pero no pude evitar sentirme completamente extraña cuando lo tuve así, a mi lado. Yo siempre fui de esas personas afectivas y cariñosas que abrazan fácil, pero él no era cualquiera, era una especie de ídolo personal, una de las personas que más admiraba y, además, era extremadamente guapo. Podía sentir los músculos de su brazo apretando el mío, podía respirar su aroma de nuevo. Me sentía extraña. Por un lado, me resultaba invasivo e intimidante, pero por el otro, lo veía como algo correcto.

Cuando ingresamos al consultorio, no supe si quedarme o salir. Caminé hacia la puerta para retirarme, pero en eso ingresó el doctor, que me saludó y me hizo señas para que tomara asiento. Sentía que el profesor estaba tan incómodo como yo, pero no podía hacer nada. El doctor lo revisó, le desabrochó los botones de la camisa para auscultarle el pecho y la espalda dejándome apreciar algo de su piel. Le ordenó algunos análisis y le hizo unas cuantas preguntas.

Galván admitió haberse sentido mal del estómago todo el día y tener náuseas. El doctor le preguntó acerca de lo que había comido en las últimas horas y dedujo que podría haber sido alguna intoxicación alimentaria. Le indicó que, luego de los análisis, fuera a casa a reposar y que siguiera una dieta liviana.

Salimos de allí con la lista de medicamentos y la orden para realizar un análisis. Enseguida, una enfermera lo llevó al laboratorio para sacarle las muestras necesarias y luego lo acompañó de regreso hasta donde yo me encontraba. Con todo listo, fuimos hasta el auto. Allí, lo ayudé a subir. Nos quedamos en silencio y un tanto incómodos.

—¿Me da su dirección, profesor? —pregunté.

Sin demasiada fuerza, me indicó el camino. Conduje en silencio durante todo el trayecto. Una vez en nuestro destino, lo ayudé a descender del vehículo.

Galván insistió en que no necesitaba que lo acompañase, que sabía el camino. Yo no lo dudaba, pero parecía que él volvería a perder el equilibrio en cualquier momento y, aunque yo no tuviera fuerzas para levantarlo, quizás, al menos podría sostenerlo.

—Déjeme ayudarlo a ingresar a su domicilio, profesor, no se ve nada bien —pedí.

—Está bien, pero ya ha hecho demasiado, Vargas. No me gusta molestar —se quejó en un intento por dejarme entrever su incomodidad.

—No es molestia, de verdad —respondí con naturalidad, quería que me escuchara tranquila.

El portero nos saludó. No pude dejar pasar inadvertida la curiosidad reflejada en su mirada. Una vez en el interior del edificio, el profesor se manejó con mayor soltura, presionó el botón que llevaba al cuarto piso y luego caminamos hacia la derecha por un largo pasillo que terminaba en una puerta que decía cuatro «C».

El profesor sacó las llaves de su bolsillo y abrió la puerta sin ninguna dificultad.

—¿Quiere tomar algo antes de marcharse? No quiero ser descortés, ha sido usted muy amable al acompañarme.

Sonreí ante tanta formalidad, pero era lógico y común en él.

—Está bien —asentí, más que nada por la curiosidad que me generaba conocer el espacio de Galván.

Ingresé tras él y pude ver el departamento completamente amoblado y decorado. A decir verdad, me esperaba paredes vacías y colores sin vida, puesto que él no podía verlos. Pero allí todo estaba en orden, cuadros de flores, fotos en alguna mesa lejana y muchos adornos de cristal. El piso era de madera pulida y las paredes estaban pintadas en tonos modernos. Había un ventanal que daba a un balcón que estaba cerrado en ese momento.

El profesor fue hasta la mesada que separaba los ambientes, la rodeó hasta llegar al refrigerador, lo abrió y sirvió un poco de jugo en un vaso que sacó de un estante como si pudiera ver todo a la perfección. Aquello fue sorprendente. Caminó hasta mí y me pasó el vaso sin que yo dijera donde estaba.

—Gracias de nuevo —asintió con un pequeño movimiento de cabeza.

—No hay de qué —sonreí. Luego, me llevé el líquido naranja a la boca sin dejar de observar todo a mi alrededor.



7. Enfermo

MAKIANO

Estaba muerto de la vergüenza con todo lo que sucedió esa tarde. Nunca me enfermo, ¿por qué me tuvo que ocurrir esto justo el único día que mamama viajó a ver a su madre?!

Vargas me llevó hasta la clínica y, para continuar con mi desgracia, me acompañó al consultorio. Pensé que saldría, pero creo que el médico supuso que éramos algo y por ello le habló como si nada, explicándole todo a ella sobre los remedios y demás.

Lo peor fue cuando me preguntó los síntomas, me preguntó si había tenido fiebre, dolores, náuseas, pero lo más vergonzoso fue cuando inquirió acerca de mi tránsito intestinal, como dicen las publicidades de *yogurt*. La verdad era que en eso tampoco había estado bien, pero no podía admitirlo frente a una alumna. ¡Dios, qué vergüenza!

Acabábamos de llegar a casa y no quería que pasara, pero ella insistió, alegando que me veía bastante mal. No me quedó más que ser cortés y servirle algo de beber. No podía ser desagradable luego de que la tuve cuidándome todo el día.

—Es un departamento hermoso —comentó.

—Gracias... —Un inesperado y horrible malestar me atacó al momento, corrí al baño y la dejé allí. El estómago me apretaba y lo poco que había ingerido en el día, estaba buscando la forma de salir. Apenas logré cerrar la puerta del baño.

—¿Está bien? —preguntó Vargas desde el otro lado de la puerta.

—Sí puede irse, gracias. Estaré bien.

—No puedo dejarlo así —habló consternada.

—No se preocupe, sé cuidarme solo —insistí.

—Sé que sabe hacerlo, pero yo odio enfermarme y estar sola. Puedo quedarme por si necesita algo, profesor, de verdad... —dijo con timidez.

Estuve a punto de decirle que se fuera, de gritarle que saliera; me estaba poniendo aún más nervioso. Salí del cuarto de baño. Todavía me sentía muy mal, muy débil, muy agotado. No logré volver a hablar, el calor invadía mi rostro. Me quedé allí, recostado contra una pared y entonces, ella se acercó a mí.

—Déjeme acompañarlo a su habitación, debe descansar, se ve realmente mal —añadió con preocupación.

Ya no opuse resistencia. En realidad, me sentía mal y no tenía fuerzas. Vargas me acompañó hasta mi cuarto. Saqué ropas limpias de mi armario y me dirigí al baño a cambiarme; me puse un buzo y una camiseta de algodón. Cuando regresé a la habitación, me dirigí a la cama, me recosté y luego sentí que ella me arropaba. Eso fue extraño, bizarro, pero en algún punto se sintió muy bien.

—Le prepararé un té y le traeré los medicamentos que debe tomar.

Oí sus pasos cuando salía de la habitación y me pregunté en qué extraña situación estaba inmiscuido. Nunca había intercambiado ni una sola conversación personal con un alumno. De hecho, con ninguna persona que no fuera mamama o las monjitas. No tenía amigos ni personas cercanas, nadie había ingresado a mi departamento jamás, salvo mamama y la señora de la limpieza. Y ahora me encontraba aquí, al cuidado de una estudiante, de mi asistente. De verdad no la quería molestar, y aunque en un principio por vergüenza e incomodidad, quise que se marchara, me gustaba la sensación de no estar solo, me gustaba su presencia.

—Aquí tiene profesor, está un poco caliente. —Me avisó cuando colocó con cuidado la taza en mis manos. La única que solía cuidarme de esa forma era mamama. Su tono de voz denotaba preocupación.

—Señorita Vargas, de verdad esta es una situación por demás extraña e inusual en mi vida. No quiero que piense algo equivocado de mi persona —pedí, sin saber qué decir.

—No se preocupe, profesor, yo estoy aquí porque me preocupa su salud. Entiendo lo que quiere decir, pero eso en ningún momento pasó por mi cabeza —respondió. Con sus palabras logró hacer que me sintiera un poco mejor.

Por un momento, había pensado que quizás ella podría creer que fragüé todo esto para traerla conmigo al departamento o para llevarla a mi cama, pero eso no era así y quería aclarar cualquier malentendido.

—Puede irse cuando lo desee —murmuré de nuevo.

—¿Le molesta que esté aquí? —me preguntó—. Sé que es un hombre bastante... misterioso o ensimismado, pero, yo... la verdad es que siempre he cuidado de mi padre cuando se ponía así. Pienso que los hombres son un poco torpes cuando se enferman. De verdad no es molestia, profesor; y no se preocupe, esto quedará aquí. Puedo ser muy discreta —añadió.

—Bien, solo no quiero ser una carga, no estoy acostumbrado a depender de nadie, puedo cuidarme solo aunque, de alguna extraña manera, me agrada su presencia —admití y luego de aquello, se creó un incómodo silencio.

Un rato después, y cuando el medicamento empezó a surtir efecto en mí, Vargas anunció su partida. Se despidió con su mano sobre mi cabeza, en un gesto que parecía querer controlar la temperatura de mi piel.

—No tiene fiebre, creo que ya le ha regresado el color al rostro y me parece que debe descansar, profesor. Vendré mañana en la mañana si lo desea —ofreció.

—Es sábado, no es necesario —respondí con premura.

—No tengo nada que hacer. Me pasaré a ver cómo se encuentra.

—Gracias, señorita Vargas —dije, buscando el tono más sincero posible para expresar mi gratitud.

—De nada, profesor.

Cuando oí la puerta cerrarse, sonreí. Algo me hacía sentir bien a pesar de estar físicamente mal. Quizás, era la idea de sentirme cuidado, de percibir que alguien se preocupaba por mí. Siempre pensé que, fuera de mi pequeño círculo de seres queridos, a nadie le importaría si yo dejara de existir de un día para el otro. El mundo siempre había sido un lugar frío para mí, un sitio en el que yo no era absolutamente nada para nadie, solo un estorbo, una molestia. Aquello cambió cuando las hermanas me enseñaron un mundo lleno de amor, de calor y de cariño. Aun así, me predispuse a creer que eso solo sucedía dentro del convento. Después de todo, era obvio que ellas debían ser y actuar como lo hacían, ya que era lo que Dios les pedía que hicieran, lo que él esperaba de ellas. Pero lo normal era que nadie se interesara por mí, salvo mamama.

Como profesor de literatura, amaba los libros, y muy a pesar de lo que mis alumnos creían, adoraba las novelas románticas porque ni la ciencia ficción ni el terror ni el misterio, ni ningún otro género, me hablaba de algo tan irreal para mí, de algo que parecía intangible y hermoso. Me resultaba ilógico pensar que alguien pudiera significar tanto para mí o, lo que es peor, que yo fuese capaz de significar tanto para alguien. Era incapaz de imaginar la

posibilidad de amar a una persona más que a la vida misma, incapaz de imaginarme enamorado. Además, mi desconfianza era tan grande que era seguro que nunca podría entregarme al amor. Yo no era capaz de creer en nadie y, mucho menos, de pensar que alguna persona pudiera fijarse en mí sin ningún otro motivo que el amor en sí mismo.

En los años que llevaba enseñando, he conocido a muchas jovencitas que han intentado acercarse a mí con palabras y estrategias que, claramente, tenían como objetivo seducirme. Quizá por una buena nota o por el simple hecho de involucrarse con un profesor. Fuera lo que fuera, nunca le había dejado a nadie avanzar, y mucho menos utilizarme de esa forma. Me había prometido hacía ya muchos años que nadie volvería a lastimarme, nadie volvería a burlarse de mí ni a jugar conmigo.

Entre pensamientos y cavilaciones, y todavía con el aroma a manzanas de la señorita Vargas, me quedé dormido. Cuando desperté por una fuerte urgencia de correr al baño, era aún de madrugada según el reloj de mi celular que me decía la hora. Regresé a la cama y me recosté otra vez. Pensé en el momento en el que me subí al automóvil y Ámbar se acercó para poder colocarme el cinturón. Se quedó allí, muy cerca; su aroma se colaba por mi nariz, su respiración se mezclaba con la mía y, aunque me sentía mal, no quería que ese momento terminara. Me preguntaba qué la detuvo allí.

Me giré en un intento por volver a dormir. Mis pensamientos se enfocaban en la voz de Vargas, en su aroma, en la sensación que me generaba su presencia y eso... eso no estaba bien. Me encontré deseando que amaneciera para que volviera a visitarme.

Eso definitivamente no estaba bien.



8. Cuidándote

ÁMBAR

No podría explicar lo que me sucedió ese día: las cosas que sentí o la extraña manera en la que todo transcurrió. Solo puedo decir que por más incómodo que resultó, fue bastante agradable a la vez. El profesor Galván era un hombre imponente e independiente, podía parecer incluso atemorizante en ciertas situaciones, pero entonces descubrí ese lado de niño que tienen todos los hombres. Se lo veía asustado, angustiado, y a pesar de que sabía que mi presencia lo hacía sentir extraño —porque era demasiada intimidad y él jamás daba lugar a tanta cercanía con alumnos—, de igual manera parecía necesitar que me quedara, que lo cuidara.

Y no le mentí, cuidaba a mi padre siempre que enfermaba, le controlaba la temperatura o le preparaba comidas especiales. Él era todo lo que yo tenía en la vida, era mi salvación y el único puerto al que regresaría siempre, pasara lo que pasara; por tanto, me gustaba retribuirle su cariño y sus cuidados en esos momentos.

La situación escapó de la normalidad, fue algo que simplemente se dio; lo vi solo, enfermo, demacrado, y no podía dejarlo allí sin, por lo menos, cerciorarme de que estuviera mejor.

Había algo en todo el misterio que envolvía a la presencia del profesor Galván que me llamaba con fuerza la atención, era un algo que me intrigaba y no me permitía alejarme, sobre todo cuando —como en estas extrañas ocasiones— lograba acercarme, aunque fuera un poco.

Al llegar a mí casa, me di un buen baño caliente. El invierno estaba empezando a hacerse presente en estos días, causando que mis pies y mis manos estuvieran bastante frías. En poco tiempo tendríamos las vacaciones de Navidad y luego, unos días libres. Aún no sabía si iría a pasar estas

festividades con mi papá, o si ese año por primera vez y, como siempre había querido, me animaría a quedarme sola. La Navidad no tenía ningún significado especial para mí, así que me daba exactamente igual. Si solía ir a lo de papá, era más que nada por él. Pero ese año él tendría con quien estar, así que no creía que me llegase a extrañar.

La idea de viajar con Rob no me parecía para nada aburrida: visitar a su hermana, pasar unos días con él, y luego, quizá, dar una vuelta por allí y comprar boletos que me llevasen a cualquier lado.

Viajar era una de mis pasiones, me encantaba conocer lugares nuevos e imaginar cómo sería mi vida allí. Me consideraba a mí misma una persona nómada, no había nada que fuera importante para mí que no cupiera en mi mochila, y cuando las cosas en un lugar se ponían difíciles, lo mejor era buscar otro sitio.

Por el momento estaba a gusto en la ciudad y no pensaba irme de allí hasta terminar la carrera. Todavía me quedaba un buen tiempo por delante, pero eso no quitaba que pudiera pasear y visitar lugares que en un futuro podrían ser mi nuevo hogar.

Luego de prepararme algo para comer, me acosté y me zambullí entre las frazadas. Prendí el celular para navegar un poco por la web y revisar redes sociales; pasado un rato, lo apagué para irme a dormir. Por un momento, estuve tentada a enviarle un mensaje al profesor y preguntarle si se encontraba bien, pero luego recordé el énfasis con el que Sonia había dicho que no era buena idea escribirle. Quizás, había sido demasiado para un solo día.

La mañana siguiente, me abrigué bastante y salí rumbo a su departamento sin dudar. Quería saber cómo se encontraba y, quizá, prepararle algún té o algo liviano para comer. Si se sentía mejor, probablemente se le estuviera abriendo el apetito.

Toqué el timbre que correspondía a su departamento y, luego de un rato, oí su voz por el intercomunicador. Le informé que era yo y la puerta se abrió. Por un momento, temí que me despachara allí mismo.

—Buenos días, profesor —dije al verlo con la puerta abierta.

Me esperaba en la entrada de su departamento. Su cabello alborotado le daba un aire completamente distinto al que yo estaba acostumbrada a percibir. El profesor perfecto lucía mucho más joven, desordenado y despreocupado.

—Buenos días, Vargas —me saludó.

—¿Cómo amaneció? —le pregunté mientras dejaba mi bolsa en una mesa y lo observaba caminar hasta el comedor.

—Bien... la verdad es que me siento mucho mejor, aunque aún tengo una sinfonía de ruidos en el estómago —respondió.

—Eso es normal —afirmé con una sonrisa—, hasta que, bueno... salga todo aquello que lo tiene mal. —Creo que sus mejillas se tornaron rosadas, quizás, mi comentario no fue el adecuado.

—¿Desea tomar café? —preguntó con cortesía.

—Sería muy bueno, afuera hace muchísimo frío —sonreí y me acerqué a él—. Puedo hacerlo yo, usted regrese a la cama, debe reposar.

—Lo haré yo, además, ya me siento mejor... —rezongó como un niño. La escena me resultó muy tierna.

—Si no reposa, recaerá. Mejor aproveche el fin de semana y descanse —insistí.

—Debo preparar las clases de la semana que viene —refutó.

—Lo haré yo, se lo iré enseñando y usted lo va corrigiendo.

—Pero no se supone que lo haga, no quiero agregarle más trabajo del que ya tiene.

—Profesor Galván, a veces hay que dejarse ir. Sé que es un hombre independiente y autosuficiente, pero a veces tenemos que tomarnos el permiso de descansar un poco. Mi padre me enseñó que cuando alguien se ofrece a hacer algo por uno, debemos simplemente aceptar. Él siempre dice que es un don saber dar, pero también saber recibir —añadí mientras lo veía prepararme un café.

—Interesante punto de vista el de su padre, pero no estoy acostumbrado a recibir, en realidad... —dijo pensativo. Me dio la impresión de que era un hombre solitario.

—Buen momento para empezar, déjeme ayudarlo. No lo tome como un trabajo, tómelo como el favor de una amiga —insistí.

—Usted y yo no somos amigos, señorita Vargas —dijo con tono gélido y calculador. No puedo negar que aquel comentario me descolocó por unos instantes, solo trataba de ser agradable.

Me quedé observándolo con el ceño fruncido.

—Lo sé, era solo una forma de decir... Lo que quiero decir es que... Lo entendí, lo siento. —Ahora sonaba arrepentido.

Me sirvió el café y él se preparó un té. Me indicó el lugar donde guardaba el pan y corté algunas rebanadas para preparar unas tostadas, algo lo más liviano posible para no cargar su estómago. Después de un desayuno silencioso, le pedí que me diera el material que había que resumir para las clases para la semana, y luego de pensarlo un poco, me lo entregó.

Me dijo que utilizara su computadora personal y me explicó cómo y dónde acceder a los programas. Su ordenador estaba preparado para él con *softwares* y aplicaciones para no videntes.

Se recostó en su cama y yo me quedé sentada en el escritorio que había en la habitación. Su cuarto era amplio, pero solo tenía la cama con un par de mesas de noche a cada lado de la cama, el armario y un escritorio antiguo con varios libros en braille.

Repasé el material, lo resumí, preparé las diapositivas y luego se las leí. Él me escuchaba atento y asentía con la cabeza. Cuando terminé, se quedó pensativo por un rato, sin decir nada. Temí que me regañara porque no le gustó el trabajo, aunque ni siquiera eso logró que pudiera dejar de perderme en sus facciones hermosas, en sus pies que escapaban bajo las frazadas, en sus cabellos moviéndose con libertad cerca de su oreja.

—Está perfecto, Vargas, es usted muy brillante —habló al fin.

—¿No hay nada que desee cambiar o agregar? —pregunté, en un intento por no sonar alegre por su veredicto.

—Yo no lo hubiera hecho mejor. La verdad, usted me sorprende —zanjó y no supe si aquello me hacía sentir bien o no.

Nos quedamos en silencio mientras guardaba los archivos y cerraba la computadora. Unas ganas irracionales de meterme a la cama, a su lado, se apoderaron de mí. Tuve que sacudirla cabeza para tratar de alejar esos raros e intrusivos pensamientos.

—Profesor, quería aprovechar para hablarle de algo. Sé que quizá no sea el momento, pero como estoy aquí, yo... —No sabía cómo decirlo y me arrepentía de haberlo mencionado en ese instante, simplemente no sabía de qué hablar.

—Solo dígalo, Vargas.

—¿Podría retirarme unos días antes de las vacaciones de Navidad? Es que quiero acompañar a un amigo a visitar a su hermana —expliqué. Me mordí el labio ahora con temor a que se enfadara.

—Sí, de hecho, toda esa semana ya no estaré en la ciudad así que puede tomarse los días que desee, yo también viajaré. Eso sí, debemos dejarlo todo listo antes, eso implica revisar los trabajos prácticos que constituyen la nota parcial de los alumnos.

—Sí, claro, lo haremos. —El silencio entre nosotros se tornó incómodo—. ¿Irás a pasar Navidad con su familia? —le pregunté, más que nada para mantener conversación.

—Sí, algo así —zanjó, y de nuevo nos envolvió el silencio.

Me disculpé con la promesa de que haría un almuerzo liviano y salí de la habitación para ir a la cocina. Me concentré entonces en encontrar los ingredientes y preparar algo.

Dejé el arroz en el fuego y caminé por la sala observando las fotografías. No podía entender por qué alguien no vidente tenía imágenes en su casa, pero supuse que no las había colocado él. Había fotos de un niño sonriendo entre un grupo de monjas, además pude ver al mismo niño en el regazo de la señora Sonia, y otra más del pequeño en medio de una huerta con los brazos extendidos y riendo feliz. Se trataba de él, sin duda alguna.

Tomé en mis manos la segunda fotografía para verla de cerca, sus ojos celestes estaban perdidos, su mirada iba hacia una esquina y la sonrisa era inmensa, se veía realmente feliz. La señora Sonia, mucho más joven, lo tenía en su regazo y lo abrazaba dándole un beso en la mejilla. Las manitas del niño alborotaban el cabello de la mujer. Sonreí ante la ternura de la escena y confirmé que ella era mucho más que su secretaria, quizás era su tía o incluso su madre, aunque eso parecía extraño teniendo en cuenta el cargo que ocupaba en la universidad.

—¿Qué hace? —Su voz me asustó y coloqué rápidamente el portarretratos en su sitio.

—Solo observaba las fotos —admití avergonzada, él no contestó—. Creo que la comida ya está lista profesor. Es solo algo liviano, le serviré y luego me retiro. Usted ya está bastante bien.

Asintió y caminamos hasta el comedor, se sentó y me preguntó si no quería compartir con él la comida. No sé si lo dijo de verdad o por cortesía, pero yo necesitaba salir de allí lo antes posible. Me sentía incómoda, nerviosa y avergonzada, aunque no sabía bien el porqué.

—Le agradezco mucho, pero debo retirarme —me disculpé.

—Está bien, gracias por todo —murmuró. Me pareció notar decepción en su voz.

Después de dejarlo sentado, concentrado en su comida, me puse el abrigo, tomé mi bolsa y volví a despedirme. Él imitó el gesto y entonces me retiré.

Durante toda la tarde —mientras veía televisión, acostada en mi cama y cubierta con miles de mantas— pensé en él, en cómo estaría, en qué estaría haciendo y en las ganas que tenía de estar allí en su departamento.

Mi mente me estaba jugando una mala pasada. Tenía que empezar a controlarla.



9. *Leamos Juntos*

ÁMBAR

Esos días fueron muy raros, y aunque incómodos, en algún punto resultaron refrescantes. Sí, esa es la palabra indicada. Sentirme cuidado me hizo sentir bien, me hizo sentir parte de este todo al que llaman mundo y en el que siempre me he sentido un extraño.

Los días que le siguieron a ese fin de semana, todo volvió a la normalidad. Trabajamos arduamente porque debíamos las clases listas para el receso por Navidad. De todas formas, algo se sentía diferente; era como si Vargas hubiera derribado alguna de mis murallas, las miles que había creado a lo largo de mi vida para mantenerme alejado de las personas y que nadie se acercara a mi corazón, a mi verdadero yo.

Le preguntaba a mi celular la hora a cada segundo, a modo de contar los minutos que faltaban para que ella ingresara por la puerta de mi despacho, tan fresca y amena como siempre, lista para trabajar con su tan acostumbrada buena predisposición. Un par de veces nos entablamos conversaciones sobre libros que tratábamos en las clases que preparábamos. Realmente me sentía cómodo a su lado, me parecía una persona inteligente, y aunque conmigo siempre se mostraba respetuosa y nunca intentaba franquear la relación docente-alumna, se notaba una persona bastante divertida y extrovertida.

Me descubrí a mí mismo imaginando su rostro, su figura, el color de su piel y su cabello más de una vez; me asustaba el rumbo que tomaban mis pensamientos. Los fines de semana se me hacían largos a la espera de la llegada de la jornada laboral, solo para poder estar de nuevo en su compañía. Sabía que aquello no era bueno.

Esa tarde, la esperaba, como siempre. Ya solo faltaban dos semanas para las vacaciones, pero solo una para que yo me marchara a Társago, el pueblo

donde había vivido gran parte de mi vida. Nos separaríamos por tres o cuatro semanas, y para ser sincero, eso me tenía un poco apabullado. Nunca me había sentido de esa forma y, aunque por un lado me resultaba agradable, sabía que se estaba volviendo peligroso.

—Permiso, Mariano —ingresó mamama.

—Sí, dime —sonreí.

—Ámbar Vargas se reportó enferma y no podrá venir. De hecho, se ha retirado temprano de la Universidad, parece que no se sentía bien.

—Ahm... bien. ¿Sabes qué le sucede? —Una sensación de desazón y frustración se apoderó de mí, ansiaba sentir su presencia y escuchar el armonioso sonido de su voz.

—No, ¿quieres que se lo pregunte? —Sé que mamama sonreía, sé que me equivoqué al consultarlo, yo jamás me interesaba por la vida personal de mis alumnos ni asistentes. Sabía que eso le parecería extraño de inmediato. Por supuesto, nunca le había contado lo sucedido durante el fin de semana en el que ella no estuvo.

—No, no es necesario —dije tajante en un intento por sonar como siempre.

—Bien, ¿hay algo que pueda hacer por ti? ¿Necesitas que te ayude con el trabajo de Vargas? —preguntó.

—No, gracias, puedes retirarte. Ella está muy adelantada con sus tareas —añadí con certeza.

—Bueno, tú también deberías ir a descansar —dijo en tono cariñoso.

—Iré enseguida —contesté.

La oí salir del despacho y, minutos más tarde, pasó a despedirse. Cuando se fue, me pregunté qué sería lo correcto; quizá, podría llamar a Vargas y preguntarle qué le sucedía, o tal vez, eso sería demasiado.

Sin embargo, al recordar que ella se preocupó por mí y me cuidó de la forma en que lo hizo, supuse que a lo mejor no era tan mala idea. Tenía el número de su celular agendado en el mío por cualquier necesidad, pero obviamente jamás la había llamado. Sentí que las manos me sudaban y el corazón se me disparaba cuando tomé el aparato en mis manos y le hablé.

—Llamar a Ámbar Vargas —ordené.

—Llamando a Ámbar Vargas —dijo la voz computarizada de mi celular. Pronto, oí la música melódica y armoniosa que indicaba que, efectivamente, estaba por comunicarme con mi asistente.

Las manos me sudaron más. Estaba ansioso, nervioso, emocionado. Ni siquiera sabía lo que le diría. Estuve tentado a colgar, pero justo en ese mismo

instante pude oír su voz desde el otro lado de la línea.

—Profesor Galván, hola —saludó algo tímida.

—Vargas... yo... Usted no se ha presentado hoy. —Mi voz sonó más dura de lo que hubiera querido. Aquello parecía un reproche.

—Sí bueno, le avisé a Sonia... Es que estoy un poco, uhm... Indispuesta —habló con un dejo de temor—. Si quiere voy, puedo llegar en diez minutos si me necesita con urgencia.

Me sentí tentado a aceptar aquella ridícula propuesta, pero entonces me di cuenta de que parecía temerme. No era lo que quería, no me gustaba eso.

—No, disculpe, creo que no me supe expresar. Yo solo quería saber si usted se encuentra bien. Digo, teniendo en cuenta lo mucho que se preocupó por mí cuando estuve enfermo. Si hay algo que yo pudiera hacer por usted...

—Me sentía un tonto exponiéndome demasiado. Me atajé la cabeza, regañándome internamente.

—Estoy bien, profesor. Gracias por preocuparse —respondió, en su tono de voz descubrí sorpresa.

—Pero ¿está engripada o es otra cosa? —quise saber más que nada porque aún no deseaba cortar la comunicación.

—No, es solo... estoy indispuesta. Esas cosas que nos pasan a las mujeres una vez al mes, ¿sabe? Solo, me ha llegado con muchos dolores esta vuelta —explicó.

Okey, aquello era demasiada información. No debí preguntar, y ella no debió ser tan sincera. Me sentía incómodo hablando de algo tan íntimo con una alumna. Meneé la cabeza en busca de alguna palabra que pudiera sacarme del apuro, pero nada aparecía en mi mente y no supe qué decir. Me sentía como un adolescente perdido.

—Bueno, quizá no debí darle tanta información. —Fue ella quien finalmente habló.

—Supongo que debería tomarse un té o algo —agregué, todavía confundido. ¿Qué diablos me estaba sucediendo?

—Mañana estaré de nuevo por allá, profesor. Gracias por preocuparse y tomarse la molestia de llamar —añadió, intentando cortar la incomodidad del momento.

—No es ninguna molestia, Ámbar, espero que se mejore pronto —agregué. La llamé por su nombre de pila por primera vez. Eso pareció sorprenderla, porque quedó en silencio unos instantes.

—¿Ya está usted en su casa, profesor? —preguntó de repente.

—No, todavía estoy en la oficina —respondí con una sonrisa. Antes había pensado que ella ya deseaba cortar.

—Hace frío, debería ir a descansar ya, quizá leer un buen libro —agregó distendida, natural, espontánea.

—¿Qué libro me recomienda, Vargas? —pregunté sonriendo.

—Creo que es usted el que debe recomendarme alguno —respondió ella avergonzada.

—Volveré a leer *Orgullo y prejuicio*. Lo leí cuando era muy joven y hace poco una alumna presentó un trabajo bastante interesante al respecto, quizá deba volver a leerlo.

—Es un buen libro —agregó.

—¿Es su favorito?

—La verdad no puedo decidirme por uno solo. Decir que un libro es mi favorito sería decirle a todos los demás que no lo son, y cuando estoy leyendo algo que me envuelve, que me absorbe, en ese momento ese libro es mi favorito.

—Interesante punto de vista. ¿Puedo preguntarle algo personal, Vargas? —inquirí recostándome en mi sitio, la sensación de incomodidad había menguado.

—Sí, claro —murmuró insegura.

—¿Qué edad tiene usted?

—Tengo veintitrés años, profesor.

—Pensé que era más joven —respondí con sinceridad.

—Es que vengo de otra universidad, me toca equiparar algunas materias, por eso estoy en algunas de primero y de segundo —explicó.

—Entiendo. ¿Y qué es lo que más le gustó de ese libro?

—Me gustan las historias de amor, profesor, pero esa historia me transportó a un tiempo y a unas costumbres que no logro imaginar. Me pregunto cómo es que aquella gente se enamoraba así, sin conocerse, sin entablar ninguna conversación íntima, y luego de un corto noviazgo, pasaban a casarse. Además, esos matrimonios duraban toda la vida.

»Sé que no es el único libro que retrata esa época, simplemente lo leí en una etapa un poco difícil de mi vida y me llevó a reflexionar en todo eso, y en cómo hoy los matrimonios duran tan poco a pesar de que las parejas se conocen mucho más cuando se casan, incluso algunos viven juntos desde mucho antes. Bueno, el análisis no es desde el punto de vista literario, es más bien una reflexión personal —explicó. Me pareció que sonreía.

—Tiene mucha razón, eso es quizá porque en aquella época se regían por las reglas y las normas. Las cosas se hacían porque se debían hacer, o no se hacían porque no se debían hacer. Existía el respeto —añadí.

—En parte, eso es bueno, en parte quizá no. Me quedo pensando en las altas tasas de divorcios actuales. ¿Se trata entonces de que se ha perdido el sentido de lucha? ¿Será que en aquella época se hubieran divorciado si les era permitido? —inquirió. Me agradaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—No lo sé, el matrimonio no es algo en lo que haya reflexionado mucho —respondí con sinceridad.

—¿No cree en el matrimonio, profesor? —inquirió curiosa.

—Creo en que no es para todos, y yo soy uno de aquellos que no fue diseñado para ello —respondí.

—¿No será esa solo una excusa para vivir una vida desenfadada, profesor? —preguntó divertida. Fue en ese momento en el que me di cuenta de que estaba hablando de cosas personales con una alumna otra vez. Carraspeé nervioso—. No lo tome a mal, solo fue una broma —se excusó ella.

—Bien, Vargas. Creo que es mejor que la deje descansar —dije, intentando poner fin a la conversación.

—¿Y si leemos esta noche? —sugirió antes de cortar.

—¿Qué quiere decir? —quise saber, confundido.

—*Orgullo y prejuicio*, leamos un poco esta noche, así leemos juntos —propuso. Hice silencio un rato, necesitaba procesar aquello—. Perdón profesor, fue solo una...

—Sí, me parece bien, Vargas. Nos encontramos en el libro —contesté, interrumpiéndola. Mi silencio la había amedrentado.

—Bien, nos encontramos allí, y... gracias por llamar.

Cuando cortamos, me di cuenta de que tenía una sonrisa estúpida pintada en los labios. Me levanté de mi silla y me puse el saco. Guardé algunas de mis pertenencias y salí en dirección a mi casa. Al llegar, me preparé algo para comer y luego busqué la novela entre mis libros en braille. Me di una ducha, me puse algo cómodo y me senté en la cama para perderme en la lectura.

Pero esta vez, no estaba solo, y eso lo hacía diferente.



10. *Francie* ÁMBAR

La llamada de Galván me dejó atónita. Oír su voz en el teléfono era abrumador, parecía invadir mi cuerpo, me llenaba de señales confusas e inmanejables. Al ver su nombre en el celular, me pregunté qué querría. Cuando le atendí me pareció enfadado y pensé que me regañaría por haber faltado. Luego se excusó y se interesó en lo que me sucedía. Yo, no sabiendo qué decir o cómo actuar, di demasiados detalles de lo que me estaba pasando, y eso lo dejó incómodo. Cuando me di cuenta, quise meter la cabeza bajo la tierra. ¿Cómo se me había ocurrido decirle al profesor Galván que estoy con el periodo?

En un momento, me llamó por mi nombre, que sonaba en su voz como una hermosa canción; mi corazón respondió a sus palabras, acelerándose, y aquello me asustó por demás. Intenté no prestarle atención, pero la realidad era que no quería dejar de hablar. Sin darnos cuenta, iniciamos una conversación sobre un libro que terminó en algo más personal. Él dijo no creer en el matrimonio y yo le respondí bromeando, como lo haría con cualquier amigo. Imaginaba que Galván estaba rodeado de mujeres guapas que lo acosaban, era un hombre demasiado «hombre», de esos que encienden con solo verlo, de aquellos a los que dan ganas de... Me sorprendía a mí misma el rumbo que tomaban mis pensamientos, nunca había pensado en nadie de esa forma y con él, aquello me parecía de lo más natural, tanto que asustaba.

Sonreí al imaginármelo recostado en su cama, con sus dedos recorriendo las páginas del mismo libro que yo leería en un rato. La simple idea de hacer algo que él estuviera haciendo también me parecía encantadora. Cuando terminé de cenar, me metí en la cama, me cubrí con mil frazadas y me dispuse

a leer mi viejo y amarillento libro, uno de los pocos que acompañaba siempre todos mis viajes.

Cuando terminé de leer un par de capítulos, cerré los ojos y me pregunté si él estaría leyendo. Era una tontería, pero de algún modo se sentía especial. Tenía ganas de escribirle y preguntárselo, sabía que él utilizaba una aplicación que le leía los mensajes de texto, pero no creía que fuese una buena idea molestarlo tan tarde porque, quizá, sería pasarse de la raya. También era probable él hubiera olvidado la promesa y que estuviese ahora dormido. Después de todo, ya eran cerca de las diez de la noche. Fruncí el labio sintiéndome indecisa, pero luego tomé el celular y le escribí de todas formas:

«Es una verdad mundialmente reconocida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita una esposa».

Esa era una buena frase para iniciar conversación, la primera frase del libro.

«Por suerte, no soy poseedor de una gran fortuna». —Respondió él.

Sonreí mientras pensaba qué podría escribirle a continuación, pero entonces me llegó otro mensaje suyo.

«¿Recién lo va a empezar, Vargas? Es injusto, llevo más de dos horas leyendo».

Sonreí ante sus palabras. Todas mis dudas habían quedado resueltas.

«Ya lo empecé hace rato, solo quería saber si estaba allí».

Respondí.

«Estoy».

Esa fue una larga noche, leímos hasta pasadas las dos de la madrugada mientras nos enviábamos mensajes en los que comentábamos pasajes o reíamos de algo. Luego, notamos que el día siguiente era día laboral, así que sería mejor descansar. Cortamos la charla y nos dispusimos a dormir.

Acomodé el libro a mi lado, como si fuera una persona, y lo tapé con la manta, observándolo con cariño. Lo que sentía era nuevo, intenso y emocionante, aunque lo percibía como algo peligroso para mis objetivos de vida. No quería tener que marcharme de esa ciudad, no antes de terminar mis estudios. Por suerte llegaban los días festivos, así que tomaríamos distancia. Eso era bueno. No deseaba ahondar en el asunto, no quería que sucediera lo que temía. No podía enamorarme, yo no podía amar.

La mañana siguiente transcurrió tranquila. A la hora de siempre, me dirigí al despacho de Galván; sabía que luego de aquella noche, nuestra interacción se vería afectada en mayor o menor medida, pero tenía ganas de verlo, de estar cerca de él, de escucharlo hablar.

—Buenas tardes, Ámbar —me saludó Sonia al verme llegar.

—¡Hola, Sonia! ¿Cómo estás? —dije con efusividad.

—Bien. ¿Te sientes mejor?

—Sí, ya estoy bien —respondí con una sonrisa. La mujer era agradable. Era una de esas personas que con solo verla, genera confianza.

—El profesor se preocupó por ti ayer —dijo ella.

Y yo, sin pensarlo, contesté.

—Lo sé. Me llamó, pero le dije que no debía preocuparse. —Cuando vi los ojos de Sonia abrirse como platos en una sorpresiva reacción a mi anterior comentario, me di cuenta de que había hablado demasiado. Recordé que Galván nunca llamaba y a él no había que llamarle nunca.

—Pasa, te está esperando, supongo —mencionó, sonriente.

Avergonzada por la anterior declaración, bajé la mirada e ingresé enseguida al despacho.

—Buenas tardes, profesor —saludé. Su sonrisa era fantástica, mágica, iluminaba su rostro y lo hacía ver aún más perfecto. Era una lástima que tuviera la costumbre de contener el gesto.

—Ámbar, pase por favor —dijo él. Volvió a llamarme por mi nombre. Me gustaba, me agradaba oír su voz acariciando esas cinco letras.

—¿Qué hacemos entonces? Ya no hay clases para preparar —pregunté.

—Debemos corregir esos trabajos y sacar las notas parciales de los alumnos. ¿Puede comenzar a leerlos para mí? —explicó mientras señalaba una pila de carpetas en su escritorio. No las había visto antes, porque solo me había fijado en él.

Me senté en la silla de enfrente y tomé las carpetas. Leí los trabajos uno tras otro. Al acabarlos, él me daba la nota que debía poner y yo la anotaba en una planilla. Cuando llegué al trabajo de Roberto, de inmediato me di cuenta de que no le alcanzaría la nota para pasar la materia. Todos los trabajos eran perfectos, largos, bien redactados, pero el de mi amigo no tenía ningún sentido y apenas alcanzaba una página. Los alumnos habían analizado una obra y debían contestar varias preguntas que Galván les había dado; las respuestas de Roberto eran escuetas y ambiguas, deduje que no había tenido tiempo de leer el libro y había contestado cualquier cosa.

No lo dudé, en ese momento no lo dudé, debía ayudar a mi amigo o si no le retirarían la beca y perdería sus estudios. Con base en todo lo que había leído antes, fui esbozando respuestas que simulé leer de su trabajo. Galván le terminó dando un nueve. Cuando le mencioné el nombre, pareció

sorprendido, pero no dijo nada. Anoté con pesar aquel nueve fraudulento al lado del nombre de Roberto en la planilla, y pasé a la siguiente carpeta.

Cuando terminamos, Galván me dijo que podía retirarme, solo quedaban dos días más antes de que él viajara a no sé dónde, y tres para que yo viajara con Rob al pueblo de su hermana. Ya casi estaba todo listo en el trabajo así que no quedaba mucho por hacer.

—¿Continuará la lectura esta noche? —preguntó Galván sorprendiéndome, no pensé que tocáramos el tema.

—Sí, si usted lo desea... —Asentí, nerviosa. Me sentía mal por lo que acababa de hacer. Él me estaba dando una confianza que no le había dado a nadie y me dolía engañarlo, pero tampoco podía ver como la vida de Roberto se hacía añicos en mis narices.

—Sí, me gustaría —respondió.

Sin más que agregar, me despedí prometiendo leer antes de salir de la oficina consternada y emocionada en iguales proporciones. Esa noche — aunque leímos— no nos mensajamos, no quise hacerlo primera y él no lo hizo tampoco. Aun así, sabía que estaba allí, cerca de mí, unido a través de las palabras de Orgullo y Prejuicio.

— —

Al día siguiente las notas fueron publicadas y Roberto se acercó a mí en el receso.

—Gracias —mencionó avergonzado.

—¿Por qué? —respondí, fingiendo desconocimiento.

—Sé que con aquel trabajo era imposible que sacara un nueve. Agradezco lo que has hecho por mí, Ámbar, quedo en deuda contigo, te estás jugando demasiado —dijo compungido.

—Solo no digas nada, no quiero que Galván se entere jamás, Roberto. Él no me lo perdonaría. Perdería mi puesto y quizá mucho más —respondí con un suspiro, la sola idea me aterraba más de lo que quería admitir.

—Lo sé, por eso te agradezco mucho. No se enterará, no se lo diré a nadie, es un secreto entre tú y yo —respondió, haciendo un gesto extraño con los dedos de su mano.

—Gracias... —asentí.

—¿Ya estás lista para nuestro viaje divertido, cariño? —preguntó entonces justo cuando Galván pasó a nuestro lado.

—Sí, todo está listo —sonreí mientras lo miraba pasar indiferente, distante, serio.

—¿Es muy desagradable? —preguntó Roberto siguiendo mi mirada—. Digo, siempre está tan serio y amargado.

—Es agradable —sonreí sin dejar de mirarlo.

—Mmmm... Si no te conociera como te conozco, diría que te gusta —comentó mi amigo guiñándome un ojo.

Sacudí mi cabeza a modo de negación y lo miré a los ojos. Roberto podía leerme, era el mejor amigo que había tenido en toda mi vida. Quizá debido a su orientación sexual, me sentía en libertad para abrirme a él y contarle todo de mí, sin miedo; él nunca se enamoraría de mí, ni yo de él y eso me permitía entregarle mi confianza plena. Claro que él también me había contado elementos privados de su vida; era algo mutuo.

—A mí no me gusta nadie —dije en tono muy poco convincente.

—Claro cariño, claro —respondió, dejándolo pasar.



11. *Volver a casa*

MARIANO

Oír aquello fue molesto. El alumno Cabral la llamó «cariño» y le habló sobre un viaje que harían juntos. Sin duda, estaban en pareja. Por algún motivo, aquella idea me generó un sinsabor en la boca del estómago. Quería sacarla de allí y llevarla conmigo al despacho para preguntarle qué era de Cabral y decirle que la situación me molestaba, aunque era incapaz de explicarle el porqué. ¿Qué clase de comportamiento era el mío? ¿En qué clase de irracional primate me estaba convirtiendo?

Pasé de largo y fingí no oírlos. Llegué al despacho y me senté, enfadado, amargado, abrumado. Estaba enojado conmigo mismo por no ser capaz de manejar mis emociones o lo que fuera que me estuviera sucediendo. No veía la hora de viajar para olvidarlo todo; tomar distancia, alejarme y enfriar mi mente. En la noche anterior había tenido un sueño con Vargas, un sueño de aquellos que no se pueden contar. ¿Qué demonios me sucedía? Me levanté alterado, agitado y excitado. Tuve que darme una ducha con agua helada para volver a la normalidad. Me regañé a mí mismo por ello porque sabía que no era normal ni correcto.

—¿Qué sucede, Mariano?

Bien, lo único que me faltaba, mamama con sus preguntas insidiosas. Llevaba días hablándome de Ámbar y tratando de sacarme información que, por más cariño que le tuviese, no pensaba compartir con ella.

Le dije que no sucedía nada y le pregunté sobre las notas de los alumnos. Me dijo que ya las había pasado en limpio y que la lista se había hecho pública en la mañana. Minutos después, llegó Vargas. No quería tenerla cerca ese día, deseaba que se fuera, pero quedaba poco tiempo y debíamos terminar algo.

Me mostré distante. No entablé una conversación con ella salvo que fuese necesario. Ámbar tampoco dijo nada, y de esa misma forma pasaron los últimos días hasta que, con formalidad, nos despedimos hasta el regreso de las vacaciones.

—Espero que pase unas hermosas vacaciones y una buena Navidad, profesor —dijo ella antes de marcharse.

—Lo mismo para usted y su novio —inferí, y luego de un silencio, ella contestó.

—Yo no ten...

—Hasta luego, Vargas —interrumpí para que se fuera, no quería escucharla más.

—Hasta pronto, profesor —habló incómoda y salió.

Al oír la puerta cerrarse, fruncí los labios y cerré el puño derecho, golpeando mi mano contra el escritorio. Estaba enfadado y debía controlarme.

De pronto, me la imaginé en brazos de Roberto. El chico hablaba poco y lo único que sabía de él era que no era buen alumno. Me molestaba imaginar a Vargas con un joven tan mediocre al que de seguro no le importara para nada más que para entretenerse. Me molestaba imaginarla con alguien que no la mereciera.

Traté de alejar mis pensamientos sobre ella, aunque siguiera leyendo el libro que nos habíamos propuesto compartir. Me enfoqué en el viaje y en que pronto me encontraría con todas las personas tan queridas para mí.

Cuando llegué a Társago, las hermanas Rita y Florencia ya me estaban esperando en la estación de trenes. Las abracé, emocionado. Había algo en el pueblo, en su gente, en su aire y en su ambiente, que me hacía sentir a salvo, cómodo y especial.

Fui con ellas al convento donde ya me esperaban las demás, estaban felices con mi llegada. Me prepararon la habitación que solía ocupar desde niño, en la parte de atrás de la capilla. Allí dejé mis cosas. Mamama llegaría en un par de días más. Me llevaron al comedor donde desplegaron el sin fin de comidas que habían preparado para mí. Me presentaron al Padre Manuel, el nuevo párroco y director del convento. Almorzamos entre miles de preguntas sobre mi vida y novedades sobre las de ellas.

Por la tarde, paseé por Társago. Redescubrí sus calles y sus plazas, absorbí la magia de todo lo que aquel pequeño pueblo significaba para mí: libertad, alegría, cariño y seguridad.

Así pasaron los tres primeros días, olvidando todo lo que no me hiciera feliz, en un lugar que era como un paréntesis en el mundo para mí.

El miércoles volví cansado de la caminata junto con la hermana Belén, una religiosa de casi sesenta años a quien había acompañado al supermercado a traer algunos víveres. A mi regreso, decidí quedarme en el templo que estaba al lado del convento. Era antiguo, una joya de la arquitectura y un verdadero tesoro en medio de aquel escondido pueblecito. Me senté allí, en la segunda fila, como hacía muchos años atrás y redescubrí el olor a incienso, a flores y a madera antigua, que me transportaban a mi infancia y me embebían de profunda paz. Allí, en ese silencio místico, me encontré de nuevo con Dios.

—Hace mucho que no te hablo —expresé en mi mente, solo para mí—. Es difícil encontrar tiempo para ti en la vida adulta... Lo siento —me excusé.

Recordé las veces que de niño me senté en ese sitio, levantando la cara hacia el altar, a la espera de que ocurriera el milagro. Las hermanas me habían leído miles de pasajes de la Biblia donde Jesús resucitaba muertos, hacía ver a ciegos o caminar a paralíticos. Yo en mi ingenuidad me sentaba allí y le pedía que me dejara ver de nuevo: *«Tú puedes, puedes hacerlo, las hermanas dicen que puedes. Déjame ver de nuevo, devuélveme la vista. Hazme ese milagro, por favor»*, rogaba con esperanzas e ilusiones infantiles. En ese entonces todavía creía en la magia, en los milagros y en las fantasías.

—Debo admitir que conversando contigo me siento menos solo... pero eso me pasa nada más que en este lugar. Cuando estoy allá, en mi vida diaria, en mí día a día, no te siento. Las hermanas dicen que estás en todas partes y que siempre nos ves y nos oyes, pero yo no estoy seguro de ello. Sin embargo, ahora estoy aquí, me gusta estar cerca —susurré para mí.

Estaba tan concentrado en mis conversaciones con el Dios que vivía en ese templo, que no sentí cuando alguien se sentó a mi lado. Bastó que se acercara solo un poco para que su aroma me absorbiera por completo, pero ¿qué estaba haciendo Vargas allí? Debía ser un error, una jugarreta de mi mente y de mis sentidos que no podían alejarse de ella.

—¿Profesor Galván? ¿Qué está haciendo aquí? —preguntó.

Supé enseguida que era su voz.

—¿Vargas? Lo mismo le pregunto —dije, intentando sonar natural y nada alterado por su cercanía.

—Vine a conocer esta Iglesia que me dijeron era una especie de reliquia en este pueblo —explicó.

—Es así... —sonreí y luego me dispuse a contarle la historia de aquel sitio, tal cual me la habían contado las hermanas a lo largo de mi infancia.

—Oh, veo que usted conoce mucho de este lugar. ¿Es oriundo de aquí? —preguntó luego de oír mi narración.

—No, pero viví mucho aquí —respondí.

—Usted debería enseñarme el pueblo entonces —mencionó. No supe qué contestar, pero ella no esperó que lo hiciera y siguió hablando—. ¿Es usted creyente, profesor?

—Supongo —mencioné, dubitativo—. Si lo que me pregunta es si creo en la existencia de un ser superior, la respuesta es afirmativa, de lo contrario, no podría explicar muchas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó.

—Cosas de mi vida personal —agregué sin querer ahondar en el tema.

—¡Ámbar, vamos! —escuché a Roberto acercarse—. ¡Oh! Hola, profesor Galván —saludó con respeto.

—Buenas tardes, Cabral —respondí, recordando mi enfado al saberlo con ella.

—Si quieres quedarte... —dijo este a la joven.

—No, me voy... Nos vemos profesor. —Se despidió y yo solo levanté la mano a modo de saludo mientras los escuché partir riendo. Odiaba que la hubiera llevado de mi lado. Intenté serenarme y volví a mi conversación con Dios.

—Ámbar es una buena chica, debes cuidarla mucho —le pedí en una especie de oración por ella. Sonreí para mí mismo—. Me gustaría tanto poder verla, ¿sabes? Si fuera niño de seguro te pediría que me hicieras el milagro —agregué—, pero ya sé que no quieres hacerlo.

Luego de largo rato pensando y meditando, simplemente estando allí en silencio, fui a mi habitación a descansar. Cuando llegué, tomé mi celular en la mano y apreté la tecla para oír los mensajes. La máquina los leyó por mí, pero uno de ellos fue el que llamó mi atención.

«Mensaje de Ámbar Vargas —hablaba la máquina. Luego, recitaba el número mientras yo moría de ansias por saber lo que decía—: Fue bueno verle, profesor. Me preguntaba si en serio querría pasear conmigo mañana por las calles de este bello pueblito, no sé si sería pedir demasiado».

Le ordené a la máquina que contestara por mí: «¿No tiene usted que pasear con su novio, señorita Vargas? ¿Acaso ese joven no tiene tiempo para mostrarle el pueblo?».

Pronto recibí una respuesta: «Él no es mi novio, profesor Galván, es solo un amigo, y mañana tiene compromisos. Perdone, no quería incomodarlo, simplemente era una idea».

«Nos encontramos mañana a las diez en la Iglesia, donde me vio hoy. No me incomoda, Vargas, disculpe si me expresé mal. Tampoco tengo mucho que hacer y pensaba ir a las montañas».

«Las montañas suenan bien. Lo veo mañana, profesor».

Y así fue como mi corazón empezó a latir acelerado y mi cabeza, a intentar serenarlo, argumentando que no sucedía nada, que era solo un paseo y que yo debía ser un buen anfitrión con alguien que no conocía el pueblo.

Lo cierto es que esa noche no pude dormir.



12. En la montaña

ÁMBAR

Esto era real. Era una de esas situaciones que temes que sucedan, pero que cuando suceden no quieres que se interrumpen. Ver a Galván en la Iglesia fue una sorpresa muy grata e inesperada; pensaba que me alejaría unos días de él y que eso enfriaría las cosas entre nosotros, además, los últimos días él había estado muy distante.

Roberto me insistió para que le escribiera al profesor y le sugiriese organizar un paseo el día siguiente. Yo no me animaba, me parecía demasiado, pero para Rob era como una aventura, divertida y peligrosa.

—Si yo pudiera, también lo invitaría a salir. ¿Qué tienes qué perder, Ámbar? Por el contrario, podrías divertirte —dijo mi mejor amigo esa noche, cuando llegamos a la posada donde yo me alojaba. Él se quedaba en lo de su hermana, pero la casa era demasiado pequeña, así que, para no molestarlos, yo decidí quedarme en otro sitio.

—No lo sé, ¿estás seguro? —pregunté dubitativa.

—No, pero como te digo: ¿qué tienes que perder?

—¿Mi puesto? —respondí, enarcando las cejas.

—No lo vas a perder por pasearte con él por el pueblo. Además, es posible que Galván ni siquiera acepte. Tú solo inténtalo —insistió.

Así fue como me animé y le envié el mensaje. Pero apenas presioné el botón, me arrepentí. Galván me confundía. La mayor parte del tiempo, no parecía ser de esas personas que permitieran que otros se le acercaran, pero a veces cedía.

— —

Eran casi las diez de la mañana, habíamos quedado en vernos a esa hora en la Iglesia. La verdad es que yo estaba en la esquina desde las nueve y cuarto. Llegué más temprano de lo que debía a causa de la ansiedad que me generaba la situación. Observé desde la esquina, por si veía a Galván ingresar a la iglesia. Quería permitirle llegar primero, pero los minutos pasaban y él no arribaba. Fiel a la hora, me encaminé al edificio. Para mi sorpresa, él ya estaba adentro. ¿A qué hora habría llegado si yo no lo vi entrar?

—Hola, profesor —lo saludé.

Él se giró al oír mi voz. Se veía guapo en con su vestimenta casual. Traía puesto un *jean* azul marino y un *pullover* de lana fina de color negro con cuello alto; llevaba una gorra, una campera bien abrigada y sus gafas de siempre.

—Hola, Vargas, espero que venga abrigada. Vamos a ir a la montaña y pronostican nevada para hoy.

—Sí, lo he pensado, y como sufro mucho con el frío me he traído todo encima —sonreí.

—Bueno, no hay más tiempo que perder. Debemos caminar hasta la estación donde tomaremos el bus de color amarillo, ese es el que sube hasta la montaña.

—Bien, no sé dónde queda la estación, pero siempre podemos preguntar —respondí.

—No se preocupe, yo sí lo sé —sonrió él, dejándome ver por segunda vez esa sonrisa tan hermosa que iluminaba todo su rostro—. Lo único es que deberá avisarnos cuando vea el autobús amarillo.

—Eso lo puedo hacer —añadí.

Entonces, él tomó su bastón blanco, que había dejado en una de las sillas, y se me adelantó para salir del lugar.

Caminamos uno al lado del otro en silencio. Me impresionaba la seguridad que emanaba, cómo se manejaba por las calles sin problema alguno. De repente, me sentí protegida y a salvo. Cuando íbamos a cruzar la calle, él lo hacía como si nada: se detenía, escuchaba los sonidos y cruzaba sin siquiera titubear. Mi corazón se agitaba en una mezcla de temor y ansiedad. No quería guiarlo porque lo veía muy independiente, pero a la vez, no estaba acostumbrada y me daba miedo.

Unas cuadras más adelante, tuve la certeza de que él sabía perfectamente lo que hacía, así que dejé de pensar en aquello para disfrutar de su compañía.

El viento frío golpeaba mi rostro y arrastraba su aroma varonil hasta mis fosas nasales, aquel aroma a menta ingresaba a mi sistema dejándome con

ganas de más. Sentía su piel llamando con intensidad a la mía. Tenía ganas de tocarlo, de rozar aunque sea mis manos con las suyas. Era una necesidad intensa y apabullante, algo que nunca me había sucedido y que me asustaba en demasía.

Cuando llegamos a la estación, no debimos esperar demasiado. Los pasajeros ya comenzaban a subir al autobús amarillo, y cuando se lo dije a Galván, ambos decidimos correr hasta el transporte como dos niños, divertidos y riendo. Una vez dentro del vehículo, tomé al profesor de la mano para indicarle donde había asientos libres. Teníamos guantes puestos, así que nuestras pieles no se tocaban, pero su mano encerraba la mía y me hacía sentir muy bien. Él guardó el bastón blanco y se sentó. Los asientos eran pequeños y nosotros estábamos tan abrigados que quedamos muy juntos. No soltamos nuestras manos hasta que, unos segundos después, parecimos darnos cuenta de aquello.

Cuando llegamos la base de la montaña, tuvimos que subir a otro ómnibus preparado para caminos más sinuosos y nieve. Volví a sujetar la mano de Galván para llevarlo a nuestros asientos. Me gustaba que él se dejara guiar. Nos acomodamos en silencio y esperamos a que el transporte llegara a la parada. Al llegar, pude observar qué tan asombroso era el sitio. Nunca había estado en un lugar así; todo era blanco a mi alrededor, la nieve cubría el paisaje y no podía ver dónde terminaba la tierra y dónde comenzaba el cielo.

—¡Oh!, este sitio es fantástico —comenté, asombrada.

—¿Le gusta? —preguntó—. Es un lugar mágico, me gusta pensar que es el sitio más cercano al cielo.

—Se ve como tal, profesor. ¡Me gustan los teleféricos de allá! —dije señalando los aparatos sin recordar que él no podía verlos—. ¿Cree que podríamos subir?

—Nunca he subido a esa cosa, siempre vengo solo y no tendría sentido si no puedo apreciar las vistas.

Me sentí confundida ante su afirmación. No sabía qué decir, pero pronto se me ocurrió algo.

—Quizá, podría sentir la de libertad de estar suspendido en el cielo —comenté.

—Libertad. Creo que usted sobrevalora mucho esa palabra —dijo, probablemente recordando mi ensayo.

—Amo la libertad. ¿Quiere intentarlo? —insistí, sin adentrarme en el tema.

—Para serle sincero, temo hacer el ridículo subiendo a un aparato cuyo objetivo es mostrar las buenas vistas desde arriba. Pero puede subir usted sola y yo la espero aquí —respondió de manera cortante.

—¿Hacer el ridículo, profesor? ¿Quién se fijaría? ¿Acaso es usted de esas personas que viven pensando en el qué dirán? Vamos, se me ocurre una idea —agregué.

Lo llevé entonces hasta el sitio donde se compraban los pases para el teleférico. Allí, pagué por dos. Luego, nos acomodamos al final de la fila y, sin necesidad de que esperáramos mucho, subimos a uno.

La máquina era como una cápsula transparente en la que entraban cuatro personas. Compartíamos la cabina él, yo y dos jovencitas. Cuando estuvimos dentro, saqué una pañoleta que traía ajustada a mi cuello y me la até alrededor de los ojos. Antes de dejar de ver, pude observar el rostro confuso de nuestras acompañantes ante lo que hacía, pero no me importó.

—Profesor, présteme sus manos —dije, hablándole a Galván que lucía inquieto a mi lado. Le tomé una de las manos y le saqué el guante, sus dedos estaban fríos al tacto. Lo guie hasta mis ojos para que tocara la tela que los cubría.

—¿Qué hace, Vargas? —preguntó sorprendido.

—Experimento la libertad de estar suspendida en el aire sin poder ver —respondí sonriendo.

—No debe hacerlo, no se pierda las hermosas vistas que usted sí puede apreciar —añadió algo confundido.

—Disfrutaré de esto tanto como usted —dije con una sonrisa en mi rostro.

Galván dejó sus manos en mi rostro unos segundos más, que a mí me parecieron eternos y hermosos. Su tacto frío en mi mejilla me hizo estremecer.

Unos segundos después, sentí el movimiento del aparato. Se meneaba ligeramente de un lado al otro de una forma tan sutil que resultaba relajante. Me dejé llevar por esa sensación de estar volando y me sentí realmente libre. Entonces, puse una mano sobre la de Galván. Sorpresivamente, él la envolvió con la suya propia. Eso se sentía hermoso, pleno, libre.

Cuando llegamos a la cima, me saqué la venda para poder guiarnos a través de la zona. Salimos del teleférico, listos para pasear por la parte más alta de la montaña a la que solo se llegaba de esa manera.

—¿Tiene hambre? —pregunté con amabilidad. El reloj indicaba que era casi mediodía.

—Un poco, ¿hay algún sitio para comer aquí? —inquirió él.

—Sí, hay un restaurante, ¿vamos? —dije. Sin esperar una respuesta, lo guie hacia allí. Noté que no había vuelto a sacar su bastón blanco.

—Bien —asintió, sonriendo. No parecía sentirse molesto; eso me agradaba.

Ingresamos al sitio que se veía bastante elegante y buscamos una mesa libre. Cuando nos acomodamos, no supe cómo reaccionar ya que él no podía leer el menú. Me pregunté cómo lo haría normalmente y supuse que le preguntaría al mozo.

—¿Quiere que le lea el menú, profesor? —pregunté, avergonzada.

—No es necesario, no quiero molestar —respondió de forma seca, quizás él también se sentía incómodo en esta situación.

—Le leo los trabajos prácticos de los alumnos y los exámenes, profesor. No es nada.

—No es lo mismo, ese es su trabajo.

Lo observé allí, quieto. Se mordía el labio por la incomodidad. No parecía estar acostumbrado a esta clase de situaciones; me generó ternura. Su mano derecha reposaba en la mesa, al lado de su plato. Coloqué la mía encima de la suya, a modo de darle confianza.

—No es lo mismo, pero no es molestia. Disfruto de mi trabajo porque hago lo que me gusta junto a una persona tan preparada e inteligente como usted, alguien a quien realmente admiro. Pero también disfruto de estar aquí, profesor, de poder leerle el menú o guiarlo si lo necesita. Usted también me ha guiado a través del pueblo hasta llegar a la estación. Yo no conocía nada y me sentí muy segura de que no iba a perderme yendo a su lado. Sé que esto le resulta embarazoso, pero ¿por qué no intentamos que sea divertido y dejamos de lado las incomodidades? La estoy pasando genial y espero que usted también —hablé, en un intento por calmarlo.

—Así es, Vargas, a pesar de no estar acostumbrado a estas situaciones, estoy pasando un buen día. Léame el menú, por favor —aceptó.

Sonreí y empecé recitar las opciones.



13. Atrapados

MARIANO

Tenía una de las manos de Ámbar encima de la mía. Sentía que todo mi cuerpo reaccionaba como nunca antes lo había hecho. Me sentía un adolescente que flotaba en una nube cuando estaba a su lado. Su melodiosa voz iba recitando los nombres de las comidas del menú, pero no podía concentrarme en eso, porque la textura de su piel pegada a la mía —y esta vuelta sin guantes de por medio—, me hacía estremecer.

En otras circunstancias, lo habría odiado, habría aborrecido tanta cercanía, tanta intimidad, pero ahora me agradaba, me hacía sentir bien y me hacía desear más. Al final, decidí ordenar lo mismo que ella porque no lograba concentrarme en nada. Estaba ansioso y abrumado por todo el mar de emociones nuevas. Pensaba en lo que ella hizo más temprano, en el teleférico, cuando se cubrió los ojos sin importarle la opinión de las personas que estaban con nosotros, solo para poder percibir la situación igual que yo lo hacía. Pensaba en su mano unida a la mía mientras me sentía volar, mientras encontraba por primera vez el sentido a la palabra libertad, un sentido completamente distinto al que solía conocer.

—Les recomiendo regresar antes de las cuatro de la tarde, señores —comentó el mozo muy educadamente—, están pronosticando nevadas y es probable se cierre el camino.

—Gracias por informarnos —contesté agradecido.

Comimos en silencio y, luego de tomar un café caliente como sobremesa, salimos para que Ámbar disfrutara del paisaje. Por primera vez, no me sentía en desventaja por no poder verlo, estaba a gusto si ella podía disfrutarlo.

—Cuénteme lo que ve —le pedí cuando llegamos a la cima del mirador.

—Todo es muy blanco. Veo a la gente que sube y baja por el teleférico, veo a personas que esquían más abajo, hay muchos niños que ríen mientras se arrojan bolas de nieve. Es muy bonito, hay mucha paz aquí —comentó ella con entusiasmo en la voz.

—Puedo sentir esa paz, sí, es como le decía anteriormente. Aquí se está más cerca del cielo —añadí en un suspiro.

—Es verdad, es un sitio mágico. Gracias por traerme aquí.

—No hay de qué.

El silencio se hizo profundo entre nosotros, pero no incómodo. No sabía qué decir, así que solo me dediqué a imaginar cómo sería su rostro. Mamama me había dicho que su cabello era negro y lleno de rizos, que sus ojos parecían de miel. Me la imaginaba hermosa y delicada, con una mirada brillante y sonriente.

—¿En qué piensa? —inquirió ante mi silencio.

—Me pregunto cómo se ve usted —respondí, sincero.

—Creo que no hay nada raro en mí —habló con soltura—. Soy bajita, mi cabello es un caos monumental y... nada más.

No respondí, solo sonreí.

—¿Quiere que caminemos un poco? —le pregunté.

—Me parece bien. Hace frío, y cuando nos quedamos quietos lo siento aún más. Creo que me faltó agregar que soy muy friolenta —bromeé.

Caminamos y caminamos sin darnos cuenta del tiempo. Hablamos sobre libros, sobre música y, por momentos, nos quedábamos en cómodos silencios.

El problema fue que, cuando quisimos regresar al pueblo, nos percatamos de que nos habíamos perdido el último viaje en teleférico.

—Lo sentimos, hemos cerrado por hoy debido al temporal que se avecina —explicó el empleado.

—Pero... ¿Qué haremos? ¿Cómo volveremos? —pregunté, nervioso.

—Podrían quedarse en el Hotel de la Montaña. El servicio se reanudará mañana después del mediodía, si el tiempo mejora —informó el hombre.

—¿Cómo? Pero ¿no hay otra forma de bajar? —insistí.

—Lo siento, caballero, todos los caminos han sido bloqueados por razones de seguridad.

—Vamos al hotel, cálmese —dijo Ámbar casi en mi oído. Quedé inmóvil ante su cercanía, que me tomó desapercibido. Me alejó un poco del empleado para hablarme en privado.

—¿Qué dice? —pregunté, confundido.

—No podemos hacer nada, profesor. No tiene sentido que se enfade o que regañe a ese chico que no está haciendo más que cumplir con su trabajo. A veces en la vida solo hay que dejarse llevar. No podemos nadar contracorriente. Vayamos al hotel y disfrutemos de una noche agradable en la cima de la montaña —ofreció ella.

Lo dudé por un momento, pero luego admití que no había otra opción posible. Le pedí al empleado que nos indicara cómo llegar al hotel. Ámbar tenía razón, no había nada que hacer y no quería montar una escena sin sentido frente a ella.

El hotel no quedaba lejos, pero todo el camino lo hicimos en silencio. Al llegar, nos acercamos al recibidor del hotel. Notamos que una gran cantidad de personas estaban en nuestra misma situación.

—Yo pagaré por las habitaciones, señorita Vargas —aclaré, galante. Me acerqué al mostrador y, esperé a que fuera nuestro turno—. Disculpe, queremos dos habitaciones simples —pedí.

—Lo sentimos, solo tenemos matrimoniales disponibles —informó el empleado.

—Pero no podemos estar juntos, no somos... nada —exclamé de nuevo, alterado e incómodo.

—Lo siento, puedo darle una de las *suites* principales por el mismo precio. Es todo lo que les puedo ofrecer.

—Bien, la tomamos. —Se adelantó ella antes de que yo volviera a discutir.

El conserje nos dio la llave y señaló el camino. Hacia allí nos dirigimos.

La habitación era grande y Ámbar se dedicó a explorarla y a emitir sonidos de algarabía y euforia. En cierto modo, me ponía de buen humor, me gustaba que se sintiera bien.

—¡Oh! —exclamó emocionada—. ¡Esto es genial!

Me moví, inseguro, tanteando el sitio para reconocerlo. Ámbar ya se había adentrado y parecía haberse arrojado sobre la cama como si fuera una niña pequeña.

En un descuido, me tropecé con algo; sentí que caería y me odié por ser tan tonto y por no haber tenido el bastón blanco abierto, pero entonces la sentí: ella se había levantado para ponerse frente a mí y poder atajarme. Quedamos muy cerca, con mis manos sobre sus hombros.

El silencio nos invadió y todo el frío del invierno que nos rodeaba se derritió en ese instante. Mis mejillas ardían. Tener a Ámbar tan cerca era

emocionante, podía sentir su respiración mezclándose con la mía y, sin verlos, sus labios se me hicieron apetecibles.

—Lo siento —murmuré.

—Es un hermoso lugar, debemos aprovechar, profesor. La vida no siempre nos regala esta clase de situaciones. Disfrute, no se enfade, no gana nada con ello —comentó hablando con suavidad.

—Tiene una forma muy ligera de ver la vida —dije respirando entrecortado. Su aliento golpeaba mi rostro y me absorbía por completo, guiándome cada vez más cerca de su boca. Quería probar su sabor, su aroma, su textura.

—No es así, solo tomo las cosas como vienen. Me agrada estar aquí, es como una aventura y, me agrada vivirla con usted... —añadió.

—Yo... n-no... no quiero q-que usted me mal interprete... —tartamudeé inseguro.

—No lo hago, sé que no somos nada, como lo dijo usted más temprano. Me hubiera gustado ser su amiga, yo lo siento como uno, pero también entiendo que usted no... —Oí reproche en su voz.

—No tengo amigos... —interrumpí con voz triste—. No sé tenerlos —añadí con sinceridad, no quise lastimarla diciendo que no éramos nada, aunque creo que en algún punto lo hice.

—Puedo enseñarle. ¿Quiere ser mi amigo, al menos mientras estemos en este pueblo? —preguntó.

—¿Volveremos a la normalidad cuando regresemos a la ciudad? —Inquirí, intentando que su respuesta me convenciera de que aquello era posible.

—Lo prometo —contestó sin mucha seguridad, ella también sabía que íbamos a flanquear una gran barrera.

—Entonces, creo que debo tutearte, Ámbar. —Me animé.

—Debo admitir que me encanta cuando me llama por mi nombre —respondió ella en tono divertido.

—Tú debes tutearme también —pedí.

—Está bien, Mariano.

Sonreí incómodo, mi nombre en sus labios era pura música.

Me alejé un poco porque sentía que ya no podía contenerme, y esa sensación no me agradaba. Ámbar, sin decir nada, me tomó de la mano y me llevó a pasear por la habitación. Intentaba ayudarme a reconocer la ubicación de los muebles para que me fuera más fácil moverme en el espacio. Cuando terminamos, nos sentamos en la cama.

—¿Quieres ordenar algo para cenar? —pregunté.

—Sí, me parece genial —respondió alegre—. Tengo hambre, el paseo de la tarde ha sido largo y cansador.

Con su ayuda, me comuniqué con el servicio de habitaciones y, luego de preguntar las opciones, hice un pedido para ambos. Ámbar dijo que se daría un baño porque, aunque no tenía ropa limpia, necesitaba sacar el frío de su cuerpo y aseguraba que no había nada mejor que agua bien caliente para hacerlo. Sonreí incómodo y me recosté en la cama.

—Bien, yo descansaré un rato aquí —agregué.

Segundos después, pude oír el caer del agua. Imaginarla desnuda y cubierta de agua caliente hizo despertar a mi cuerpo. Estaba excitándome contra mi voluntad; no podía sentirme de ese modo, no por una alumna, no por alguien real. Siempre había controlado muy bien mi cuerpo y mis instintos, pero ahora no podía dominarlo, sentía ansiedad. El deseo me quemaba por dentro; sentía ganas intensas de conocer su cuerpo, de acariciarla, de probarla y de llegar a todo. Nunca me había sentido así por nadie. Suspiré mil veces, tratando de calmarme. Mi entrepierna parecía obviar mis intentos por relajarme y seguía palpitando, punzante. Por más que quise, no pude apartar mis pensamientos de aquel baño y lo que fuera que estuviera sucediendo allí adentro.

El servicio de habitación llegó y me levanté acomodando mis pantalones para que no se notara lo que me sucedía. Tomé la bandeja y la coloqué sobre la mesa. Luego, regresé a la cama y continué con los ejercicios de relajación para intentar calmarme. No lo logré.



14. Tus ojos

ÁMBAR

Me dispuse a preparar la bañera, allí había de todo para que yo pudiera tener un momento de relajación satisfactorio y aromático. Me desnudé y me metí al agua, dejándome acariciar por ella. El calor envolvía todo el ambiente con vapor, la sensación era deliciosa. Por un instante, deseé tener a Galván allí, besarlo y acariciarlo. Cerré los ojos y sacudí mi cabeza, aquel pensamiento llegó a mí de forma intrusiva y me confundía. Nunca había pensado en nadie de manera sexual, jamás creí que me sucedería, pero aquí estaba yo imaginándome a mi profesor desnudo y a mi lado en la bañera. Sentí mi cuerpo reaccionar al pensamiento, sentí ansiedad y humedad entre mis piernas. Me asusté. No estaba lista para aquello y, por más que bromeaba frente a mis amigos sobre esos temas, lo hacía solo para pasar desapercibida, para ocultar mis verdaderos pensamientos, mis traumas, mis sentimientos. Tuve miedo.

Los recuerdos horribles volvieron a mi mente y una lágrima se derramó triste por mi mejilla. Aquel dolor nunca se iría y yo nunca podría ser una mujer normal, una mujer completa. El amor y sus placeres no eran para mí; lo supe desde siempre. Alejé los pensamientos malos de mi mente y me relajé buscando en mi memoria el blanco paisaje de la tarde, pero junto a este no tardó en aparecer la sensación cálida de la mano de Mariano envolviendo la mía. Necesitaba al menos un abrazo de ese hombre o moriría de ansiedad. Estaba enfadada conmigo misma por sentirme de esa manera, parecía una adolescente descontrolada.

Me coloqué la bata y salí del agua porque la piel ya se me estaba arrugando. Encontré un pote de crema humectante y me la pasé con lentitud por todo el cuerpo mientras observaba mi figura en el espejo. No era fea, pero

aun así odiaba mi cuerpo y no lo creía capaz de darme ninguna clase de placer. Sequé mis cabellos y observé los rizos que se formaban a medida que el calor los abrazaba. Me vestí de nuevo, pero sin tanto abrigo. Antes de entrar había encendido la chimenea, que no era a leña sino eléctrica —una especie de réplica de una real—, y suponía que afuera del baño estaría agradable.

Salí sintiéndome bien, cargada de energía y más hambrienta que antes, dispuesta a dejar a un lado mis pensamientos libidinosos. Por suerte, la comida ya había llegado y Mariano la había colocado sobre la mesa. Me asombré al ver qué tan rápido logró memorizar los obstáculos.

Al regresar a la habitación, lo descubrí nervioso. Pude ver que se llevó velozmente una almohada a las caderas. Sonreí al imaginar el porqué de aquello y me extrañó que no me hiciera sentir mal o asqueada. Se levantó, acomodando sus pantalones e intentando esconder algo que no podía, pero fingí no darme cuenta de aquello. Se notaba ansioso. Nos sentamos a comer en silencio y luego planteé el tema que supuse sería el problema en un rato.

—¿Cómo vamos a dormir? —pregunté.

—Tú duermes en la cama, yo dormiré en el suelo, sobre la alfombra al lado de la chimenea —respondió seguro.

—No voy a permitir que mi profesor duerma en el suelo —exclamé.

—No voy a permitir que una dama lo haga —rio—. Además, dijimos que aquí éramos amigos.

—Me agrada que lo recuerdes. Puedes dormir a mi lado, Mariano, no pasa nada, la cama es inmensa y no sería la primera vez que duermo con un amigo —expliqué.

—Eso no lo sé —dudó.

—Creo que lo que dije no sonó muy bien. —Me reí incómoda ante mi propia expresión—. Me refiero a dormir, digo que en ocasiones me ha tocado dormir con un amigo como Roberto o con alguna chica, en mi anterior Universidad.

—Lo entiendo, Ámbar, y te lo agradezco, pero yo no he hecho nunca algo así. Sería incómodo —mencionó.

—Haz de cuenta que estás solo. Yo haré lo mismo —insistí.

—Bien... —aceptó al final.

Terminamos de comer y me metí a la cama. Mariano se fue a dar una ducha y yo me quedé pensando. En realidad iba a dormir a su lado esa noche y no sabía cómo haría para no abrazarlo, tenía una intensa necesidad de hacerlo y no comprendía de dónde provenía. Llamé a Rob para avisarle lo que

había sucedido y no tardó en mofarse de la situación y en decirme lo que explícitamente quería que le hiciera al profesor en su nombre. Yo solo sonreí, a pesar de que odiaba hablar de esas cosas, por primera vez no me resultó asqueroso ni repugnante, más bien interesante; además, mi amigo le daba un tinte divertido a todo.

Luego de colgar la llamada, cerré los ojos y recordé lo que había visto al salir del baño, se había excitado y me imaginé que aquello fue porque me estaba bañando. Por un lado, odiaba generar algo así en los hombres, me hacía sentir sucia y como si fuese un objeto. Pero por primera vez, no lo veía de ese modo, me agradaba saber que podía generar deseo en él y que no era la única que estaba experimentando esa clase de pensamientos. De todas formas, estaba confundida.

Mariano salió luego de un rato. Traía el *jean* y una remera sin mangas con cuello en escote V. Se había puesto de nuevo sus gafas y caminaba lento hacia la cama.

—¿A qué lado estás? —preguntó.

—Aquí —respondí sabiendo que con escucharme le sería suficiente. Se sentó al otro lado e hizo una llamada por el celular. Le ordenó a la máquina que llamara a «hermana Rita».

—Voy a pasar la noche en la montaña porque se han cerrado los caminos por el temporal. Sí mañana estaré allí, no se preocupen. Llegaré a tiempo para la fiesta, por supuesto que no me lo perdería Adiós Gracias. —Colgó.

—¿Tienes una fiesta? —pregunté más que nada para entablar conversación y romper con la incomodidad del momento.

—Algo así —murmuró.

—¿Tienes a tu hermana aquí? —inquirí de nuevo.

—No —sonrió, pero no explicó más. Se metió bajo las frazadas y se arropó quedando bocarriba inmóvil, nervioso.

—¿No te sacas las gafas ni para dormir? —Quise saber.

—Eres curiosa, Ámbar. Me las saco, pero no delante de nadie —informó sin moverse de su sitio.

Me giré para observarlo y él se sintió incluso más cohibido, sonreí por generarle ese efecto. Por momentos parecía solo un niño perdido y por otros, un hombre seguro y varonil.

—Es injusto que me estés mirando así, yo no puedo hacer lo mismo. —Se quejó entonces.

Entonces me senté en la cama.

—Ven, siéntate frente a mí —le pedí sonriente.

—¿Qué planeas? —preguntó.

—Solo hazlo.

Se incorporó y lo guie para que quedara enfrente, me acerqué más a él para que pudiera alcanzarme y tomé sus manos en las mías. Él no habló, pero pude sentir su ansiedad. Levanté con suavidad sus manos hasta mi rostro y las deposité allí.

—Tócame, imagina mi rostro —sonreí.

Él se quedó tieso un par de segundos, pero luego lo hizo. Con suavidad, recorrió mis cejas, mis ojos, mi nariz y mis mejillas. Sus manos subieron para acariciar mi cabello y mis orejas. Todo mi cuerpo se estremecía ante su tacto. Volví a sentirme como un momento atrás, ardiendo por dentro. Cerré los ojos y suspiré, sus manos volvieron a mi rostro y su pulgar recorrió mis labios una y otra vez; sus dedos se paseaban por mi piel como si yo fuera un libro y él me estuviera leyendo. Sentí el impulso de besar ese dedo que me acariciaba. No pude evitarlo, antes de pensarlo dos veces, lo hice. Él se alejó.

Volví a traer sus manos a mi rostro, necesitaba que siguiera tocándome. Él se animó a bajar por mi cuello, mis hombros, mis brazos y mis manos. Sonreí y volví a suspirar, me sentía en el cielo y ni siquiera me importaba que él sintiera que mi piel se estremecía al paso de su tacto.

—Mi pelo no es suave, es áspero y lleno de rizos rebeldes —hablé para cortar el silencio.

—Me agrada —sonrió mientras volvía a llevar sus manos a mi cabeza.

Mi piel respondía encendiéndose desde mi cuero cabelludo. Sin poder evitarlo, lo imité: llevé mis manos a su rostro y acaricié sus tan perfectas facciones; toqué su nariz, sus mejillas y sus labios mientras me mordía los míos intentando aplacar las ansias de probarlo. Enredé mi mano en su pelo y luego tomé las gafas entre mis dedos; se las iba a quitar, quería ver sus ojos aunque estos no pudieran verme a mí. Él tomó mis manos para detenerme, pero no lo solté.

—Confía en mí, Mariano, déjame verte —susurré.

—No es bonito, no te gustará —respondió temeroso.

—¿Me creerías si te dijera que no hay nada de ti que no me guste en este momento? —No sé por qué lo dije, pero era la verdad. Estábamos en una situación demasiado intensa e íntima de la que yo no quisiera salir nunca.

Mariano bajó las manos, derrotado, dejándome sacarle las gafas.

Sus ojos estaban cerrados, pero entonces los abrió con lentitud. Eran hermosos. No se veían como imaginaba podrían verse los ojos de una persona no vidente que los ocultaba todo el tiempo, no parecía tener ninguna lesión en

ellos, eran de un celeste claro, tan claro como el cielo. No se fijaban en ningún sitio, su mirada estaba perdida y tenía una pequeña cicatriz en el párpado derecho.

—Son los ojos más hermosos que he visto en mi vida —murmuré acariciando sus párpados.

Él volvió a cerrar los ojos.

—No te burles, por favor —rogó con voz lastimera.

—No me burlo, Mariano, son celestes como el cielo. Son hermosos...

—Pero no sirven para nada —dijo con una tristeza tan palpable que me hacía doler el alma.

Sin pensarlo, me acerqué a su rostro y, tomándolo entre mis manos, le besé los ojos.

—Me gustan, a mí me gustan —murmuré dejando mi frente pegada a la suya. Respirábamos el mismo aire. Cerré mis ojos para sentirlo y, un momento después, sentí sus brazos rodeando mi cuerpo. Yo hice lo mismo, recostando mi cabeza en el espacio entre su cuello y sus hombros. Suspiré, aquello se sentía perfecto.

—¿Qué estamos haciendo, Ámbar? —preguntó él.

—No lo sé —respondí con sinceridad—. Yo nunca me he sentido así —admití.

—Ni yo pero no está bien. Tú eres mi alumna... —añadió sin alejarse de mí.

—Ahora no lo soy, somos solo dos amigos paseando juntos en una ciudad lejana a sus vidas reales —murmuré.

—¿Esto es lo que hacen los amigos? —preguntó sonriendo.

—No es lo que yo hago con mis amigos, pero contigo es diferente —admití en un susurro—, y me agrada —completé.

—¿Qué sucederá cuando regresemos? —preguntó.

—Serás mi profesor de nuevo y te trataré de usted otra vez —respondí con seguridad.

—Eso será incómodo —mencionó, besando mi frente con cariño.

—Esto era incómodo hace unos minutos atrás y ahora se siente natural... —susurré.

—¿Todo es tan sencillo para ti siempre? —inquirió de nuevo.

—No, todo es tan complicado que lo que más me confunde es la sencillez con que se da esto entre nosotros —agregué.

—Tienes razón, pero yo... no soy lo que piensas... —musitó confundido.

—Yo tampoco soy lo que piensas... —afirmé interrumpiendo su frase.

No dijimos más, nos acostamos uno al lado del otro en silencio. Esta vez fue Mariano quien tomó mi mano en la suya; yo busqué sus pies con los míos. Ese fue todo el contacto que tuvieron nuestros cuerpos esa noche, pero nada parecía más pleno que ese punto de unión en donde nuestras pieles se juntaban.



15. Intimando

MARIANO

Las cosas que sentí esa noche fueron más intensas que todo lo que había sentido en mi vida entera; estaba por demás confundido. Cuando entré a bañarme, todo mi cuerpo se sacudió con solo imaginar que minutos antes ella estuvo allí. Me excité, me llené de deseos que nunca había experimentado. Me di cuenta de que tantos años de autocontrol y de introducir en mi mente frases que debían orientar mi conducta hacia una forma que creía correcta, no habían valido para nada. Estaba allí, anhelando a una mujer como un adolescente inexperto con ganas de más.

Cuando salí, me acosté a su lado y percibí que me observaba. Me sentí incómodo, pero halagado. Entonces, ella me llamó para que me sentara y me dejó recorrer su rostro. Sentí la suavidad de su piel y la textura de sus cejas, enredé mis dedos en sus rizos y los noté rebeldes, como ella misma los había descrito. Le acaricié su frente, sus orejas y sus labios; me detuve en ellos para palpar su textura, para delimitar sus formas e idealizar su sabor. Ella besó mi dedo y aquello me alertó, fue algo muy íntimo. Delicioso. Todo mi cuerpo reaccionó de nuevo, pero a ella no pareció importarle, o no sé si lo notó. Volvió a tomar mis manos entre las suyas y las guio de nuevo hasta su rostro. Me animé a más y acaricié su cuello, sus hombros y sus brazos, sintiendo que su piel se erizaba con cada toque.

Ella hizo lo mismo y paseó sus manos por mi rostro, aunque pudiera verme. Sentí su piel acariciando con delicadeza la mía, era un toque suave y placentero, como nunca nadie me había tocado. Enredó sus dedos en mi cabello y luego quiso sacarme las gafas. Me alerté ante eso y quise detenerla, pero ella me pidió que confiara.

La palabra confianza era la que más me costaba, yo no confiaba en nadie porque en quienes lo había hecho, me habían fallado —salvo las hermanas y mamama—. Aun así, dejé que lo hiciera porque estaba como en un trance. Le mostré uno de mis secretos más grandes: mis ojos.

Ámbar me dijo que eran hermosos y pensé que bromeaba. Yo sabía que se veían celestes y mamama me había dicho que no habían cambiado en su forma, nada en ellos delataba mi ceguera salvo la mirada perdida en ningún lado. Aun así, no me gustaba mostrarlos, me parecía que perdía fuerza si la gente los veía. Sin embargo, ella los besó y me dijo que le gustaban. Tuve ganas de llorar. Nadie me había dicho algo así en pasado; yo los odiaba, los odiaba por no cumplir con la misión que tenían.

Ella recostó su frente sobre la mía y nada importó más que abrazarla, pegarme a su cuerpo y sentirlo por completo; ella correspondió al abrazo. Permanecimos así, unidos, por largo rato. Después de un tiempo, nos acostamos y le tomé de la mano. Ya era tarde para que mi cuerpo se mantuviera separado del de ella, simplemente no lo conseguía y, aunque ella decía que cuando volviéramos todo sería como antes, yo lo dudaba.

—Ámbar Prométeme solo una cosa —le pedí antes de dormir.

—Dime, Mariano —respondió en un susurro.

—Prométeme que no te enamorarás de mí —rogué.

—Solo si tú prometes lo mismo —dijo ella tras una pausa. Yo no sabía si podía hacerlo, pero asentí por el bien de ella.

Nos quedamos en silencio y yo no pude evitar pensar que me había prometido a mí mismo jamás enamorarme. No estaba hecho para el amor, no creía en él. Si no podía confiar, tampoco podía amar. Además, nadie podría amarme a mí, a esto a lo que la vida me ha reducido; nadie podría enamorarse de alguien como yo, nunca lo creería.

Pero no sabía qué era lo que sentía, lo que me sucedía. Solo era capaz de comprender que, lo que fuese, se sentía bien, que me estaba sucediendo algo que jamás experimenté: me sentía parte de algo, o de alguien.

Por la mañana, me desperté antes que ella. Tanteé suavemente con mis manos el sitio donde aún dormía. Acaricié su cabello, tocándolo apenas para no despertarla, bajé mis manos y llegué a sus hombros que estaban helados. La cubrí con la manta lo más que pude y me levanté. Fui al baño a asearme y volví dispuesto a pedir un desayuno para los dos.

Luego, me senté de nuevo en la cama, deseando poder verla dormir, pero relajado por el sonido acompasado de su respiración. Me visualicé a mí mismo, muchos años atrás, escuchando el sonido de la reposera de mi abuela,

ese vaivén tan armónico que me relajaba mientras dormía en sus brazos; esa mujer fue la única que me quiso y se preocupó por mí. Era aún tan pequeño, un completo libro en blanco en el que podían escribirse tantas cosas bellas, sin embargo, se escribieron otras muy horribles.

—¿Ya estás despierto? —habló Ámbar mientras se desperezaba.

—Me desperté hace un rato, ya he pedido el desayuno —informé, con una sonrisa.

—Eso me encanta, porque estoy famélica —añadió ella entre bostezos.

—¡Qué exagerada!

—¿Qué hacías? —preguntó.

—Pensaba... recordaba...

—¿Qué recordabas? —quiso saber.

—Cosas de mi infancia —respondí.

—¿Quieres contarme algo de cómo era el profesor Galván de niño? —dijo Ámbar, sentándose en la cama y acercándose más a mí. Pude sentir el calor de su cuerpo cerca de mi torso y estuve tentado a abrazarla y estirarla hacia mí, recostándola encima para absorber su aroma y su sabor. ¿Qué demonios me estaba sucediendo?

—No hay nada interesante en mi historia, Ámbar —añadí, intentando alejar mis pensamientos.

—¿Naciste así? —preguntó entonces.

—No, perdí la visión a los nueve años —contesté, dudoso. No sabía si quería hablar de ello.

—Oh, qué triste. ¿Cómo sucedió?

No solía hablar de mí, pero algo me hacía querer decírselo todo.

—Fue un accidente. Tuve un golpe muy fuerte en alguna región del cerebro. Se desconectaron los cables y cuando desperté, ya no veía nada —respondí de forma seca e irónico, incómodo por hablar del tema con ella.

—Lo siento, Mariano. No habrá sido fácil para ti —añadió.

—Mi vida no fue fácil.

—La mía tampoco —admitió.

Me pregunté cuáles serían los problemas tan graves que una joven alegre como ella podría tener, pero no exterioricé mi curiosidad.

El desayuno llegó y nos sentamos a disfrutarlo.

—Cuéntame qué es lo que recuerdas, qué te gustaba observar, qué es lo que más extrañas —dijo con vos tierna.

—Extraño todo, pero lo que más extraño son las estrellas. Amaba recostarme en el pasto y soñar. «*El principito*» fue el primer libro que leí,

tenía solo ocho años y me gustaba imaginar que aquel pequeño vivía en una de esas estrellas, y allí estaban también el zorro y la rosa —respondí, sonriendo.

—Muy tierno... Vi tus fotos de niño con unas religiosas y la señorita Sonia, eras muy bonito —agregó.

—Llegué a ese lugar cuando tenía diez años, ellas se hicieron cargo de mí. Sonia se había inscrito en el programa de familias sustitutas, debía quedarme con ella solo por un tiempo, pero se encariñó conmigo y me adoptó. Ella trabajaba con las hermanas y vivía en la parte de atrás del convento. Creo que todas esas mujeres se convirtieron en mis madres.

—¿Por eso estabas en esa Iglesia? ¿Es ese el convento del que hablas? ¿El que está al lado? —Quiso saber.

—Sí ahí me estoy quedando. La fiesta de esta noche es por mi cumpleaños. A ellos les gusta celebrarlo —comenté sonriendo.

—¿Hoy es tu cumpleaños? —preguntó entusiasmada.

—En realidad no lo es, pero es el día que salieron los papeles de la adopción. Todas se pusieron muy felices, yo también. Y lo celebramos desde siempre, pues mi cumpleaños no es un muy buen recuerdo. —Me interrumpí para no ahondar en detalles.

—Oh, entonces la pasarás genial esta noche. ¿Y tus padres biológicos? —cuestionó curiosa.

—No me gusta hablar de mi pasado, Ámbar no te ofendas, pero...

—Lo entiendo, lo siento —dijo interrumpiendo el silencio en el que me había quedado—. Para que no te sientas en desventaja, te contaré algo de mí. Me crié con mi padre desde los siete años. Él y mi mamá se divorciaron y él ganó mi tenencia —informó, interrumpiéndome.

—Qué raro que el padre gane —murmuré.

—Bueno, él tenía motivos. Y desde esa edad lo he pasado... bien, supongo. Él ha hecho lo mejor que pudo por mí. Ahora está en pareja, desde hace solo unos meses. Espero que sea feliz, se lo merece. Dio su vida por mí —añadió y luego la sentí suspirar, hubiera dado todo por ver la expresión de su rostro en ese momento.

—¿Y tu madre?

—No sé nada de ella desde que mi papá me sacó de la casa. Nos mudamos lejos y ya no la vi nunca más —respondió con un dejo de tristeza en la voz.

—¿Y eso por qué?

—Supongo que tampoco me gusta hablar de eso... —añadió.

—Lo entiendo... —susurré. Quería saberlo, pero era lo justo.

Nos quedamos en silencio mientras terminábamos de comer, solo sintiéndonos. Podía percibir su mirada en mí, pero no me molestaba. No me había vuelto a poner las gafas y eso me hacía sentir una cierta intimidad con ella que nunca había tenido con nadie.

—Yo estoy roto, Ámbar —murmuré luego de un rato con mucho pesar. Ella tomó mi mano entre las suyas e hizo silencio por unos instantes.

—Yo también, Mariano.



16. Confusiones

ÁMBAR

La mañana siguiente, salimos de paseo por la montaña, luego de una noche tormentosa había más nieve que de costumbre. Al principio, solo caminamos, pero luego se me antojó jugar una guerra de nieve, como los niños que estaban por allí. Por supuesto, Mariano se negó, alegando que no podía verme, entonces le propuse que jugáramos mientras hablábamos, de esa forma él podría seguir el sonido de mi voz e intentar acertar. No quiso. Le dije que era un cobarde —bromeando por supuesto—, y entonces se terminó por animar. Al final del juego —y como era de suponer con la mala puntería que poseo—, él había acertado más veces contra mi cuerpo que yo contra el suyo.

Aún riendo, extasiados por aquel juego tan divertido, visualicé que las máquinas empezaban a funcionar y que el teleférico ya estaba habilitado. Corrimos hacia allí tomados de la mano, me deleitaba con su tacto. Nuestro turno llegó pronto y en pocos minutos comenzamos el descenso. En ese trayecto, sí pude apreciar las vistas y le relaté a Mariano con lujo de detalles lo que observaba; él parecía disfrutarlo.

Al llegar al otro extremo del recorrido, nos compramos un recuerdo del sitio. Bueno, en realidad, él me compró un oso polar de peluche que tenía un logo del lugar y yo le regalé una gorra con la misma insignia. Él no quiso que yo gastara, pero quería darle algo que le recordara a aquel magnífico fin de semana que vivimos juntos.

Tomamos el autobús amarillo que nos dejó en la estación de buses y desde allí, en vez de caminar, preferimos tomar un taxi. Mariano me acompañaría a la posada y luego iría al convento para prepararse para su fiesta.

Ya en el taxi, me senté de lado para observarlo, me gustaba hacerlo y quería guardar en mi memoria cada detalle de su rostro, de sus facciones, de

su sonrisa y de su cabello alborotado por el viento.

—De nuevo me estás observando fijo —dijo sin girarse y con una media sonrisa.

—Me encanta hacerlo. ¿Alguna vez te han dicho lo guapo que eres?

Estalló en una carcajada que hizo vibrar mi alma. Ser capaz de hacerlo ver tan distendido y alegre me hacía la mujer más feliz del mundo.

—Tú eres hermosa —contestó luego de calmarse, mientras su mano buscaba la mía.

—No es cierto. No podrías saberlo —bromeé, aunque luego de decirlo pensé que podía haberlo ofendido con aquello.

—¿Señor? —llamó entonces al taxista.

—Diga, joven —respondió el hombre educadamente.

—¿Puede decirme si usted considera que la señorita que me acompaña es una mujer hermosa? —El hombre me observó por el retrovisor sonriendo.

—Lo es, es muy hermosa, señor —respondió alegre, guiñándome un ojo.

—¿Lo ves?, ahora ya no puedes decir nada —agregó satisfecho.

Cuando por fin llegamos a mi hospedaje, bajé del taxi, no sin antes darle a Mariano un sonoro y bastante parsimonioso beso en la mejilla, que pareció dejarlo atontado unos instantes. Luego sonrió, llevándose su mano a la cara con suavidad.

—¿Quieres venir esta noche? —preguntó para mi sorpresa.

—¿Puedo? —inquirí entusiasmada.

—Ellas estarán felices de que lleve a una amiga. Saben que no es mi estilo, pero lo han esperado por años. Probarás el mejor pastel de manzanas del mundo —agregó casi tan emocionado como un niño pequeño a quien se le promete una tarde de juegos y diversión.

—Estaré allí para las siete —confirmé.

Lo vi marcharse en el taxi con una sonrisa en rostro y sentí que su ausencia ya calaba en mí; tenía frío si no estaba cerca de él. Aquellos pensamientos me parecieron patéticos, me regañé a mí misma y luego ingresé a mi habitación. Llamé a Rob para informarle que estaba de regreso y me dijo que vendría en media hora. Todo en ese pueblo quedaba cerca, así que aproveché el tiempo para tomar una ducha y cambiar mi ropa.

Cuando Roberto llegó, me abordó con preguntas sobre la noche y lo que había sucedido. Le conté la verdad, aunque me salté algunas partes —como que Mariano me dejó ver sus ojos. Eso me parecía demasiado íntimo—. Me preguntó si no pasó nada más, y yo solo negué con la cabeza sonriendo sin ahondar.

—Ya te dije todo lo que pasó, si consideras que eso es nada... —Me encogí de hombros.

—Sabes a lo que me refiero. ¿No hubo nada más? —insistió.

—Me extraña que me preguntes eso, Rob, sabes que yo no... no puedo...

—¿Me vas a decir que no sentiste cosas a su lado? ¿Dices que no te pasó nada estando tan cerca de él y luego de todo lo que me has contado? —cuestionó.

—No, no te voy a negar eso. Me pasaron cosas, estoy confundida y... Pero no, yo no puedo, es más fuerte que yo, Rob, es como cuando tienes una fobia. Aunque sepas lo que te sucede, no lo puedes manejar —murmuré.

—Pero, Ámbar, tú deberías analizar eso. No es normal, deberías poder dejarte llevar.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué no vas a un psicólogo? —preguntó.

—Ya fui a miles —bufé—. Nada ha cambiado.

Luego de esa conversación, nos quedamos en un silencio incómodo que Rob zanjó luego hablándome de su hermana y su familia. Después de largo rato conversando, él se despidió y yo me dediqué a prepararme para ir al convento. Me vestí de la mejor manera que pude, aunque no había llevado demasiada ropa. Aunque Mariano no me pudiera ver, quería estar bella para él, lo más que pudiera, y no sabía de donde salía esa necesidad ni a dónde me estaba llevando todo aquello.

Decidí caminar hasta el convento para refrescar mi mente y pensar sobre la conversación que había tenido con Rob. Era obvio que sentía una atracción física muy fuerte hacia Mariano, todo en mi cuerpo me lo recordaba a gritos cuando estaba cerca de él; con el simple roce de su mano lograba despertar todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo que yo creía habían muerto. Siempre pensé que mi cuerpo no funcionaba, que simplemente lo habían marcado tanto que le habían quitado la posibilidad de reaccionar como cualquier otro. Creía que mi mente y mi cuerpo se habían dissociado, y que el segundo ya no respondería a esa clase de estímulos jamás. Pero ahora, todo era nuevo.

Recordé cuando tenía quince años y salí un par de semanas con aquel chico tan guapo de la escuela. Era encantador y en realidad quería algo con él, pero ni siquiera me gustaba que me besara y mucho menos que intentara tocarme con sus hormonas adolescentes aceleradas. Más adelante me pasó lo mismo con Peter, un chico que conocí en una fiesta: quise dejarme llevar con él, forzarle a mi mente a aceptar que era solo un juego y que nada que yo no

quisiera sucedería, traté de convencerme a mí misma de que en realidad yo aceptaba lo que estaba a punto de suceder. Pero al verlo desnudo, las náuseas me invadieron. Los recuerdos intangibles y borrosos se apoderaron de mi mente y salí huyendo de allí. La tercera y última vez que intenté enamorarme fue de Benja, un chico de la universidad que era cariñoso, perfecto, dulce y todo lo que una mujer esperaría de un hombre; realmente deseaba quererlo y probar, pero no funcionó y por eso volví a huir.

Esas experiencias no se parecían a lo que me estaba sucediendo ahora. En vez de tener ganas de salir corriendo y huir, por primera vez quería quedarme, ahondar en ello, ver hasta dónde era capaz de llegar. Pero no deseaba herir a Mariano, a él ya la vida lo había lastimado bastante.



17. Cumpleaños

MARIANO

No recuerdo haberme sentido tan feliz en mi vida como lo hacía en ese momento, me embargaba tanta alegría que pensaba que en cualquier instante algo malo sucedería y acabaría con todo. La vida me había enseñado que la felicidad no era algo que durase demasiado.

Aun así, no podía borrar la sonrisa de mi rostro ni el aroma a manzanas de su pelo ni la textura de su piel, de sus labios.

—¿Qué te tiene tan feliz? —preguntó Rita mientras horneaba su pastel y yo me deleitaba con los aromas como solía hacerlo tantas veces cuando era pequeño.

—Va a venir una amiga esta noche... —informé, esperando su reacción.

—¿Una amiga? Mariano, ¡eso es genial! —exclamó emocionada.

—Es una alumna de la universidad en realidad, mi asistente en este semestre. Nos encontramos aquí y creo que estamos probando esto de la amistad. Sabes que no soy muy bueno en el asunto —expliqué ante su tono tan entusiasmado.

—Porque no quieres. Tienes demasiadas cosas dentro, Mariano, eres una bella persona. Solo debes abrirle la puerta a alguien que en verdad quiera entrar —añadió con tono maternal.

—No es tan fácil para mí, lo que hay dentro no es bello —murmuré.

—Eres demasiado exigente contigo mismo, hijo, eres hermoso por dentro y por fuera, te mereces ser feliz.

Suspiré y me quedé en silencio pensando en esa chica que había ingresado como ráfaga de aire fresco a mi sistema, que me llenó de entusiasmo, emociones y alegría. Que me había hecho sentir importante, visible y real, como pensé que nunca me sucedería.

—¿Cómo se llama? —Rita me sacó de mis pensamientos—. La chica, la que te tiene suspirando, tu amiga —dijo en tono bromista.

—Ámbar.

—Bonito nombre —contestó, volviendo al silencio.

Después de un rato fui a prepararme, me vestí mejor de lo que lo haría si las invitadas solo fueran las monjas y mamama. En síntesis: me vestí así por Ámbar. Cuando el timbre sonó, me levanté ansioso y caminé hasta la entrada del convento. Ella se colgó por mi cuello y me besó en la mejilla de nuevo, deseándome un feliz NO cumpleaños, lo que me hizo reír recordando el cuento de *Alicia en el país de las maravillas*.

Me quedé perplejo absorbiendo su aroma y el contacto cálido de su piel, ella se alejó sin decir nada y esperó. Yo me sentía embrujado, perdido, emocionado.

—¿Me dejarás pasar o te has arrepentido?

Era jovial, espontánea y divertida. En menos de dos días habíamos dejado de tratarnos de manera formal y ella se dirigía a mí como si fuera su amigo de toda la vida. Eso me hacía sentir bien, especial, cómodo.

—Perdón, pasa —dije, haciéndole lugar para que entrara. La tomé de la mano y la guie hasta el lugar donde las hermanas habían preparado todo—. Sé que se esmeraron mucho en inflar globos y poner carteles de felicitaciones. Me alegra que alguien aparte de ellas pueda apreciarlo. —Sonreí y ella me dio un ligero apretón en la mano que tenía sujeta.

—Tú también puedes apreciarlo, lo hicieron por y para ti. Se nota que te quieren mucho, eso es hermoso.

—Lo aprecio, sí, pero me alegra que puedas verlo —añadí.

Ámbar me guio entonces y me acercó a los globos para que pudiera tocarlos; ella me iba diciendo de qué colores eran. También me hizo tocar las texturas de las letras con las que las hermanas habían hecho un cartel. Sonreí, sintiéndome como niño pequeño. Supe con exactitud el momento en el que Rita ingresó al salón y también supe con precisión que le agradaba lo que estaba viendo.

La noche transcurrió amena y entretenida. Las hermanas, encantadas con la presencia de una invitada fuera de nuestro círculo habitual, se dedicaron a contar anécdotas divertidas de mi infancia, cosas muy lindas que yo ni siquiera podía recordar. ¿Por qué el cerebro se empeñaba en rememorar solo lo feo? Mamama por su parte no hablaba demasiado, pero podía sentir su mirada martillando mi frente. Agradecí que no tuviera rayos X o algún poder para leer la mente, pues parecía que lo intentaba con ansias.

Ámbar se mostraba distendida, alegre y chispeante. Conversaba con las hermanas y reía de sus historias; comía todo lo que le ofrecían y agradecía constantemente las atenciones.

La hora del pastel llegó con prisa y todas me cantaron el *cumpleaños feliz*. Después de aquello, Ámbar y mamama fueron a buscar algo con qué cortar el pastel. Estoy seguro de que fue idea de esta última para sacarle información sobre su extraña presencia en la fiesta y sobre la forma tan personal como nos estábamos tratando. Ella había llegado recién esa mañana y yo aún no había tenido tiempo de informarle todo lo que había sucedido en tan poco tiempo.

Un largo rato después, Ámbar volvió a mi lado. Dijo que el pastel era delicioso y que iba por su tercer plato. Sonreí y le recomendé que dejara un poco para los demás, así que ella se sentó a mi lado y se ofreció a compartir su porción conmigo.

—Solo por ser a ti, voy a invitarte —bromeó—. Vamos, abre la boca —dijo.

No supe qué hacer. Sentí que acercaba la cuchara con pastel a mi boca e instintivamente, la abrí. Ella siguió comiendo y riendo, ocasionalmente me invitaba más. Aquello fue tan extraño como placentero. Me sentía tan distinto a su lado, una persona que no era, alguien nuevo, divertido, espontáneo, infantil, alegre, y lo mejor de todo, a ella parecía gustarle. Me preguntaba cómo volveríamos a ser lo que éramos cuando regresáramos a la ciudad.

Las hermanas fueron recogiendo todo y luego se despidieron una tras otra. Mamama fue la última en irse a descansar, dejándonos solos en el comedor, sentados a la mesa ya vacía. Aún era temprano, pero no para un grupo de religiosas, por supuesto.

—La pasé de lo más bien —admitió Ámbar—. Te quieren mucho.

—Y yo a ellas. Son todo lo que tengo en el mundo —le confié. Me sentía algo emocionado.

—¿Un día me contarás tu historia? —preguntó.

—Quizá, aunque no hablo nunca de eso...

—¿Qué quieres hacer ahora? El del cumpleaños elige —bromeó.

—¿Lo que quiera? —Le seguí el juego.

—Ajá —respondió amena.

—¿Quieres salir a caminar? No es tan tarde y acá no es peligroso. Pero si tienes frío y no quieres...

—Quiero, vamos —respondió.

Una vez más, nos tomamos de la mano y, luego de abrigarnos, salimos a la calle. Caminamos un buen rato sin hablar, solo sintiendo el frío del viento

golpeando nuestros rostros y el calor de nuestras manos unidas, que expresaban probablemente todo lo que no nos animábamos a decir con palabras.

—¿Está estrellada la noche? —pregunté.

—No mucho, está bastante nublada —respondió.

—Espero que la noche de Navidad esté estrellada. Luego de las doce, las hermanitas iban a dormir y yo me colaba por los pasillos y subía al campanario, me gustaba quedarme allí imaginando que podía ver las estrellas —le conté.

—¿Subías solo? ¡Qué peligroso! —exclamó indignada.

—Me sabía el camino de memoria porque acompañaba a la hermana Josefa para limpiarlo casi a diario. Hubo un tiempo en el que fui un niño arriesgado y divertido, sobre todo cuando empecé a darme cuenta de que estaba a salvo en el convento y que, pasara lo que pasara, no me botarían a la calle de nuevo —comenté sincero, sintiendo una necesidad de abrirle mi corazón.

—Se nota que te quieren mucho, Sonia también.

—Supongo que te estuvo haciendo preguntas. No he podido hablar con ella todavía, y esto le habrá parecido más que extraño —mencioné.

—No me preguntó nada, solo me dijo que eras un gran hombre, pero eso es algo que yo ya sabía.

Sonreí imaginándome aquella charla.

—No te engañes, Ámbar, no soy un gran hombre. Solo soy un ser completamente roto, ya te lo había dicho —murmuré, intentando detener lo que sabía estaba sucediendo.

—Cuando supe que serías mi profesor, me emocioné, ¿sabes? He leído todos tus libros, tus artículos, todo. Entonces, llegué a la universidad y me dieron el horario. Iba a llegar tarde a tu clase y temía molestarte, pero no pude aguantarme las ganas de conocer en persona a aquel hombre que tanto admiraba. Pensé que serías mayor y no tan guapo —bromeó—, así que mi sorpresa fue mayor. No sabía que no podías ver, y cuando lo supe me asombró aún más tu capacidad y todo lo que lograste con tanta juventud y tu discapacidad. Te admiré aún más, por eso me presenté para trabajar contigo. Eres inteligente, seguro de ti mismo, todos los chicos te admiran y respetan.

—Eso es porque yo me puse en ese plan. Cuando me llamaron para enseñar en la universidad, sabía que si no era inflexible y duro, no me respetarían. Conozco a los alumnos. No puedo verlos, y eso me pone en desventaja siempre —expliqué.

—Creo que exageras, eres muy duro a veces, sobre todo cuando te explican los motivos reales por los que no pudieron cumplir con algo que pediste. Pero es cierto, te respetan mucho, aunque quizá sea miedo. No lo sé, la ventaja es que eres bueno en lo que haces y eso se valora —añadió.

—Eso es todo lo que tengo y lo que soy: las clases, la universidad y mis libros. No hay nada más en mí. Dediqué mi vida a ello porque allí es donde soy bueno —comenté.

—¿Quieres decir que no tienes vida social, amigos, pareja? ¿Nada más allá de la vida en el campus? ¿Eso es lo que intentas decirme? —preguntó, y yo asentí.

—Te dije que no sabía lo que era tener amigos. Nunca los tuve, Ámbar. Nadie se preocupó por acercarse a mí jamás —expliqué con un dejo de pesar en la voz.

—¿Y en la escuela? —quiso saber.

—Era diferente, y la gente no sabe tratar con las diferencias. Les incomoda, los pone en situaciones que no saben resolver, por tanto, simplemente terminan ignorando. Además, siempre fui muy retraído; para ser sincero, temo a la gente y al daño que pueden ocasionarme —confesé.

—Habrás tenido una vida muy triste, Mariano.

—Sí, es triste, pero es mía, no queda más que aceptarla. Me escondo en los libros, hay vidas distintas en cada uno de ellos y me gusta disfrutarla de esa manera —suspiré.



18. *Tiempo Juntos*

ÁMBAR

Seguimos caminando en silencio. No quería ahondar en preguntas porque no deseaba intimidarlo.

—¿Dónde pasarás Navidad? —preguntó.

—Para serte sincera, mis planes eran quedarme unos días aquí con Rob y luego ir a pasear por alguna otra ciudad, pasar las fiestas a solas por primera vez, ya que mi padre está con su pareja y yo no tengo ganas de ir allí.

—¿Y entonces? ¿Hasta cuándo te quedas aquí? —quiso saber.

—Es que, uhmmm, ahora, no quiero irme a ningún lado. Me siento bien aquí —admití.

Él sonrió porque sabía que me refería su compañía.

—Todavía nos quedan dos o tres semanas, si decides quedarte. —Se silenció, como si se hubiera arrepentido de lo dicho.

—¿Me está invitando a quedarme, Profesor Galván? —bromeé, moviéndome hacia adelante hasta quedar justo frente a él para impedirle el paso.

—Algo así, señorita Vargas —dijo mientras me abrazaba por la cintura. Yo escondí mi cabeza en su cuello y absorbí su aroma.

—Estás tremendamente guapo esta noche —hablé con sinceridad mientras envolvía mis manos en su cuello y tocaba la tela de su camisa.

—Tú también lo estás —comentó sonriendo.

—Me alegra que lo notes, me vestí así para ti —respondí divertida y él se echó a reír desenfadado, alegre, llevando su cabeza hacia atrás.

—Daría igual si te pones papel encima, no puedo ver cómo te vistes, no inventes —bromeó.

—No traje demasiada ropa buena, pero me puse un *jean* —dije tomando una de sus manos y guiándola a mi cadera para que sintiera la textura de la tela—. Un *pullover* de lana de color turquesa. —Repetí la operación haciéndole sentir la textura en la zona de mi abdomen—. Tengo una bufanda marrón chocolate y una campera de cuero del mismo tono. —Hice que acariciara esas prendas—. Debajo de todo, tengo mil abrigos porque hace frío, pero en realidad me gusta esta ropa, creo que me siento bien y de verdad la elegí por ti —añadí con algo de vergüenza de admitirlo.

—Te lo agradezco —murmuró, volviendo a colocar sus manos en mi cintura—. Sé que te has de ver hermosa y me gustaría tanto poder observarte, Ámbar. —Sonó melancólico.

—¿Me creerías si te digo que eres capaz de ver en mí mucho más que las demás personas?

No contestó, solo sonrió y acercó su cabeza a mis cabellos para absorber mi aroma y suspirar. Luego, me besó en la frente. Cerré los ojos ante el cálido contacto de sus labios contra mi piel fría. Dejó allí su boca mientras sostenía mi cabeza con sus manos y volvía a suspirar.

—No sé qué me sucede —susurró Mariano. Yo no necesité contestarle, me pasaba lo mismo que a él, aunque no supiera lo que era.

Esa noche no ocurrió nada más. Nos separamos de aquel abrazo luego de un rato y seguimos caminando en silencio. Llegamos de nuevo al convento y tomé un taxi para regresarme, Mariano insistió en volver conmigo, pero lo convencí de que no era necesario.

— —

Los siguientes días transcurrieron más o menos de la misma forma. Mariano y yo nos veíamos constantemente y realizábamos varias actividades juntos. También me esforzaba por acomodar mis tiempos para pasar el rato con Rob que, después de todo, era el motivo por el que yo estaba allí. Mariano aprovechaba esto para compartir su tiempo con las hermanas que tanto lo adoraban. Esto funcionaba bien porque, a pesar de no querer separarnos, teníamos motivos para hacerlo y podíamos buscar la manera de encontrarnos a diario, aunque fuera por apenas algunos minutos —y en las mejores ocasiones, la pasábamos juntos toda la tarde—.

El veintitrés de diciembre decidimos ir a una playa que quedaba a una hora de distancia. Pensábamos tomar un bus, pero la hermana Josefa se ofreció a llevarnos con la excusa de ir a visitar a su familia que era de ese

pueblo. Sabíamos que era solo un pretexto, pero la aceptamos. Josefa era una mujer divertida, todo lo contrario a lo que uno esperaría de una monja.

Nos subimos a la camioneta y ella colocó música pop que cantó a todo volumen a lo largo del camino. Luego de un tiempo, Mariano y yo también nos unimos con nuestras voces. Cuando llegamos a la playa, Josefa nos dejó enfrente diciendo que nos buscaría en un par de horas. Hacía frío y debíamos volver antes del anochecer.

Abandonamos el vehículo luego de abrigarnos y caminamos hasta el lugar. Allí había mucho movimiento a pesar del crudo invierno. En las veredas, los niños jugaban y andaban en bicicletas o monopatines; los jóvenes enamorados caminaban de la mano y algunas madres se encargaban de abrigar una y otra vez a sus pequeños que corrían en libertad por el lugar.

—¿Te has dado cuenta de que paseamos mucho? —Le pregunté a Mariano mientras, de la mano, iniciábamos nuestro recorrido de regreso al punto de partida—. Somos como a Darcy y Elizabeth en ese sentido —sonreí.

—Creo que en varios sentidos. No parecemos de esta época —agregó él.

—Tienes razón, si fuéramos una pareja normal... ya... bueno... tú sabes —no supe qué más decir sin meter la pata.

—¿Somos una pareja, Ámbar? —preguntó y no supe qué responder.

—Me refiero a que... bueno, somos dos, estamos caminando juntos... yo... —Me sentí incómoda y sin saber qué decir. Él rio.

—No quería incomodarte —bromeó. Lo golpeé ligeramente a modo de queja y le permití continuar—. ¿Vas a pasar la Nochebuena conmigo, Ámbar? —preguntó él, tomándome por sorpresa.

—¿Qué? No me habías dicho nada de eso. —Me sorprendí, aunque estaba bastante entusiasmada con la idea y debía admitir que lo estaba esperando.

—¿Tienes otros planes?

—Bueno... no. Ningún plan puede ser mejor que uno que te incluya a ti —admití y él meneó la cabeza sonriendo.

—¿Tanto te gusta estar conmigo? ¿Es en serio? —preguntó incrédulo.

—¿De veras necesitas que te responda? —inquirí con otra pregunta.

—Hummmm quizá...

—Mariano Galván, me encanta pasar tiempo contigo —admití con una sonrisa en mi rostro y apretando sus mejillas heladas por el fresco. Él sonrió y me abrazó, besándome en la frente.

El día de Nochebuena lo pasé con la familia de Rob. Cerca de las siete de la tarde, este me llevó al convento. Allí todo estaba muy pacífico y la misa acababa de empezar. Mariano me esperaba en la entrada y me pidió que me

quedara a su lado. Luego de dudarlo por un rato, terminé por acceder e ingresamos al templo. No iba a una misa desde que tenía diez años, que fue cuando tomé mi primera comunión. A pesar de que me habían instruido en el catolicismo, no era devota, ni siquiera sabía si creía en Dios o no. Siempre le cuestionaba las cosas malas que le sucedían a la gente buena.

Vi a Mariano concentrado en las palabras del sacerdote, lo vi rezando y realmente me agradó esa imagen de él. Durante la homilía, el padre habló sobre Jesús naciendo en nuestros corazones.

Después de la misa, entramos al convento. Las hermanas estaban felices y habían preparado muchísima comida, el Padre Manuel también se quedaría a celebrar con nosotros.

Nos sentamos a la mesa larga y bien arreglada que habían preparado las hermanas Lucía y Martina, y nos dispusimos a rezar —de nuevo—, antes de que se sirviera la comida. Me parecía que era un poco temprano para la cena, pero estábamos en un convento.

La cena estuvo deliciosa, Mariano no mentía cuando me contaba que a algunas de estas monjas se les daba muy bien la cocina; debía plantearme tomar clases con alguna de ellas. Rita se ofreció a enseñarme a hacer el pastel favorito de Mariano. Pareciera que todas ellas asumían que entre él y yo, sucedía algo.

Cerca de las doce de la noche, nos dispusimos a brindar. Todos estábamos muy felices y la verdad era que la pasé realmente bien junto a esa gente que se notaba era muy bondadosa. En ese sitio se respiraba paz.



19. Confesión

MARIANO

Luego de las doce de la noche, y cuando todas las hermanas se dispusieron a ir a dormir, Ámbar y yo caminamos hasta el campanario. Ella insistió en ir allí conmigo porque le había contado que solía hacerlo cuando era chico. Nos acomodamos en una esquina, sentándonos uno al lado del otro.

—Cuando era más joven, esto se sentía mucho más grande —murmuré.

—O tú eras más chico —dijo ella, acomodando su cabeza sobre mi hombro. Se disponía observar el cielo.

—Cuéntame cuántas estrellas puedes ver —sonreí.

—Una, dos, tres mil un millón Uff, perdí la cuenta —bromeó y yo reí. Suspiré, aspirando su aroma mezclado con el olor del campo y de la noche. Me sentía bien, libre.

—Esto se parece mucho a la libertad. ¿No es así, señorita Vargas? —pregunté.

—Mmmm. No lo sé —respondió insegura.

—Amas la libertad, ¿verdad?

—Sí, poder hacer lo que desee, ir a donde quiera sin darle explicaciones a nadie... Sin rendir cuentas, sin necesidad de volver a ningún lado.

—¿Eso es la libertad para ti? —cuestioné intrigado.

—Sí. ¿No es eso?

—No lo sé, en realidad para mí la libertad es una utopía. Uno no puede ser libre nunca, siempre estará sujeto a alguien, a algo, incluso cuando a uno le agrade aquello. Es decir, no eres libre porque viajes o vayas y vengas; siempre habrá algo en tu cabeza que te ate —expliqué.

—Pero eso es muy negativo —refutó—. ¿Dices que vivimos siempre presos de algo o alguien?

—Así es, de algún problema, de algún temor, de alguna discapacidad... No soy libre si no puedo ver. Estoy atado a eso y a las limitaciones que me impone —añadí.

—Pero tú eres un hombre libre, vives solo, no dependes ni necesitas de nadie, tienes tu trabajo, tu conocimiento, puedes disponer de tu vida como quieras. Al menos yo lo veo así —insistió en su punto.

—Sería libre si fuera capaz de aceptar toda mi realidad y ser feliz con ello —murmuré en un suspiro melancólico.

—¿No eres feliz, Mariano? —preguntó con genuina curiosidad en la voz.

—No siempre. No soy feliz, no me siento completo —admití.

—Que no puedas ver no significa que no estés completo. A todos nos falta algo, si vamos al caso, yo tampoco me siento completa —añadió.

—Háblame de las estrellas —susurré, cambiando de tema.

—Brillan, algunas más que otras. Estoy viendo una donde creo que vive *El Principito*. Es pequeña y muy brillante, es probable que allí esté su rosa —comentó.

—¿Lo crees? —respondí, sintiéndome como un niño. Sonreía porque ella recordó lo que le había mencionado antes.

—Sí, estoy segura —afirmó.

Nos quedamos en silencio por un buen rato, solo sintiéndonos, abrazándonos en medio de la oscuridad, disfrutándonos mutuamente.

—Lamento mucho que no puedas ver las estrellas, Mariano. Si yo pudiera darte mis ojos, juro que lo haría —susurró.

La besé en la frente.

—Cuando era niño, las hermanas me contaban las historias de Jesús haciendo milagros. Le rezaba mucho, le pedía que por favor que me devolviera la vista, pero nunca sucedió —expliqué con melancolía.

—¿Aun así crees en él? —inquirió.

—Creo en él porque pienso que él fue quien me dejó con las hermanitas. Ellas siempre me dijeron que yo era un ángel que Jesús les había enviado para hacer sus vidas más divertidas y felices, y yo no podía creer que alguien estuviera tan feliz con mi presencia —suspiré.

—Eso es dulce —murmuró.

—Ámbar, mi madre se llamaba Melissa y mi padre Esteban, eran muy jóvenes cuando me tuvieron. Ella tenía solo dieciséis años y él dieciocho. —De pronto decidí abrirle mi corazón—. A ella la echaron de la casa cuando se enteraron que estaba embarazada y entonces mi padre la llevó a vivir a un cuarto donde me tuvieron y me cuidaron un tiempo con el trabajo que él tenía.

Al principio, supongo que intentaron jugar a ser grandes, a la casa perfecta, pero con el tiempo todo se fue dificultando.

»Ella no se perdonó el no haber terminado sus estudios por mi culpa; se lo reprochaba a mi padre. Él no toleraba tener que trabajar tanto para cuidarnos y no poder vivir la vida de un chico de su edad. Me empezaron a descuidar, me tenían abandonado, no me atendían como se debería y ambos empezaron a hacer sus vidas como si yo no existiera. Los vecinos los denunciaron en varias ocasiones por ello, dicen que mamá me encerraba en la casa y salía por horas, y que yo me quedaba llorando mucho.

—¡Por Dios, eso es horrible! —interrumpió ante mi silencio.

—Crecí así, olvidado. No iba a la escuela, no los veía nunca. Comía en casa de una vecina que se encargaba de mí, más por pena que por otra cosa, pero me obligaba a hacer cosas como cuidar de su gallinero, limpiar el jardín y demás actividades para poder ganarme un pedazo de pan. Si hacía algo mal, me golpeaba, pero era la única forma que tenía de conseguir comida.

»Una tarde, mis padres discutieron. Fue muy fuerte, él lastimó a mi mamá, le pegó y le hizo sangrar el rostro. A los gritos, yo llamé a la vecina por ayuda, esta a su vez llamó a la policía y mi padre enfadado por su intromisión y por el llanto de mi madre, me tomó por la fuerza y me alzó en su moto. Yo era tan delgado y pequeño que no tenía fuerzas para soltarme de su agarre.

»Manejó con tanta rabia y a tanta velocidad que me asusté como nunca y empecé a llorar. Mi padre me llamó cobarde y me acusó de ser el culpable de sus problemas. Me dijo que me odiaba, que mi madre debió abortarme, que era el error más grande de su vida. Luego levantó la rueda delantera y yo caí desde ese momento, todo se puso negro.

—¡Por Dios, Mariano! Esto que me cuentas me da mucha rabia, sufriste demasiado —susurró ella, tomando mi rostro con desesperación entre sus manos y besando las lágrimas que caían a causa del recuerdo.

Solo le había contado esto a mamama y a dos de las hermanas hacía ya muchos años atrás. Me sentía como un niño buscando consuelo a su lado. Respiré hondo y continué, ya había abierto la compuerta y necesitaba desahogarme de todo.

—Cuando desperté, ya no podía ver. Estuve en coma varios días. Luego me enteré de que no solamente caí cuando nos movíamos a gran velocidad, sino que además, un auto que venía detrás no pudo frenar e impactó contra mí. Los médicos dijeron que no viviría, que era un milagro que solo hubiese perdido la vista. La vecina denunció a mis padres por malos tratos y

abandono, el accionar legal fue extenso y por ello terminé en un hogar de acogida. Mamama fue quien me recibió y me dio mucho amor. Yo no podía creer que alguien me quisiera y se preocupara por mí solo porque sí, sin pedirme nada a cambio, sin golpes, sin nada más que amor, gratis y puro. Luego conocí a las monjitas y todas se encariñaron tanto conmigo que Sonia quiso pedir mi adopción. No era fácil, ella no estaba casada, no tenía un hogar y su único trabajo era como cuidadora del convento...

—¿Y cómo lo consiguió? —quiso saber Ámbar.

—Esas monjitas rezaron, Ámbar, día y noche. Hicieron cadenas de oración y misas, pidieron ese milagro y se les concedió. Ese es el día que ellos celebran como mi cumpleaños, ese es el día que mi vida cambió —admití y una lágrima se escapó con lentitud por mi mejilla.

—En realidad es una historia muy conmovedora, Mariano, muy triste pero al final tuvo un buen final, ¿no es así? —dijo ella. Sentí su dedo recogiendo la gota de sal.

—Lo es, pero la infancia deja rastros. Las hermanas me hicieron tratar por un psicólogo porque al principio tenía muchas pesadillas, temores y fobias. Luego de un tiempo de tratamiento, y cuando estuve mejor, me inscribieron en la escuela parroquial. Yo tenía doce años e iba a ir recién al primer grado. Todos los niños grandes se burlaron de mí, me tiraban cosas, me sacaban mis útiles y se los repartían. Aun así, me propuse estudiar y en dos años terminé la primaria, los maestros decían que yo tenía una inteligencia superior al resto.

»Alcancé y superé a los niños de mi edad. Ellos aprendieron a respetarme, pero nunca nadie se acercó a mí. Yo era el chico raro. Cuando tenía quince años, ya estaba en la universidad; mi vida era leer, estudiar y escribir. Y así, me cerré al mundo porque el mundo nunca fue un lugar feliz para mí. Esa es mi historia, Ámbar y es la primera vez que se la cuento a alguien —confesé, sintiendo una inmensa paz en mi interior.

—Mariano, gracias por contármela, es muy especial para mí que me tengas confianza. Yo... lo siento tanto, todo... —habló con verdadero pesar. Solo la abracé con fuerza y me refugié en su aroma, respirándolo—. ¿Nunca más supiste de tus padres?

—No, no supe ni quiero saber de ellos. Siento haberles arruinado la vida, tuve que vivir con ese dolor por mucho, mucho tiempo —susurré.

—Pero tú no lo hiciste, eras inocente. ¡No tenías culpa de nada! —exclamó—. Son ellos los que te arruinaron a ti la vida.

—Es difícil crecer sintiéndote un error —mencioné.

—No eres un error, puedes ser cualquier cosa, pero no eres un error —expresó abrazándome con desesperación, aferrándose a mi cuello y besándome la frente y las mejillas. Me sacó los lentes y besó mis ojos. Yo lloré, dejándome cuidar por ella, sintiéndome como un niño perdido, un niño dolido y lastimado. Ella me curaba, ella me repetía una y otra vez que yo no era un error.

Recordé entonces cuando le conté esto a la hermana Rita, cuando le dije que era un error y ella me respondió que Dios no comete errores. En ese momento, no se lo creí y decidí no hablar más del tema, pero toda mi vida lo pensé así, toda mi vida me sentí una equivocación.

—¡Sácate eso de la cabeza, por Dios, Mariano...! ¡No eres un error! —Ella también lloraba.

—Gracias, Ámbar. —Esas palabras no me parecían lo suficiente para lo que estaba pasando, para la intimidad que habíamos alcanzado.

—No me lo agradezcas, yo daría lo que fuera por ti. Si pudiera, te daría mis ojos ahora para que tu milagro se hiciera realidad, para que pudieras ver las estrellas que brillan sobre nosotros...

—«*Lo esencial es invisible a los ojos*», decía *El Principito* —recité, recordando aquella frase que ahora tomaba tanto sentido para mí—; y esta ha sido mi noche más estrellada, Ámbar. Con solo tenerte cerca, me haces ver miles de estrellas.



20. Amor y celos

ÁMBAR

Aquella noche fue tan intensa que cuando llegué a mi cama para descansar, me vi a mí misma superada por miles de emociones. La confianza que Mariano me había brindado me hacía sentir especial, única, y eso me agradaba; pero, por otro lado, percibía que la intensidad de mis sentimientos era tan apabullante que me estaba hundiendo. Era como si un *tsunami* me arrastrara por completo, ya no podía manejarlo y solo tocaba aceptarlo: estaba profundamente enamorada de Mariano Galván y eso me asustaba y me alegraba en iguales proporciones.

No quería lastimarlo, ya estaba demasiado dañado para que yo lo hiriese más. Pero yo no podía amar, no estaba lista para amar de forma plena. Mi único consuelo era pensar que en unos días, cuando volviéramos a la universidad, todo regresaría a la normalidad y él pasaría a ser de nuevo el Profesor Galván para mí. Esto debía ser solo un momento, sí... solo era eso todo regresaría a la normalidad.

Los días siguieron pasando y nuestros paseos y caminatas diarias también. Conversábamos de todo, de cosas importantes y de cosas sin sentido. Era cómodo estar a su lado, compartir con él, hablar. Me encontré deseando besarlo más de una vez, imaginaba cómo sabrían sus labios y los anhelaba con vehemencia sobre los míos. Éramos cariñosos, íbamos siempre de la mano, solíamos abrazarnos. Él me besaba en la frente y yo lo besaba en la mejilla, pero de allí no pasábamos. No porque no quisiéramos, al menos yo lo deseaba con locura, pero simplemente no lo hacíamos. Era como si ambos supiéramos que luego de eso, la situación se complicaría demasiado. Después de todo, habíamos prometido no enamorarnos.

El año nuevo lo pasamos de la misma forma que Navidad, pero luego de las doce, Roberto y su familia nos llevaron a un sitio a bailar. Mariano al principio no quiso, pero terminó por aceptar. Nos divertimos como nunca. Los días posteriores fueron intensos porque sabíamos que pronto acabaría todo. No habíamos vuelto hablar de lo que haríamos al regresar ni de cómo nos trataríamos, pero ambos asumíamos intrínsecamente que lo nuestro volvería ser igual, el tiempo para este juego habría caducado.

El último día fue diferente, un manto gris se cernía sobre nosotros. Se trataba de la tristeza que suponía que todo lo que jamás había empezado estaba llegando a su fin.

—Nos veremos el lunes en la universidad —dije y él asintió.

—No nos veremos, pero estaré allí —bromeó y yo lo golpeé con delicadeza.

—Ya sabes a lo que me refiero, Mariano. Estos días fueron geniales.

—Lo sé para mí también. Siempre siempre podrás contar conmigo, Ámbar, lo sabes, ¿verdad?

Yo solo asentí.

—¿Crees que lo lograremos? ¿Volver a lo de antes? —pregunté. Realmente lo dudaba.

—Es lo mejor para ti, Ámbar; a mi lado no... Yo no puedo no sé —murmuró, confuso.

—No te preocupes, Mariano. —Aquello dolía, pero sabía que era lo mejor para él, yo tampoco podía—. Yo tampoco puedo.

Nos quedamos allí sentados, abrazados, oliéndonos, respirándonos, anhelando un beso que nunca llegó y cuyo momento no parecía tampoco ser ese. Definitivamente extrañaría esa sensación de felicidad y de éxtasis que se apoderaba de mí cuando estaba en sus brazos.

— —

Dos semanas luego de volver a la universidad, lo estábamos llevando bastante bien. Manteníamos la dolorosa distancia y nos ceñíamos estrictamente a los horarios y temas laborales. Era difícil. La tensión entre nosotros era inmensa y yo necesitaba tocarlo, tomarlo de la mano, perderme en su abrazo. Aquello me tenía de muy mal humor, yendo y viniendo, llenándome de actividades para no pensarlo, para no necesitarlo.

—¿No ha pasado nada aún? —preguntó Rob divertido aquella tarde mientras merendábamos. Él estaba seguro de que en cualquier momento

estallaríamos.

—Deja de ser tan insistente con eso, ya terminó. Es solo un bonito recuerdo, ni él quiere enamorarse de mí, ni yo quiero enamorarme de él —zanjé molesta ante su insistencia.

—Yo tampoco quiero trabajar tanto todos los días, pero ya ves, las cosas pasan —añadió, divertido.

—¡No estoy enamorada de él! ¡Roberto, me estás hartando! —respondí histérica.

Dos chicas se acercaron a nuestra mesa, reían y conversaban en voz alta. Conocía a una, de una de las clases de Mariano, pero a la otra no la ubicaba.

—Hola, perdón. ¿Podemos sentarnos con ustedes?, es que ya no hay mesas libres —dijo la más alta con su bandeja en mano.

—Claro, chicas —respondió Roberto alegremente. Lo odié por eso. Estaba de mal humor y no quería tener a desconocidas bulliciosas en mi mesa. Las chicas tomaron asiento.

—Tú eres la asistente del Profe Galván, ¿no es así? —preguntó la chica a la que conocía, se llamaba Rafaela.

—Sí —asentí sin ganas mientras comía una manzana.

—No sabes, Flor, tienes que tomar una clase con Galván el semestre que viene. Es tan perfecto —le dijo a su amiga.

—Ya me dijo Ángela que es algo así como un dios griego y que además es muy inteligente —suspiró y exageró un gesto con sus pestañas.

—Es superdotado —dijo Rob haciendo gestos obscenos y las dos chicas rieron chillonas y escandalosas. Rodé los ojos, esa broma no era simpática en boca de otra persona que no fuera yo.

—¿Tú nos podrías contar la realidad? ¿Es cierto que se acuesta con las asistentes por eso elige siempre chicas bonitas? —preguntó Rafaela.

—¿Qué hay de los chicos que fueron sus asistentes? —refuté hastiada.

—Nunca sabremos si no es gay o bi —exclamó Roberto encogiéndose de hombros y divirtiéndose, las chicas se sorprendieron ante aquella declaración. Lo estaba haciendo a propósito, lo podía ver en su mirada.

—A mi Nadia me dijo que una chica llamada Roxy intentó seducirlo un par de años atrás. Según ella, esta chica comentó que era genial en la cama y que, aun sin ver, sabía a la perfección donde tocar y qué hacer. —Las dos chicas y Roberto se pusieron a reír. Yo solo quería golpearlas, sus voces huecas y vacías retumbaban en mi cerebro y mi estómago estaba completamente cerrado, ya no podía pasar bocado.

—¿Por qué no intentas seducirlo, Rafaela? Digo, eres hermosa, puede que te vaya bien y si funciona vienes y nos cuentas. —Roberto se estaba pasando de la raya. No lo soportaba. Me levanté golpeando la mesa a punto de decirles unas cuantas cosas, pero solo bufé impotente y salí enojada, ofendida. ¿Qué podía decirles?

Miré el reloj, era casi la hora de nuestra reunión de trabajo diaria. Caminé hasta su despacho y luego de saludar a Sonia, ingresé. Él ya me esperaba y lo vi moverse incómodo en su asiento. Yo estaba enfadada, demasiado nerviosa.

—Hola —saludé cortante.

—Hola. ¿Sucede algo, Vargas? —Odiaba que me llamara así, parecía que no le costaba para nada, que estar separados le resultaba indiferente.

—Nada, empecemos, profesor —respondí cortante y señalando con ironía la última palabra.

—Si no se siente bien podemos suspender dejarlo para mañana quizá.

—Le he dicho que todo está en orden —respondí agotada e impaciente, lo que menos necesitaba era a Mariano hablándome con tal indiferencia.

—Bueno, entonces trabajaremos sobre la clase del viernes para el grupo del cuarto semestre —añadió.

Abrí el archivo y empezamos a trabajar. Escribía tan enfadada que las teclas de la computadora parecían ser las merecedoras de toda mi rabia. No era capaz de manejar el sentimiento que había empezado a nacer con aquella charla tan banal e irrespetuosa que ese par de engendros, ayudados por mi mejor amigo, tuvieron durante la merienda. A eso se le sumaba la frialdad y lejanía con la que me trataba Mariano, la distancia que dolía y lastimaba horriblemente y la frustración que me generaba la impotencia.

Un pensamiento se instaló sin permiso en mi cerebro. ¿Acaso esa tal Roxy en realidad logró seducir a Mariano? Si era así, ¿qué había sucedido? La idea de Mariano teniendo relaciones sexuales con una chica me generó tal impotencia y tal dolor que sentía explotaría. Mis sentimientos y emociones amenazaban con salirse de control. Mariano era un hombre tremendamente atractivo y además, misterioso. El caldo de cultivo perfecto para que los alumnos inventaran miles de leyendas urbanas respecto de su vida íntima. ¿Y si a Rafaela se le antojaba seducirlo? ¿Caería él en su trampa?

—¿Vargas? ¿Me oye? —Su voz me devolvió al trabajo que hacíamos.

—Perdón me distraje.

Mariano suspiró, cansado. Pensé que me regañaría. Él odiaba que el trabajo se enlenteciera por una distracción. Se quedó en silencio, sentí duda en su proceder. Se levantó y caminó hacia donde yo estaba, colocó sus manos

en cada uno de mis hombros. Cerré los ojos, era la primera vez que me tocaba luego de tantos días, de tantas horas, de tantos minutos; su simple tacto me hizo desfallecer, anhelar más, querer levantarme y abrazarlo.

—¿Me vas a decir qué te sucede, Ámbar? —Me tuteó luego de días de no hacerlo.

—¿Sabes lo que dicen los alumnos de ti, Mariano? —pregunté, necesitando expulsar fuera aquello que me estaba lastimando.

—No, pero no me importa, o intento que no me importe —murmuró inseguro.

—Hablan. Las chicas hablan de lo perfecto que eres... de lo bien que te ves. —Mariano sonrió divertido, al parecer mi respuesta no se la esperaba.

—¿Ah, sí?

—Sí. Bromean sobre eso de que eres superdotado, tú sabes en qué sentido. Hablan de alumnas como una tal Roxy que logró seducirte y meterse a tu cama contando luego tus hazañas como amante, y planean estrategias para seguir su camino e intentar seducirte —expliqué.

Mariano se echó a reír. Caminó hasta su silla y se sentó en medio de sus carcajadas. Yo me levanté y fui hasta su escritorio apoyando mis dos manos encima.

—¿Qué es tan divertido? —le pregunté.

—Lo que me cuentas, lo es, de verdad. Pensé que los alumnos me odiaban, no que fantaseaban conmigo —añadió divertido.

—¡Eres imposible! —grité enfadada, ya no podía controlarme—. ¿Te agrada? ¿Te sube el ego? ¿Te halaga? Pues bien, entonces quédate contento y prepárate para Rafaela, que viene en camino para intentar seducirte como la tal Roxy.

—Para serte sincero, Ámbar —dijo él con tranquilidad en la voz, luego de un largo e incómodo silencio en el cual me sentí como una idiota por la reacción que acababa de tener—. Lo que me halaga y me levanta el ego es que tú estés tan enfadada por esos chismes de pasillo. Tenerte aquí echando chispas en mi oficina a causa de los celos es delicioso.

—¡Yo no estoy celosa! —hablé más fuerte de lo que quise.

—Pues dile eso a tu actitud —sonrió complacido.

Refunfuñé y bufé como una niña caprichosa, tomé mi cartera y mi saco y me dirigí a Mariano.

—Tiene razón, profesor Galván. Será mejor que trabajemos mañana.

No le di lugar a hablar ni a intentar detenerme, salí de la habitación enfadada, irritada, molesta y celosa, muy celosa.



21. Enamorado

MARIANO

Ella estaba enojada, pero yo me encontraba feliz. Saberla celosa y tan alterada por aquellos ridículos comentarios de alumnas con las hormonas aceleradas me hacía sentir muy bien. Dejé que se fuera, necesitaba calmarse, estos días la habían afectado tanto como a mí. Intentábamos mantener la distancia de nuevo, pero era imposible y ridículo.

—¿Qué pasó con Ámbar? —preguntó mamama, confundida, cuando entró. Le conté lo sucedido y ella sonrió sentándose relajada en la silla enfrente del escritorio—. ¿Qué piensas hacer? El semestre está por terminar, una vez que deje de ser tu asistente ustedes podrían ser más que amigos.

—Mamama, ya te dije que no es así. ¿Qué es lo que tengo yo para darle? Soy un tipo roto, solitario, lastimado. Ella es joven, ama su libertad, merece vivir, volar, encontrar un chico de su edad que la quiera, la respete, la valore —suspiré.

—Hablas como si tuvieras setenta años. Tienes solo seis años más que ella, eso no es nada. Hacen una pareja fantástica, incluso creo que las hermanas ya están organizando la boda.

Me eché a reír.

—¿Boda, yo?, pareciera que no me conocen. No, yo no nací para eso —bufé negando.

—¿Cuándo vas a aceptar que Ámbar te tiene loco de amor, Mariano? ¿Cuándo vas a aceptar que el amor puede sanar muchas heridas, que puede hacerte mejor persona y devolverte las ganas de sonreír como de hecho lo vienes haciendo desde que estás cerca de ella?

—No niego que Ámbar me hace sentir bien, pero el amor es algo que va mucho más allá de eso —refuté.

—No seas tonto, el verdadero amor no toca a nuestra puerta todos los días, debes saber verlo e identificarlo. No la pierdas por pensamientos egoístas y mezquinos, Mariano. No le cierres la puerta a la felicidad.

—¿Egoístas y mezquinos? Si justamente lo que hago es pensar en ella y en que no quiero que sufra a mi lado. ¿A eso llamas pensamiento egoísta? — interrumpí, molesto.

—Lo que no quieres es sufrir tú. Estás pensando en ti mismo y en el sufrimiento que te puede causar entregar tu corazón a alguien, hacerte vulnerable para alguien. Amar implica entregarnos, darle a la otra persona la posibilidad de hacernos felices, pero también la capacidad de rompernos el corazón. Tú lo sabes y lo quieres evitar, no quieres sufrir más y lo entiendo. Sé que has sufrido ya bastante, pero negarte al amor es sufrir de igual manera... —Entonces hizo silencio. La sentí acomodarse para continuar con su discurso—. Mira, Mariano, el amor al principio es algo así como una montaña rusa. Te llena de adrenalina, emociones, euforia. Luego hay momentos de caída libre, de miedos, de ansiedad. Después vuelve a subir, llevándote de nuevo a la gloria. Cuando pasa un buen tiempo se hace maduro y, al igual que cuando el paseo está por terminar, aminora la velocidad y se mueve sereno, estable, tranquilo. Cuando llega allí es amor de verdad. A veces llega, a veces no. Lo cierto es que una vez que subes a la montaña, no hay vuelta atrás, no puedes parar y no puedes detener algo que está destinado a suceder.

»Lo que quiero decir es que no sabemos si ella es o no la persona con quien pasarás el resto de tu vida; pero sabemos que ahora estás metido hasta el cogote con ella invadiendo tus pensamientos a diestra y siniestra, y que por más que quieras mantenerte alejado, tarde o temprano el hilo se romperá, la tensión superará la falsa calma que intentan crear y todo explotará. Después, el tiempo dirá Pero ya es tarde, Mariano, hace mucho que estás enamorado.

Mamama soltó aquello como si nada. Se levantó de su silla, oí sus pasos de camino a la puerta. No podía decirle nada, ella había sido tajante y no había dejado lugar a dudas. Además, tenía razón, estaba enamorado de Ámbar Vargas y no podía seguir ocultándolo.

—Por cierto, quería avisarte que llamó Solange, la coordinadora del área de revisión de exámenes. La alumna Matilde Cabrera ha solicitado revisión de un trabajo parcial, sostiene que su puntaje está equivocado. Solange me solicitó una cita contigo mañana a las cinco de la tarde, necesita que revisen el trabajo de esta muchacha —informó cambiando de tema drásticamente.

—Era demasiado extraño que nadie se quejara de sus notas —bufé—. Está bien, confírmale la cita.

El semestre estaba llegando a su fin y aquellos alumnos a los que las notas no les alcanzaban para pasar, tendían a solicitar revisión de exámenes o de trabajo práctico, anhelando encontrar un error en la evaluación en donde pudieran ganar un par de puntos que representaran su salvación. Solange era la encargada de ponerse de acuerdo con los profesores y revisar esos exámenes o trabajos con cada uno.

Cuando mamama salió, pensé en Ámbar de nuevo y en lo que acababa de aceptar. Estaba decidido a hablar con ella y plantearle mis confusos sentimientos. Sería lo más sincero que pudiese, ya le había abierto mi corazón y mi historia, sabía que con ella podía hablar con naturalidad, ser yo mismo. Había prometido no enamorarme, pero no pude cumplir y esperaba que ella tampoco, al menos eso me hacía pensar su repentino ataque de celos infundados de ese día.

Hablaría con ella y le diría que no sabía cómo se hacía eso, pero que quizá podríamos ver la forma de intentarlo, claro, si ella lo deseaba también. Una vez que terminara el semestre ya no estaríamos atados de forma laboral, y ella siempre podía tomar las clases que yo daba con otro docente, así evitábamos conflictos y nos ateníamos a las reglas.

Sonreí para mí, sintiéndome como un adolescente tonto y enamorado. Tomé el celular y le pedí al aparato que le escribiera un mensaje a Ámbar, luego dicté:

«Nunca, nunca me dejé seducir por ninguna alumna hasta hace poco».

«Disculpa por mi actitud de hoy, lo he pensado y he actuado de forma inmadura y demente». —Respondió ella con otro mensaje.

«No te enojés, pero me agradó saber que algo como eso pudo haberte provocado celos. Me hizo sentir importante, en cierta forma».

«Eres importante. Me hubiera gustado no irme así de tu despacho hoy, justo que decidiste tutearme de nuevo».

«Estos días han sido demasiado duros. La distancia quema».

«Lo sé, pero a ti parecía no afectarte». —Respondió ella y yo incluso podía oírla reprochándome aquello, sonreí.

«Soy buen actor, recuerda que llevo una vida fingiendo un personaje, siendo lo que los demás quieren ver en mí».

«Me aterra pensar que puedas estar fingiendo también conmigo».

«Lo hice esta semana». —Admití.

«¿Por qué lo dices?».

«Intenté fingir que no me importas, que me da igual todo lo que hemos vivido y que nada entre nosotros había cambiado pero no me salió».

«Yo diría que te salió demasiado bien» —contestó Ámbar. A pesar del tono metálico y sin vida del lector de mensajes, pude adivinar un poco de enfado en esa expresión tan simple e irónica.

«Te lo digo, soy buen actor, pero ya no quiero más no quiero más fingir contigo».

«¿Qué quieres decir, Mariano?».

«Que tenemos que hablar en persona, Ámbar. Mañana te espero como siempre y luego de nuestra reunión de trabajo nos quedamos a conversar un rato, ¿te parece?».

«Okey, me parece pero no me dejes en ascuas, dame una pista». Pidió, y yo sonreí.

«Sabes lo que voy a decirte, anda pensando en una respuesta». — Respondí con seguridad.

«¿De qué hablas?».—Insistió.

«De una promesa, a la que he fallado Hablamos mañana, Ámbar». — Zanjé, divertido.



22. Verdad

ÁMBAR

La verdad es que esa noche no pude dormir. Pensaba y pensaba sobre nuestra conversación; además, estaba feliz y emocionada porque después, de dos largas semanas, al fin nos habíamos acercado de nuevo.

Por la mañana me preparé ansiosa para ir a la universidad, me encontré a Roberto que me esperaba en la entrada principal.

—¿Estás muy enfadada conmigo? —preguntó. Aún no nos habíamos visto ni hablado después de lo de Rafaela.

—Sí, pero tienes suerte. También necesito a un amigo, así que tendré que perdonarte. Quiero contarte algo.

Roberto dio saltitos, emocionado; lo tomé de la mano para llevarlo a un sitio más alejado donde pudiéramos conversar sin oídos inoportunos. No era buena idea que nos oyeran teniendo esta conversación.

Cuando conseguimos un lugar, le comenté lo sucedido el día anterior. Al principio, se sintió un poco triste por haber sido el causante de mi enojo, pero luego se alegró cuando le expliqué cómo había reaccionado Mariano.

—¡Bien! ¿Qué crees que va a decirte? —preguntó emocionado.

—La única promesa que me hizo, que nos hicimos, fue no enamorarnos... por lo que...

—Es obvio que ni tú ni él respetaron esa promesa —sonrió Rob, interrumpiéndome y dándome un tierno golpe en el hombro. Hoy te dirá que te ama y que quiere avanzar contigo.

—Eso es lo que me preocupa, no sé si quiero avanzar.

—Ámbar, ¡por Dios!, no vas a ir a acostarte con él ahora mismo. Tienes que confiar en él, eso es parte del amor. Debes contarle todo y entonces juntos irán viendo cómo solucionar aquello. Yo creo que tú debes abrirle tus pier

ups, digo tu mundo a él —bromeó y lo miré, fingiendo enfado y frunciendo los labios para evitar que se me escapara la sonrisa.

—¿Nunca se puede hablar en serio contigo? —Terminé riendo.

—Se puede, pero así es más divertido, admite que me amas —dijo abrazándome por el cuello y acariciando mi cabeza.

—Sí, eres el mejor amigo. Tú tienes razón, voy a escuchar lo que tiene para decirme y luego buscaré la forma de contarle toda mi historia —asentí convencida de que al fin había alguna salida para mí.

Tuvimos que separarnos para asistir a diferentes materias. Entré a las clases, una tras otra, mientras esperaba que el reloj avanzara, pero eso no sucedía. La ansiedad me mataba. Luego llegaron las materias de Mariano, a las que asistía como su asistente. Allí nunca hablábamos más que un saludo al llegar y una despedida al terminar. Ese día no fue la excepción, salvo porque cuando culminó la última de las clases, durante la despedida me susurró: «Te espero en un rato».

Mi corazón daba brincos de emoción y solo quería que llegara ese momento. Cerca de la hora, me dispuse a dirigirme a su despacho. Cuando llegué, Sonia me dijo que aún no terminaba su reunión con la señora Solange, que había venido para la revisión de un examen. Lo esperé sentada mientras casi me quedaba sin uñas de tanto mordérmelas.

Un rato después, el intercomunicador sonó. Al parecer, Mariano llamó a Sonia. Por algún motivo, la reunión estaba llevando más del tiempo estipulado. Sonia ingresó al despacho, no sin antes entregarme una mirada de resignación y encogerse de hombros. Veinte minutos siguieron a aquello cuando al fin las puertas se abrieron. Podía sentir que algo negativo estaba sucediendo, no sabía cómo, pero lo presentía. La señora Solange salió sin mirarme, llevaba carpetas en sus manos. La puerta se cerró tras de ella y esperé un par de minutos más hasta que Sonia salió con una expresión muy triste en el rostro y me pidió que pasara.

Yo ingresé con temor, estaba segura de que algo sucedía pero no sabía qué. Mariano estaba sentado, serio, rígido y en su mano tenía un papel blanco que en un principio no reconocí. Sonia cerró la puerta tras de mí y entonces él habló.

—Señorita Vargas, quisiera recordarle que usted firmó un contrato al que ha faltado. Ha cometido un fraude demasiado grave y tendrá que cumplir con las sanciones estipuladas por la universidad. La señorita Sonia la espera afuera para que firme una nota de apercibimiento y luego presentaremos el informe sobre la situación al rector de la universidad que será quien decidirá

si usted será o no expulsada de la misma. —Su voz era tan fría que dolía, entendí de inmediato lo que sucedió en esa reunión e identifiqué el papel que tenía en su mano: era parte del trabajo práctico de Roberto. Suspiré asustada y me tomé la cabeza; mi corazón estaba por salirse de mi pecho y solo quería llorar—. Por supuesto ya no será bienvenida en este despacho, así que le agradecería abandone este lugar cuanto antes. Además, no deseo tenerla en mis clases en caso de que la universidad no decida su expulsión. En lo que respecta a mí, hemos llegado hasta aquí.

Su voz sonaba fuerte y firme, pero podía sentir el dolor en ella. En ese momento no me importó que me dejaran fuera de la universidad, solo necesitaba explicarle lo sucedido, decirle que no lo hice por faltarle al respeto. Sabía que Mariano no aceptaba errores, pero sobre todo, sabía que odiaba que defraudaran su confianza.

—Por Dios... Mariano, no es lo que piensas.

—Retírate Ámbar, no quiero oírte —dijo cortante.

—Pero déjame explicarte —rogué.

—Si no se va, llamaré a seguridad. —Habló tan serio y frío que supe que lo haría.

Salí de allí llorando, ni siquiera me detuve donde Sonia, corrí hasta mi auto y entré en él, desesperada. Quería huir, quería irme lejos donde ese dolor no atormentara mi alma, donde no sintiera a mi corazón partirse en miles de pedazos, destrozarse en mi interior como si fuera una vasija de vidrio cuyos pequeños pedazos se dispersaban, lacerando mi sangre y mi piel. Esto dolía más que ninguna otra cosa que haya experimentado antes: me dolía haberle fallado, me dolía haber traicionado su confianza y me odiaba a mí misma por ello.

En mi desesperación, manejé a toda velocidad, tratando de hacerme daño, de que algo malo me sucediera. Algo que acabara con este sufrimiento que crecía y crecía dentro de mí y para el que no estaba lista. Me odiaba a mí misma por lastimar a Mariano; recordaba cada segundo que pasamos juntos y solo lograba que me doliera más, era como si me estuviera autoflagelando.

Llegué a casa y lo llamé, no atendió el celular. Luego lo apagó. Dejé miles de mensajes que no revisó. No sabía qué hacer, ir a su casa solo lo empeoraría todo. Tampoco quise llamar a Rob, él se sentiría mal y probablemente querría intervenir en mi defensa, lo que solo haría más difícil todo aquello.

No sé por cuánto tiempo lloré allí, acurrucada en mi cama y queriendo inútilmente volver el tiempo atrás, sufriendo por el dolor que seguro le había causado. En algún punto, me quedé dormida. Cuando desperté, era demasiado

tarde. Revisé el celular, pero no había rastros de él, sí un mensaje de Sonia que me pedía pasara en la mañana por su oficina. Sabía que él no estaba en ese horario y era por eso que ella me lo pedía. Aquello no había sido una horrible pesadilla, aquello era una triste realidad. Nunca fui una persona cobarde, lo que hice estuvo mal y debía afrontar aquello, pero el precio era demasiado caro.

Me puse maquillaje para poder disimular las ojeras y los pómulos hinchados de tanto llorar, pero no lo logré. Decidí ir solo a lo de Sonia y luego retirarme, no quería hablar con nadie, no quería dar explicaciones.

—Pasa, Ámbar Debes leer y firmar esto —habló con pesar. Leí el papel que explicaba lo que yo había hecho, verlo por escrito parecía lastimar incluso más. Me sentía tan arrepentida y sentí que todo ese dolor que le estaba causando a Mariano me destruía lentamente. Firmé mi sentencia y luego recosté mi cabeza en ese escritorio, escondiéndola entre mis brazos y sollocé. Sonia acarició mi cabeza con cariño.

—No quise lastimarlo, Sonia, Lo hice por Rob me equivoqué Yo...

—Lo sé Ámbar lo sé —dijo ella para consolarme.



23. Adiós

MARIANO

Cuando llegué a mi casa aquella noche, me recosté en mi cama y lloré. Lloré como un niño pequeño que se sentía perdido y abandonado una vez más. No debí confiar en ella, era obvio que ese tal Roberto era su pareja y que todo lo que ella hizo fue acercarse a mí para lograr que él levantara su promedio. Sabía que siempre estaban juntos, lo había escuchado llamándole «cariño». Había sido un idiota al no darme cuenta de que solo me utilizó.

Pero aceptar que la persona a la que acababa de afirmar amaba, me había fallado, me había humillado, se había reído de mí en mis narices, dolía como los mil demonios. No debí confiar, yo sabía que eso no terminaría bien. Nadie podía amarme a mí, nadie. Yo lo sabía y no lo quise ver, me dejé llevar por aquellos momentos que parecían tan mágicos y le entregué mis secretos a quien no los supo valorar. Me dolía, me dolían su traición y el sentirme humillado. Me dolía su engaño y el saber que la amaba, que me había enamorado de alguien que solo me había usado y se había aprovechado de mí.

Me llamó mil veces, me envió mensajes que no oí porque, en mi rabia y en mi dolor, arrojé mi celular con tanta fuerza contra la pared, que terminó destrozado. Mamama intentó persuadirme para que la escuchara, para que dejara que me diera una explicación, pero no había ninguna explicación posible, nada podía hacer que yo perdonara lo que ella me hizo.

Solange llegó aquella tarde a mi despacho con el trabajo de Matilde Cabrera, a pedido de la alumna lo había apartado para revisarlo. Fue así que tomó el trabajo de Cabral para compararlo, ya que era el anterior en lista, pero entonces se dio cuenta de que este estaba completamente incompleto y, aun así, le había puesto un nueve. No había excusas, recordaba perfectamente cuando Ámbar fingió leerme ese trabajo; me pareció extraño, Roberto no

acostumbraba a expresarse de esa forma, pero confié, ni siquiera pensé que ella podría hacer algo así. Nunca nadie me había hecho eso, ninguno de los chicos que tuve como asistentes se animaron a cometer semejante fraude. Sonia me insistía en que la escuchara, no creía que yo tuviera razón, pero no había otra alternativa. Esta vez, el corazón le había fallado al elegir a Vargas, y a mí me había fallado al enamorarme de ella como lo hice.

Durante mucho tiempo la evité, iba a la universidad solo para mis clases y no me quedaba en el despacho más que el tiempo mínimo necesario. Le rogué a Sonia que, si venía, no la dejara entrar; no podría estar cerca de ella sin derrumbarme, sin dejarle ver el dolor que me causó, y tampoco podía mostrarme débil una vez más. No frente a ella que no valía la pena, frente a alguien a quien no le importó lastimarme de esa forma. No me mostraría débil nunca más, no me abriría a nadie nunca más. Lo hice esta única vez y, de nuevo, me fallaron.

Esa tarde de viernes, decidí quedarme un rato más en la oficina. Sonia se despidió de mí preguntándome si me sentía bien. Asentí sin hablar. Ella sabía que no estaba bien, pero también comprendía que no había nada que pudiera hacer.

—¿Vas a presentar el caso ante el rector, Mariano? —preguntó antes de irse—. Si lo haces, la expulsarán. No podrá terminar su carrera.

—No me importa, se lo merece. El lunes a primera hora lo presentaré.

Mamama dejó entonces la carpeta en mi mesa y luego se fue sin decir más, me conocía lo suficiente como para saber lo que sentía.

¿Cómo había sido tan tonta para quemarse por un chico? Él no la amaría ni la valoraría como yo lo hubiera hecho; quizá solo se había aprovechado de ella prometiéndole cosas que luego no cumpliría. Sacudí mi cabeza intentando alejar esas ideas que mi subconsciente me arrojaba para quitarle peso a su culpa y entregársela a otro.

La puerta se abrió y no necesité ni dos minutos para saber que se trataba de Ámbar. Su aroma a manzanas inundó mis fosas nasales y mi cuerpo reaccionó diciéndome que debía correr, abrazarla, llorar y rogarle que me quisiera aunque fuese solo un poco. Era horrible amar a alguien y sentirse solo al mismo tiempo, hasta el punto de perdonar hasta las peores humillaciones solo para que dejara de doler su abandono.

—No sé qué está haciendo aquí, señorita Vargas —dije fingiendo indiferencia. Años de llevar puesta una máscara para esconder mi verdadero ser podían dar resultado. Ella no podría ver que por dentro estaba acabado.

—Necesito que me escuches, Mariano... luego m...

—¡No te quiero escuchar! —grité, golpeando la mesa del escritorio y echando algunas cosas que allí había—. Ya ha sido suficiente, te has burlado de mí, me has humillado, has hecho lo que nadie hizo jamás, Ámbar Vargas. Ni en mis peores momentos me he sentido tan pisoteado. Lo más triste es que lo has hecho por un hombre, un hombre que quizá ni valore lo que hiciste. Y no hablemos de mí, de lo que siento... hablemos de que has puesto en juego tu maldita carrera para ayudar a un mediocre como Cabral que ni siquiera te recordará en unos años cuando él sea un profesional malísimo en un buen puesto y tú hayas tenido que terminar en una universidad paupérrima por haber sido expulsada de esta aun cuando tenías todo para triunfar. ¿Tanto vale? ¿Qué es lo que tanto te da él que te has jugado al todo por ese chico? ¡Vete, eres una! ¡Vete! —grité enfadado, molesto, lastimado y sentí que todo el amor que le tenía se convertía primero en rabia y luego en odio.

En vez de escucharla marchar la escuché acercarse. Fue rápido, no lo sentí venir, no estaba listo para la cachetada que me dio en ese momento. Estaba tan ofuscado que no la percibí caminando hasta mí. Su palma dolió al impactar contra mis mejillas. Mis gafas salieron volando. Me cubrí los ojos con las manos, me sentía desnudo ante ella, mostrándole de nuevo un secreto que, aunque ya conocía, era parte de lo que había herido, humillado y lastimado.

—¡Me vas a escuchar, idiota! —Me gritó, enfadada. Sentí que se movía hasta ubicarse frente al escritorio, pero no hice nada, me quedé inmóvil, sorprendido. Sentía el odio tomar posesión de mi cuerpo como un halo negro y profundo que me ahogaba hasta hacerme incapaz de respirar correctamente. Mi pecho se hinchaba y se deshinchaba frenéticamente, sin que yo pudiera controlar a mis pulmones que clavaba por el oxígeno que parecía escaso en esos instantes. Quemaba, dolía—. Mira Mariano, he estado tratando de explicarte esto una y otra vez, no me has dado ninguna oportunidad de contarte como fueron las cosas. ¡Esto no me parece justo para mí!

—¡¿Todavía tienes la desfachatez de venir a requerir justicia?! —grité histérico, descontrolado—. Tienes suerte que aún no he presentado tu caso al rectorado y por eso todavía puedes andar libremente por los pasillos de esta universidad. El lunes lo haré y verás que no debiste haberte metido conmigo, Ámbar Vargas. No debiste haberte burlado así de una persona a la que la vida le ha jugado tanto que ya no le queda corazón. ¡Te voy a acabar! —Amenacé con un grito lastimero, como el llanto de un animal herido que intentaba asustado escapar de sus captores.

—¿Crees que lo hice porque es mi pareja? ¿Por eso me has tratado de zorra? ¿Es eso lo que has entendido? ¡Dios mío!, es obvio que habrías de pensar así porque eres un hombre egoísta y amargado. No tienes ningún amigo porque no eres capaz de pensar en alguien que no seas tú mismo, no eres capaz de ponerte en el lugar de nadie. Me has cerrado todas las puertas estas semanas, no has querido escucharme cuando he sido la única persona que ha estado allí para ti sin ningún interés.

—¡Eres una caradura, Ámbar! ¡Estuviste allí para salvar el pellejo de ese chico! —grité.

—Mariano, me lastimas de una forma que no puedes imaginar —sollozó y su voz ahora rota quebró mi alma. Aun así no podía ceder.

—¿Yo te lastimo? ¡Y después me dices egoísta a mí! ¿Quién fue la mentirosa? ¿Quién fue la que me engañó?

—Mariano lo siento, no soy perfecta, nadie lo es, ni siquiera tú. Estarás siempre solo porque no eres capaz de entender eso. Yo soy un desastre, tengo demasiados defectos... cometo errores porque soy humana. Y este ha sido el peor de los errores que he cometido en toda mi vida, ninguno me ha causado tanto daño, tanto arrepentimiento, tanto dolor.

—No quiero escuchar más tus mentiras, Ámbar.

—¡Te callas y me escuchas! —gritó—. Lo ayudé. Fue antes de que pasara todo lo que sucedió entre nosotros. Igual, no quise hacerlo, en mi mente no estaba la idea de fallarte ni burlarme de ti. Lo hice porque pensé en él. ¡Tú no sabes nada! No eres el único que tiene problemas, los demás también los tenemos.

»Roberto no es mi novio, es gay, es homosexual, ¿lo entiendes?, le gustan los hombres —dijo con ironía—. Su familia se enteró de eso y le retiró el apoyo económico, él consiguió una beca aquí, pero necesita trabajar y lo hace de sol a sol. Tiene dos empleos y por eso no pudo hacer el trabajo, no le dio ni el tiempo ni el cuerpo. Si reprobaba, le sacarían la beca y dejaría la universidad, como probablemente sucederá ahora. Lo quise ayudar porque es mi amigo, porque es el único que está siempre para mí y sabe todo de mí, lo hice porque no podía dejar que su vida se fuera a la mierda en mis narices. ¿Sabes? Lo hubiera hecho por ti también. Porque no soy como tú, tan fría, insensible y orgullosa, porque no soy tan perfecta, porque cometo errores, porque soy un desastre. ¡Y me equivoqué! Me equivoqué porque tuve miedo de contártelo en ese momento, quizá si hubiera sido sincera podríamos haber buscado una salida que no perjudicara a nadie, pero no creí que te importaría

la vida de un alumno, porque a ti no te importaba nada más allá de que todos te respetaran y te temieran.

»Lo siento, Mariano lo que más me duele de esto no es mi profesión ni que pierda mi carrera, como dices. Lo que más me duele es perderte a ti, haberte fallado, haber traicionado la confianza que me tenías. Siento no ser perfecta para ti... Lo siento... Lo siento... —Sus palabras que comenzaron como gritos fueron disminuyendo en intensidad y volumen hasta convertirse en susurros lastimeros—. Puedes presentar los papeles al rector, no importa lo que suceda conmigo. Lo que sea, lo merezco y aceptaré las consecuencias. Solo... lo siento por el daño que te causé a ti yo. —«*No lo digas, no lo digas*», pensé—. Yo lo siento —suspiró con pesadumbre, antes de salir corriendo de la oficina.

Me quedé allí, perplejo, procesando todo lo que había dicho y sintiéndome aun peor. Había sido un idiota, la había tratado mal, le había negado la oportunidad de hablar y la explicación distaba mucho de lo que yo me había imaginado. Mis fantasmas habían hecho que me equivocara, que creara una historia que no era y me la creyera como única verdad universal.

Lo cierto es que aunque dolía, ella tenía razón: yo era duro, orgulloso, no admitía errores y siempre sobreexigía demasiado. Pero la amaba y ahora ya no había vuelta atrás, estábamos distanciados. Ella no me perdonaría el haberle tratado como la traté. Había dejado escapar la única oportunidad que la vida me había dado para ser feliz, y la había lastimado pensando que ella había sido la que me lastimó a mí. Era un egoísta.



24. Soledad

ÁMBAR

Ese fue el fin de semana más depresivo que viví en toda mi historia. Lloré, lloré y lloré hasta que se me secaron las entrañas. Roberto no salió de mi casa; me cuidaba, me preparaba la comida y el té. Él insistía en ir a hablar con Mariano y explicarle lo ocurrido, tanto que al final tuve que contarle que yo ya lo había hecho y que todo estaba acabado, pero que al menos él ya me había escuchado.

Se lamentó una y otra vez diciendo que era su culpa que hayamos terminado, pero lo consolé recordándole que ni siquiera habíamos comenzado. Dolía, pero yo era fuerte y lo superaría como había superado tantas otras cosas en mi vida, sabía que lo haría. Solo debía terminar este semestre y preparar mi valija. Tenía que viajar lejos y no volverlo a ver nunca, tenía que cambiar de aire una vez más. Lo cierto era que nunca debí permitir que esto llegara tan lejos, nunca debí enamorarme, debí alejarme cuando todas las alarmas se encendieron en mi cabeza. Ahora era tarde, era la primera vez que me enamoraba así, y sería la última, no pensaba volver a pasar por esto nunca más. Empecé a buscar ciudades en donde arrancar de nuevo, me atrasaría otra vez en los estudios, pero no encontraba salidas. No siempre los planes suceden como uno los imagina. Ya no podría terminar mi carrera en esta ciudad, en esta universidad donde debería verlo todos los días; eso, claro, en el caso de que no me expulsaran, cosa que seguro harían.

Roberto también tenía ese miedo, aunque le aseguré que a él no lo expulsarían porque cuando me llamara el rector, dejaría bien en claro que lo que hice fue decisión mía y que él ni siquiera lo sabía. De todas formas, era probable que le sacaran la beca y que le dieran la nota que en realidad le correspondía, o que Mariano lo reprobara.

Todo esto era humillante. Los chicos se preguntaban por qué el profesor ya no tenía asistente e intentaban averiguar qué había sucedido entre nosotros. Pronto comenzaron los chismes de pasillo, inventando toda clase de historias carentes de lógica. No me importaba, yo solo quería que esta pesadilla acabara.

La primera semana pasó y el rector nunca me llamó. La segunda también se sucedió y yo no tuve noticias de los castigos que debía recibir por el fraude cometido. Entonces, aquel domingo fui en soledad a la plaza del pueblo. Estaba en medio de exámenes finales, pero no tenía ganas de estudiar, nada me importaba ya. Solo me dejaba ir.

Tenía mi libro conmigo, el libro que había compartido con él, que habíamos leído juntos. Ya nunca podría leer esa novela sin recordarlo, sin sentirlo en sus páginas a mi lado, comentando, riendo, disfrutando. Pasé mis dedos por las páginas, imaginándomelo leyendo braille. Lo extrañaba y lo necesitaba más de lo que podía admitir, pero debía superarlo. Ya había decidido la ciudad a la que me marcharía, solo estaba esperando que ocurriera lo que debiera suceder en la universidad para que, en el caso de que no me expulsaran, pudiera al menos terminar el semestre.

Abrí el libro en una página cualquiera, Elizabeth se enteraba que Darcy había ayudado a su hermana Lydia para solucionar aquel desliz que dejaba a su familia en aprietos. Darcy lo había hecho por ella, aun cuando ella creía que él era orgulloso y mezquino. Su corazón lo amó un poco más. Sonreí con tristeza, esos amores solo existían en los libros.

Roberto llegó exhausto y se colocó enfrente de mí con sus manos en las rodillas inspirando y exhalando acelerado. Lo observé confundida.

—¡Llevo todo el santo día buscándote! —exclamó cuando al fin recuperó el aliento.

—¿Qué sucede?

—Sé que piensas huir, encontré tus pasajes cuando buscaba algo en tu cuaderno —habló entrecorto debido a su agitación.

—¡No me gusta que invadas mi privacidad! —respondí, enfadada.

—Debes saber algo que sucedió el viernes y que me habían prohibido contarte... —continuó sin inmutarse por mi molestia.

—¿De qué hablas?

—Galván. Me llamó el miércoles a su oficina y me dijo que el viernes me tomaría un examen para darme la oportunidad de recuperar el puntaje del trabajo parcial. Me dio unos folletos para estudiar y el viernes rendí. Me corrigió allí mismo y me dio un ocho. ¡No me quitarán la beca!

—¿Qué? ¿De qué hablas? —pregunté, confundida.

—Lo que te digo y él lo hizo por ti, Ámbar no existe otra explicación. Me pidió que no lo comentara pues podía traerle más problemas. Me informó que no presentaría nada en tu contra en la universidad y que todo estaba solucionado. Él habló con la profesora Solange y le explicó mi caso, ella permitió que él me tomara el examen de nuevo. Pero eso no es lo importante, lo importante es que lo hizo por ti, debes entenderlo —insistió—. Él no gana nada con hacerme pasar, con darme otra oportunidad, además de que él nunca fue así. Es solo su forma de decirte que él también se equivocó, es su forma de ceder. Debes hacer algo, no debía decírtelo hasta que terminara el semestre pero temo que te marches y...

—No voy a marcharme hasta luego de terminar el semestre —le interrumpí—. Y estoy feliz por ti y por esta oportunidad que te dio. Me alegra que él lo haya hecho, pero eso ya nada cambia la situación. Las cosas entre nosotros ya no pueden ser; ni siquiera fueron, en realidad. Es mejor así, Rob. Ya déjalo. Yo me iré, pero seguiremos en contacto tú y yo —aseguré, él había sido el único amigo verdadero que había hecho en muchos años.

—No dejes ir el amor, Ámbar, no seas tonta. Tú dices que él es egoísta, pero tú también lo eres. Tienes miedo y por eso no te arriesgas, no te has arriesgado nunca. Fue él quien te contó sus cosas, fue él quien te abrió su mundo y tú no le dejaste entrar en el tuyo por temor a que te lastimara. Igual saliste herida, porque eres tú la que te haces daño al huir. Sé que dices que eres libre y bla bla bla, pero eso no es libertad, Ámbar. No eres libre si vives presa de tus traumas, de un pasado que no es tu culpa, de tus temores, de tus fantasmas. No eres libre si diseñas tu vida con base en ellos y huyes cuando se te presentan, eso no es libertad amiga. Libertad es que elijas enfrentar tus temores y los sometes a tu voluntad, libertad es que decidas perdonar y perdonarte, que te animes a avanzar, que pruebes, que aciertes y te equivoques. Libertad es que te arriesgues a amar.

Roberto se fue, me dejó sola y perdida en sus palabras. Era cierto lo que había dicho: yo no era libre y nunca podría serlo. Todo lo que hacía era nada más que evadirme, tratar de esquivar los problemas, nunca afrontarlos porque los consideraba más grandes que mi capacidad de superarlos. Y ahora, ni siquiera valía la pena.

Pensé entonces en Darcy y en lo que había hecho por Elizabeth, Mariano también había hecho algo por mí al ayudar a Roberto. Era la primera vez que hacía algo que supusiera saltarse sus propias reglas, y era cierto, sabía que lo hizo por mí. Abracé mi libro y suspiré, deseando no ser más que un personaje

literario cuyo destino estaba asegurado, no me importaría cuánto sufriera en el camino si tan solo supiera que al final tendría un final feliz. Pero la vida real no era así y no había forma de adelantar capítulos para saber en qué acabaría.

Recordé de nuevo nuestros momentos juntos, abrí las palmas de mis manos y observé el sitio donde las suyas reposaron, sentí como si lo tuviera allí, conmigo. Quería pedirle disculpas, pero no esas disculpas que se regalan para cumplir, no esas que parecían fingidas, que no eran más que palabras carentes de significado. Quería pedirle disculpas desde el fondo de mi alma, desde un sitio que ni siquiera sabía que existía, un sitio que descubrí a su lado, uno que estaba lleno de paz y al que solo podía dirigirme cuando él me tomaba de la mano. Quería pedirle disculpas desde allí, desde el dolor que estaba sintiendo ahora por su ausencia y, sobre todo, desde el dolor que me causaba haberle hecho tanto daño, haberle fallado. No hay peor cosa que fallarle a la persona que amas, a quien confía en ti.

Caminé hasta mi casa, analizando cuán lejos puede encontrarse de repente alguien que hasta hace poco estaba tan cerca. Pero luego noté que, en realidad, tampoco fue mucho el tiempo que estuvimos cerca, tan solo fue intenso, mucho más real que todo lo que había vivido o conocido hasta entonces. Además, ni siquiera habíamos estado tan cerca, ¿o sí? Ni siquiera nos habíamos besado. Me quedé con las ganas de probar sus labios. Solía darme esos besos en la frente que me hacían sentir protegida y segura, y que me hacían desear sentir sus labios sobre lo míos, degustarlos, saborearlos. Sacudí mi cabeza, negando. No debí dejarme llevar así, todas las advertencias que se encendieron en mi mente me avisaron que terminaría sufriendo. De todas formas era mejor así para mí. No podía estar en una relación, y menos con un hombre como él, que de seguro estaba acostumbrado a miles de cosas que yo no le podría dar jamás.

Entré a mi sitio, dispuesta a estudiar y a concentrarme en acabar el maldito semestre para poder alejarme de esta pesadilla que helaba mi alma y desgarraba mi corazón. Ni siquiera tenía sentido, él y yo no éramos nada, y aquello había quedado en claro miles de veces.



25. Defendiéndote

MAKIANO

Las cosas volvieron a la normalidad, o eso quise creer, o mejor dicho, hacerme creer a mí mismo. Cuando uno vive tantos años ocultándose de todo y de todos, cuando uno se pasa la vida tratando de esconder —hasta de sí mismo— aquello que siente, es más fácil fingir que todo está en orden. Incluso cuando es la primera vez que mi corazón sintió todo aquello, que mi mente me llevó a ilusionarme, a soñar que quizá, después de todo, había alguien que podría amarme, que a lo mejor también yo podía merecerlo.

Me dolió enterarme de la verdad, y luego del golpe y la rabia, me sentí muy mal. Ámbar no actuó mal porque estaba enamorada del chico, lo hizo solo para ayudarlo. Me dijo que lo hubiera hecho también por mí. Me costaba entender este punto porque yo no tenía amigos que se arriesgaran por mí, no tenía a nadie que sacrificara su trabajo y sus estudios por hacerme un favor. Pero luego, medité un poco más: si ella hubiera necesitado algo, yo lo hubiera hecho también, sin pensarlo dos veces, aunque nunca fuéramos más que amigos. Y lo entendí.

La mañana del lunes decidí no presentar el informe, le dije a mamama que lo rompiera, que lo olvidara, ella no dijo nada, pero adiviné su felicidad, la conocía demasiado. Hablé con Solange y solicité un permiso para que el chico rindiera un nuevo examen que le diera la oportunidad de recuperar la nota. No quería perjudicar a alguien a quien Ámbar quería. Lo mandé llamar a mi oficina. Roberto entró atemorizado, seguro porque ya sabía lo ocurrido.

—Profesor Vargas, me dijeron que me mandó a llamar.

—Así es, Cabral. Tome asiento.

—Profesor, si es por lo del trabajo yo Solo no perjudique a Ámbar, ella no se lo merece, es una gran persona. Si quiere, puede culparme a mí, asumiré la

responsabilidad de lo que ella hizo. —Aquello me extrañó, el joven daría la cara por ella cuando en realidad él no había hecho nada. Eso debía ser de lo que Ámbar hablaba cuando me dijo que eran amigos. Me dio un poco de celos el saberla tan cerca de él; pero no porque tuviera celos de Roberto como hombre, sino porque anhelaba ese lugar, conocerla como nadie la conocía.

—Le voy a tomar un examen sobre estos temas —expliqué, pasándole unos papeles que Sonia me había preparado—. Estudie y preséntese aquí el viernes a las diez de la mañana. No diga nada de esto a nadie, Cabral. Podría estar en juego mi trabajo.

—Cuenta con ello, profesor —expresó emocionado—. Yo sé que lo hace por ella.

—Ella no debe saberlo, Cabral —dije con firmeza.

—Pero...

—Es todo, puede retirarse. —No quería escuchar nada sobre Ámbar.

El chico se levantó y caminó con parsimonia hasta la puerta. Una vez allí, y antes de abrirla, habló en un susurro lo suficientemente audible para mí.

—Ella está sufriendo mucho.

Saberla sufriendo me lastimaba aún más, pero ¿qué podía hacer ya? Estábamos alejados, y ni siquiera sabía si habíamos estado cerca alguna vez o si todo había sido solo una ilusión. Yo no sabía cómo actuar en estos casos, era un hombre grande, pero inexperto.

El martes por la tarde, estaba en la Universidad. No quedaban muchos alumnos, ya estaba anocheciendo. Salí de mi escritorio para llevar algunos papeles que me había entregado Sonia, debía dejarlos en la rectoría y luego iría a mi casa. Pasé por una de las aulas y escuché murmullos. Reconocí las voces de algunos alumnos y escuché mi nombre. Me quedé tieso tras la pared cercana a la puerta para oír qué es lo que decían.

—¿Entonces, Ámbar? Cuenta que es lo que sucedió con Galván —decía Martínez, uno de los chicos más problemáticos de ese curso.

—No molestes, estamos estudiando —ordenó Cabral, defendiendo a su amiga.

—Ah. ¿Y a ti quién te ha preguntado?, le hablo a Ámbar —respondió el chico, amenazante.

—No sucedió nada —dijo Ámbar con la voz tranquila. Escucharla hacía que mi interior se sobresaltara y mi corazón se estrujara—. Ahora tenemos que terminar esto para la exposición de mañana. ¿Podrían dejarnos en paz?

—Yo siempre creí que eso de elegir un asistente era más bien para comerse a las alumnas. Galván tiene esa pinta, ¿no les parece? —dijo uno

cuya voz no reconocí.

—¿Y los chicos? Porque también ha tenido asistentes varones —respondió Cabral con enfado.

—Ya quisieras tú que te eligiera —bromeó Martínez y entonces Ámbar le respondió de nuevo.

—¿Puedes dejarnos en paz?

—¿Se cansó de ti? ¿Eres mala en la cama? Galván nunca había despedido a nadie, Ámbar. ¿No lo hiciste bien?

Quería entrar a esa clase y pegarle un puñetazo en el rostro, desfigurarle por completo y hacerlo expulsar de la universidad. Pero entonces, recordé que era un docente y no podía reaccionar así, además no podía verlo, no atinaría si quiera a golpearlo.

—¡Eres un imbécil! —gritó Ámbar enfadada.

—Yo creo que es el profesor el que no ha de darle a Ámbar lo que necesita. ¿No es así, princesa? Te ves hermosa y yo podría darte mucho más que ese pobre imbécil. —Habló la misma voz que no pude reconocer y sentí rabia al escuchar aquello. Ya iba a entrar, estaba por hacerlo cuando escuché que uno de ellos emitía un grito ahogado.

—¿Qué te crees para hablar así de mí, de él? —Ámbar estaba gritando enfadada.

—¡Me rompiste los huevos, zorra! —gritó el mismo chico.

—¡Bien merecido lo tenías! —La defendió Roberto.

—¡Cállate, marica! Todo el mundo sabe que Galván está en esta universidad por lástima. No es tan bueno como creen o como él cree, solo lo contratan porque es ciego y esta universidad se jacta de ser inclusiva y toda esa estupidez.

—¡No vuelvas a decir eso de él o te mato, Ronald, ni siquiera tomas sus clases, no sabes lo bueno que es en lo que hace! —Ámbar me defendió y mi corazón quiso abrazarla, decirle que nadie nunca había dado la cara por mí antes.

—No pienso tomar una clase con un inútil incapaz de leer lo que escribo. —Otro sonido seco me llegó a los oídos.

—¡Mis ojos! —gritó el chico.

—¡Pues ojalá te haya golpeado tan fuerte para dejarte ciego! —dijo Ámbar y escuché ruidos de sillas y mesas. Pensé en huir de allí, pronto esos chicos saldrían del aula, pero no pude, la conmoción había inmovilizado todo mi cuerpo.

—Es un idiota, no le hagas caso —escuché la voz de Roberto—. Le has dado su merecido, mira que burlarse así. Pareciera que sigue en la primaria, primate inmaduro —murmuraba.

Su voz me decía que estaban muy cerca, le ordené a mis piernas que me sacaran de allí pero en el apuro y los nervios choqué con algo o con alguien. El olor a manzanas llenándome de nuevo, el calor de su cuerpo contra el mío, su respiración agitada.

—Yo hum no te no lo vi, profesor Galván —dijo y oí las risitas ahogadas de Cabral. La idea de ese alumno sabiendo lo nuestro me incomodaba.

—No, disculpe usted... Yo estaba pasando para la rectoría y disculpe.

—¿Ha... Ha escuchado algo? —preguntó mientras se apresuraba a separarse y juntar las hojas que al parecer habían caído al suelo.

—¿De qué? —fingí que no sabía de lo que hablaba.

—Nada... bueno, esto es suyo, adiós —dijo con premura y desapareció del sitio llevándose con ella su aroma, su piel y su calor. De nuevo, me quedé solo y con frío.



26. Despedida

ÁMBAR

Salí de allí corriendo, conmovida, echa un volcán en erupción. Todas mis emociones estaban mezcladas: la rabia y la ira contra esos ineptos se sumaban al aroma y el calor de la piel de Mariano tan cerca de mí; se arremolinaban en mi interior sin tregua. No lo soportaba más, las lágrimas se atoraban en mi garganta y formaban un nudo tan enorme que creía que, si no las dejaba salir, me matarían por asfixia.

Quería abrazarlo allí mismo, quería asegurarme de que no hubiera escuchado la sarta de idioteces que dijeron esos dos estúpidos. No quería que nadie lo lastimara, que nadie lo discriminara o le hiciera sentir mal. Fue entonces que caí en la cuenta de que había sido yo misma quien había hecho todo eso. Había sido yo quien le había generado todo el dolor que intentaba impedir que le hicieran los demás. Nadie puede dañarte, salvo por aquellos a quienes les permites hacerlo. Y él, al dejarme entrar en su mundo, al darme tanta confianza, me dio el poder de lastimarlo. Yo no medí las consecuencias.

Mis rodillas se aflojaron. Caí al piso, llorando. Ya había salido del campus y no sabía dónde me encontraba. Dejé que las lágrimas salieran, que se desbordaran. Una mano se posó en mi hombro y sentí su respiración agitada.

—No te pongas así, Ámbar, no tiene sentido. No sé si estás así por lo que dijeron esos idiotas o por haberlo visto. —Roberto se arrodilló a mi lado, estábamos en una plaza cercana a la universidad.

—Estoy así porque ya no soporto nada de esto, Rob. Voy a irme cuanto antes... No creo que pueda terminar el semestre.

—Eres todo menos cobarde, Ámbar. No huyas, no otra vez —rogó Roberto. Él sabía de todas las ciudades a las que ya había ido siempre huyendo de algo.

—No puedo, esto me está dañando. Nunca me había enamorado antes, no sabía que podía doler así. ¿Por qué a la gente le gusta enamorarse si el amor duele tanto? —sollocé, ya no podía seguir, sentía que el mundo se derrumbaba encima de mí.

—Nada es eterno, Ámbar. Esto también pasará, el dolor menguará y todo se solucionará —respondió con cariño.

Roberto me levantó de allí y me llevó a casa entre abrazos. No sé qué hubiera hecho sin él en esos días. Me cuidó de nuevo, me ayudó a estudiar a sabiendas de que, si no me obligaba, no lo haría. Di los exámenes y, no sé cómo, logré alcanzar el final del semestre. La libertad me llamaba una vez más, buscaría un nuevo espacio y una nueva vida, lejos del dolor que me provocaba todo esto.

Sonia se comunicó conmigo un par de veces para preguntarme cómo estaba. Me dijo que Mariano estaba sufriendo, pero a mí me parecía que estaba igual que siempre. Daba sus clases como si nada hubiera sucedido y ya había conseguido un suplente para mi puesto: Víctor, el chico del semestre pasado. Le consiguieron el permiso de volver a trabajar con él porque quedaba poco tiempo para que terminara el semestre, y porque él ya lo conocía y sabía cómo era el sistema. Los alumnos dejaron de cuestionarse el porqué me habían apartado del caso cuando un nuevo chisme cayó en la universidad y los distrajo. Era algo sobre unas fotos de una de las chicas más populares que habían circulado y se habían hecho virales. Me dio pena por ella, pero agradecí que la atención se disipara de mi vida.

Cuando todo terminó, decidí que era hora de partir. Aquella mañana de viernes me dediqué a preparar un bolso con lo necesario para iniciar mi nuevo camino. Odiaba cargarme con demasiadas cosas porque creía que eso solo dificultaba la marcha. Luego, decidí ir a ver a Mariano por última vez. No iba a despedirme de él, solo iba a darle las gracias por todo —además de mirarlo para guardar en mis recuerdos su imagen fresca, el aroma de su piel y la belleza de su sonrisa—.

Llegué a su oficina y sonreí al ver a Sonia allí, extrañaría a esa mujer que era tan alegre y cariñosa, la quería por todo lo que hacía por Mariano, por haberle brindado felicidad a su vida.

—¿Está? —le pregunté, y ella asintió. Pasé sin que le avisara, por miedo a que no me dejara entrar.

Mariano estaba concentrado, leyendo un libro en braille, sus manos paseaban por las páginas de forma rápida y ligera. Inconscientemente, me encontré anhelando ser esas hojas y sentir su tacto en mi piel.

—Mariano —saludé y lo vi tensarse—. Solo A-ahora que ya hemos acabado el semestre yo... q-quiero decirte gracias... por todo, lo que vivimos. Por darme la oportunidad de estar a tu lado... p-por lo que hiciste por Roberto... —Hablabla con dificultad y trataba de que mi voz no se oyera afectada por las lágrimas que intentaba contener.

—No lo agradezcas. Era lo justo —dijo con seriedad y frialdad. Dolió.

—Bueno... yo... uhm... me voy, solo vine para eso. —No encontraba las palabras para expresar lo que se me atoraba en el corazón.

—Ehmm... Ámbar. ¿Estás bien? —preguntó, ahora con voz trémula.

—Sí... No lo sé, en realidad. La culpa no ayuda mucho a que una se sienta bien. —Me encogí de hombros, nerviosa. Las lágrimas ya caían por mi rostro con suavidad, era bueno que no pudiera verme así de vulnerable.

—No... no quiero que Ámbar, ya olvídale. He entendido los motivos de tus acciones. Lo de Roberto lo hice porque lo comprendí. No puedo juzgarte, fue un error, pero lo hiciste por un amigo y no sé, solo pido que no te sientas culpable. Perdona si te ofendí, yo solo, me sentía tan...

—Traicionado, dolido. Creíste que te usé y que te humillé. Lo entiendo, Mariano, pero esa nunca fue mi intención. —Lo interrumpí y completé su frase.

—Gracias por defenderme el otro día, escuché lo que esos chicos dijeron. No tenías que hacerlo, todos hablan, es normal. No puedo pretender que todos los alumnos piensen bien de mí, eso es ilógico. —Hablabla algo rápido y podía sentirlo tenso.

—No me gusta que nadie hable así de ti. Ellos no te conocen, no saben lo que eres en realidad. No saben todo lo que vales —susurré, apenas pudiendo contener las lágrimas.

—Pero no debiste, pudieron lastimarte —añadió.

—Hay dolores más grandes que los dolores físicos, y ellos no podrían, ni aunque quisieran, producirme un daño así.

—¿Yo sí? —preguntó temeroso y tímido.

—Supongo que te di ese poder. Es mi culpa, no la tuya —murmuré.

—Deja de culparte, por favor —insistió.

—Adiós, Mariano. Debo irme —suspiré al entender que no lo volvería a ver.

—¿Podemos hablar luego? —Se animó a preguntar. No supe qué contestar, ya me iba, ya no había un «luego» para mí.

—Será mejor que olvidemos todo. —Fue lo único que pude decir. Lo vi asentir con tristeza.

—Lo siento, Ámbar. Me hubiera gustado que las cosas no terminaran así, pero entiendo que ya no quieras nada conmigo —dijo con la voz muy triste.

—Hace mucho que no hablamos, me evitas y me ignoras en los pasillos. No entiendo tu actitud actual, Mariano... Debo irme —insistí, ya no quería continuar con eso y ya no podía contener las lágrimas que querían fluir como una catarata.

—Yo solo...

—Adiós. —Era mejor así, sin explicaciones, sin motivos para quedarme, sin darle la vuelta a algo que no podría nunca terminar bien.

Salí del despacho y, para mi buena suerte, Sonia ya no estaba allí. Caminé con lentitud hasta afuera de la universidad donde me esperaba Rob para ir a la estación de trenes. Él me vio con tristeza y me abrazó en silencio.

—Me duele esta decisión que estás tomando y creo que es la equivocada. ¿Le dijiste que te vas? —inquirió.

—No, solo me despedí y le di las gracias. Me dijo que quería hablar luego, pero le dije que ya no era necesario.

Rob negó, no estaba de acuerdo.

—¡Ámbar! ¿¡Pero qué demonios estás haciendo!?! —preguntó ofuscado.

—No quiero sufrir más, Rob.

—Dios, estoy cambiando de opinión con respecto a ti. Eres cobarde, Ámbar. Como si cuando llegues a la nueva ciudad todo dejará de doler mágicamente —bufó enfadado.

—Ya. ¡Basta! Llévame a la estación y acabemos con esto de una vez —dije con determinación. La decisión estaba tomada.

Roberto negó con la cabeza, pero sabía que yo era terca y que no había otra salida.



27. A buscarte

MARIANO

Sentí que se iba y mi corazón se encogió en mi pecho, la estaba perdiendo. ¡La estaba perdiendo! Esto no podía ser real, esto no podía doler así. Había fingido todo ese tiempo que no me afectaba, había intentado sin éxito dejar de pensar en ella, en la suavidad de sus manos acariciando mis ojos, en su piel, en los labios que tanto quería probar.

Cuando entró esa tarde a agradecerme, noté tanto dolor en su voz que necesité preguntarle si estaba bien. Sabía la respuesta, no estaba bien, al igual que yo. Quería abrazarla y decirle que dejáramos de huir de lo que nos estaba carcomiendo. Quería pedirle perdón, y lo hice, pero no fue suficiente. No entendía por qué nos alejábamos, por qué nos empujábamos cuando era obvio que no era eso lo que deseábamos. La respuesta por mi lado era simple, yo tenía miedo, pero ¿y ella?

Quise que habláramos, pero ella me lo negó. Podía sentir que sus lágrimas caían, no la veía, no la tocaba, pero podía sentir la esencia de su alma, la tristeza quebrando sus barreras, borrando su sonrisa, la alegría que tanto me agradaba. Podía sentirla rendida, y eso me dolía.

Deseé correr tras ella, pero no lo hice. ¿Por qué?, no lo sé, por cobarde, tal vez. Recordé mil historias leídas en las que, luego de una despedida, el chico corría y buscaba a la chica rogándole una oportunidad. Ella lo aceptaba y vivían felices. Pero esto, ¿terminaría igual? No, claro que no, esto no era un cuento, era la realidad. Y la realidad me decía que en el mundo hay más corazones rotos que almas enamoradas y felices, que en el mundo hay más tristezas que alegrías. Porque eso me había demostrado a mí la vida, eso me había demostrado a mí mi vida. Se supone que las madres quieren a sus hijos, justo a mí la mía no me quiso. Se supone que las familias luchan por salir

adelante, justo a mí, la mía me abandonó. Se supone que los niños y los jóvenes, tienen amigos, justo yo, jamás los tuve. ¿Podía suponer entonces que la única chica de la que me había enamorado, me retribuirá aquello? No, claro que no. ¡Iluso!

La puerta se abrió de golpe, no sabía cuánto tiempo había pasado.

—Lo siento, no lo pude detener —dijo mamama entrando detrás. Aún no sabía de quién se trataba.

—Profesor Galván, por favor escúcheme —rogó Roberto Cabral. Su voz sonaba desesperada.

—¿Qué sucede? —pregunté buscando mi tono de voz normal, aquel que no denotaba mis estados de ánimo ni me delataba.

—Ámbar, se ha ido. La acabo de dejar en la estación de trenes, profesor. Yo no debía hacer esto, pero luego pensé que se lo debía a ella. Ella ha sido la única que se ha preocupado por mí, que ha estado allí, pero eso no es lo que importa ahora. —El joven estaba ansioso y hablaba rápido—. Profesor, ella está huyendo, es lo que siempre hace, huye cuando no puede manejar algo que siente, cuando algo la supera. Está huyendo de usted, o no de usted, de lo que siente por usted. Vamos profesor, usted no puede dejar esto así —insistió.

—¿De qué hablas? ¿A dónde ha ido? —pregunté con desespero.

—A otra ciudad. Usted no lo sabe pero a ella... le han pasado muchas cosas y... digamos que huye cuando no puede manejar algo. Es ridículo, lo sé, pero ella piensa que eso es ser libre. Es obvio que no lo es, pero eso no es lo que vengo a discutir ahora. Quiero saber si va a hacer algo por detenerla, profesor. —El chico sonaba ansioso y alterado.

—¿Por qué debería? —dije, no queriendo admitir mis sentimientos delante de un alumno.

—Mariano —murmuró Sonia, sabiendo que mi orgullo estaba arruinando mi futuro.

—Porque usted la ama y ella lo ama a usted. —El chico lo sentenció, seguro.

—¿Ella me...? —No quise preguntar, pero no podía seguir aguantando que mi corazón se quisiera salir de mi pecho de esa forma. Me levanté ansioso, las manos me sudaban.

—Ohhh, vamos, no me va a decir que no se dio cuenta de que ella está enamorada de usted. ¿Y quiere que le diga algo, profesor? ¡Ella nunca se ha enamorado de nadie! —exclamó ansioso, intentando convencerme.

Oír aquello fue el impulso que necesitaba, fue el combustible que hizo que mi sangre empezara a fluir como cataratas por mi cuerpo llenándome de

adrenalina. Ya estaba, era suficiente, debía jugarle por ella. Yo la amaba y ¿ella a mí también?

—¿Vamos? ¡Yo lo llevo! —exclamó Roberto.

—¡Ve, Mariano! —Me ordenó mamama.

Roberto me tomó de la mano y me estiró hacia la puerta, corrió y yo lo seguí sin pensar en lo extraña que se estaría viendo aquella escena. Llegamos a lo que parecía ser el estacionamiento de la Universidad. Entonces, él me pidió que subiera. No entendí, pero al oír el arranque de aquel artefacto supe que se trataba de una motocicleta.

—No, no puedo subir a eso. —Me mostré reacio, no había estado en una desde el accidente en el que perdí la vista. Todos esos recuerdos comenzaron a fluir en mi mente de tal manera que pensé que me volvería loco en cualquier instante.

—No llegaremos si nos vamos caminando o en taxi, hay demasiado tráfico. Profesor, suba, ella lo necesita, por favor —rogó.

La última frase fue lo que me dio el aliento para hacerlo, nunca sentí tanta oscuridad en mi vida como la de sumergirme en el miedo que me provocó volver a subirme a una moto después de tantos años. Estar allí, aferrándome con temor al cuerpo de ese chico me hizo remontar a aquel niño que un día fui, ese niño temeroso, lastimado y roto que se subió a una motocicleta, obligado por un hombre que no lo quería, que no se preocupaba por él y que lo dejó caer haciéndole perder algo que le cambiaría para siempre la vida.

—Ella lo ama, ella lo ama... Iremos por ella —insistió Roberto. Su voz se transformó en un bálsamo que me sacó del trance.

Ella me amaba, esta vez no iba en una moto en la que perdería mi vista, esta vez iba en una moto a recuperar a quien era y sería por siempre la luz en mis ojos dormidos.



28. Quédate

ÁMBAR

Roberto me dejó en la estación y se despidió diciendo que tenía una urgencia. Me sentí algo sola, aún faltaban cuarenta minutos para que saliera mi tren y yo pensé que él se quedaría conmigo, pero de repente se levantó y se fue. Supongo que no quería despedirse, no lo sé.

Cuando tren llegó, me coloqué en la fila para abordarlo. Respiraba con dificultad, sentía que moría con cada paso que daba y que me alejaba más de Mariano. Entonces oí su voz, o me pareció oírla llamándome en la distancia, pensé que enloquecía.

—¡Ámbar! —gritó y esta vez lo oí con claridad, me volteé a verlo y allí estaba. Su cuerpo parecía temblar ligeramente. Roberto estaba a su lado y, al verme, sonrió mientras ladeaba su cabeza para señalar a Mariano. Vi que colocó una mano en su hombro y le habló al oído, luego me hizo un gesto para que me acercara. Lo hice. Instintivamente y sin pensarlo, corrí hasta ellos.

—¿Mariano? —pregunté como si aún dudara de su presencia en ese lugar.

—Ámbar, Ámbar —repetía mi nombre y sus manos me buscaban, tanteando. Me acerqué a él y lo tomé de las manos, estaban sudorosas y frías. Él estaba desabrigado para el tiempo que hacía—. Vine por ti escúchame. No te vayas. ¿Recuerdas que te dije que me prometieras no enamorarte de mí?

—Lo recuerdo —respondí, asintiendo y acariciando sus frías manos en un intento por calentarlas.

Mariano temblaba. Supuse que habría salido así vestido del despacho sin pensar en el viento que sentiría al subir a la motocicleta. ¡La moto! ¿Roberto lo trajo en la moto? Lo miré, asustada, pero entonces él habló de nuevo.

—Te lo dije porque pensaba que estaba roto y que no podrías ser feliz a mi lado, pero no estoy roto, Ámbar, solo estoy... incompleto. Sé que tú también lo estás, nos necesitamos, Ámbar. Ya no quiero negarlo, estoy locamente enamorado de ti. No te vayas. —Su voz era dulce y suplicante.

Eso bastó para me colgara por su cuello. Él envolvió sus manos en mi cintura y yo me acerqué a sus labios, hambrienta, deseosa, ansiosa por probar por fin el sabor de ese hombre que me tenía hechizada.

Sus labios se acomodaron a los míos al instante, eran dulces y estaban fríos, me parecía estar comiendo un delicioso helado que se derretía en mi boca y acariciaba mi lengua. El beso se volvió más fiero, eran demasiadas ansias, demasiado tiempo acallando nuestra necesidad. Nos olvidamos del mundo, éramos solo él y yo unidos por el calor que emanaba de nuestras bocas e inundaba nuestra alma entera. Mi lengua buscó la suya y atacó con fuerzas adentrándose en su boca, él respondió al gesto recorriendo la mía, investigándola con suavidad y rudeza, con amor y pasión.

—Yo sé que ustedes bueno, pero estamos en público. —Escuchamos la voz de Roberto como un eco llamándonos a la cordura. Mis manos se enredaban en sus cabellos y él había echado mi gorra mientras enrollaba sus dedos en mis rizos. Todo mi cuerpo se estremecía en una sensación nueva, profunda y placentera que nunca antes había sentido. Miles de estrellas brillaban en mi interior, picoteando mi piel, haciéndola delirar y despertando dentro de mí a un monstruo al que temía con todas mis fuerzas: al deseo. Mi piel necesitaba que sus manos siguieran explorándome, mis terminaciones nerviosas se tensaron y sentí cosquilleos en sitios que pensaba muertos, oxidados, demasiado rotos para sentir—. ¡Chicos!

Roberto nos separó y entonces me giré sonrojada y acalorada a ver que las personas nos observaban. Sonreí ante aquello, no me importaba en lo absoluto. Algunas mujeres mayores cuchicheaban y otras más jóvenes nos señalaban entre suspiros.

—Será mejor que nos vayamos y ustedes se consigan un lugar más íntimo para apagar el fuego —habló Roberto. La cara de Mariano se enrojeció.

—Oh, disculpe, Cabral... es que...

—Ya, ya profesor, a mí no me tiene que explicar nada. Deje de pedir disculpas. Los dos dejen de hacerlo y dedíquense a vivir, que buena falta les hace. Yo los dejo aquí, allá pueden tomar un taxi —me señaló la parada—. No puedo llevarlos a los dos en la moto, pero les recomiendo vayan a un lugar más tranquilo, al menos si piensan seguir con esa efusiva demostración de

cariño, por decirlo de alguna forma, porque hasta a mí me ha entrado el calor ya —bromeó.

Vi la cara de Mariano desfigurarse ante la vergüenza. Le rogué a Roberto con señas que se detuviera. Él solo sonrió y, luego de darme un beso en mi acalorada mejilla, se despidió con las manos y con un golpecillo en el hombro de Mariano.

—¿Hemos hecho un papelón aquí? —preguntó mientras me tomaba de la mano.

—¿Te importa? Me has dado el beso más intenso y hermoso de toda mi vida. Al diablo con los que tuvieron el honor de presenciarlo —sonreí e hice puntillas para darle otro pequeño beso—. ¿Sabe hace cuanto quería probar sus labios, profesor Galván? —pregunté, susurrándole al oído. Él sonrió, dejándome ver la sonrisa que yo tanto amaba.

—¿Hace cuánto, señorita Vargas?

—Podría decirle que desde siempre. Nunca pensé que un beso podía ser tan fantástico, Mariano, solo solía leer acerca de ellos. Siempre lo anhelé, aun sin conocerte soñé con este momento... Gracias por hacerlo realidad.

—Ámbar moría por besarte —lo admitió—. Muero por seguir haciéndolo.

—Vayamos a tu lugar entonces. —Le propuse—. Además de más besos, tenemos que hablar, Mariano, hay algo que debes saber.

—Okey, pero no me asustes. ¿No te irás? ¿No me dejarás? —cuestionó, inseguro.

—No. No podría aunque quisiera. Pero aún no te he contado por qué estoy rota yo —dijo con timidez.

—Rota no incompleta, recuérdalo. Y sea lo que sea, yo estaré allí para ti, para completarte —añadió. Sentí que su voz calentaba mi alma.

—Te amo. —Lo admití. Decirlo en voz alta sacaba miles de espinas que yo había colocado en mi corazón.

—¿De veras? —preguntó ese niño lastimado y abandonado que Mariano tenía dentro y que solamente yo conocía.

—Te amo... de veras, como jamás pensé que podría amar a alguien —afirmé.

—Yo también te amo, Ámbar. Reviviste mi corazón, llenaste de luz mi oscuridad —dijo con voz dulce.

Luego de darnos un abrazo más, uno intenso y profundo, decidimos tomar un taxi que nos llevara a su casa. Mi departamento lo había perdido cuando decidí desalquilarlo para viajar, así que debería encontrar un nuevo sitio para mí. Mientras tanto, no quería separarme de él ni un minuto más, no quería

perderlo ni huir, no quería alejarme. Quería abrirle mi mundo, dejarlo entrar, contarle mis temores, mi pasado y mis traumas. Quería que lo supiera, aunque eso quizá lo alejara, quería que supiera a qué debía atenerse. Me daba miedo, sí, pero quería hacerlo lo necesitaba.

En el taxi, lo observé, miré con detalle sus facciones desenfadadas y la sonrisa que no se le borraba del rostro. Yo también estaba en las nubes, él me tomaba de la mano y me acariciaba con dulzura. Ese toque tan íntimo y que tanto había anhelado despertaba miles de mariposas en mi interior. Me acerqué y le llené la mejilla de besos, los labios, la nariz. Le pregunté por qué había salido tan desabrigado, temía que enfermara. Él, sonriendo, me dijo que parecía una madre, que no me preocupara, y que Roberto no le había dado tiempo de tomar su saco, pero que no le importaba. Yo lo abracé, me saqué la bufanda y se la enrollé al cuello, lo estiré luego para besarlo de nuevo. Él me tomó por la cintura y me sentó en su regazo. Lo abracé y recosté mi cabeza en el hueco de su cuello. Él besó mi frente y todo el temor de mi alma se disolvió en la seguridad de saberme amada por el hombre al que yo también amaba.



29. Mi pasado

MARIANO

La tenía en mi regazo, acurrucada contra mi pecho. Podía sentir su aroma impregnando mi alma, podía acariciar su espalda y sentir sus labios rozando los míos. Con la punta de su nariz recorría mi rostro en caricias suaves, absorbiéndome por completo y yo, me sentía emocionado, feliz y ansioso.

Nunca había experimentado esta plenitud a la que te transporta el poder amar y sentirte amado. Nunca había pensado que yo podría sentir aquello que estaba escrito en los libros. Jamás imaginé que yo tendría mi propia historia de amor.

Cuando llegué a la estación, estaba helado, temblaba de frío y de miedo, por la ansiedad y por el temor que me producía la posibilidad de fracasar, de humillarme en público ante gente que me podía ver; después de todo. Roberto me guio hasta un lugar y luego se detuvo; allí, puso su mano sobre mi hombro y me dijo al oído que si hablaba desde allí, Ámbar me escucharía, que ya me estaba viendo.

Eso solo hizo que me temblaran aún más las entrañas, ya no sabía si era a causa del frío por salir desabrigado o el miedo al rechazo que se había apoderado de mí. Decidí no pensarlo, decidí que la quería conmigo y que debía jugarle por ella. Hablé, grité y, en la oscuridad de mi vida, esperé una reacción. Lamenté no poder ver su rostro cuando le dije aquello, pero podía sentirla cerca. ¿Se vería feliz?, ¿sorprendida? ¿Le habría gustado? ¿Se iría a pesar de todo?, ¿me rechazaría?

Un apretón amistoso en mi hombro me hizo entender que lo había logrado y, de repente, todo el calor de su cuerpo y su presencia invadieron mi espacio. Me besó. Ámbar comenzó y yo la seguí. De la forma más romántica y apasionada posible, nos enredamos en el beso que ambos habíamos anhelado

por tanto tiempo. Fue un momento mágico porque me entregué al acto, a Ámbar, se trataba de algo que nunca antes había hecho. Además, sentir su sabor era un éxtasis; sentir la textura de sus labios, de su lengua, era el manjar más delicioso que hubiera imaginado. Mis sentidos estaban plenamente alterados.

Luego de interminables expresiones de tierno y dulce cariño en el taxi, llegamos a casa. Cuando entramos, saludé a Barny —el portero— y después me dirigí al ascensor. Tuve la sensación de que había pasado una vida desde que estuvimos allí, juntos por última vez, cuando me había enfermado. El ascensor estaba vacío y Ámbar se aferró a mí, besando mis labios con pasión e intensidad. La recosté contra una de las paredes y, tomando su rostro entre mis manos, continué con el beso, devorándola.

Las puertas se abrieron y, riendo como un par de adolescentes hormonales, descendimos tomados de las manos. Llegamos pronto al departamento, abrí la puerta y entramos con prisa. Cerré con llave a nuestras espaldas y llevé a Ámbar hacia el sofá. Ahora yo estaba en mi espacio y sabía dónde se encontraba el mobiliario. Me senté y la senté a ella de nuevo en mi regazo, al igual que cuando veníamos en el taxi. La abracé con fuerza, como si abrazara su alma, como si quisiera unirme a ella por el resto de mis días.

—Por Dios, Ámbar yo estoy enamorado y... —No dije nada más, me daba vergüenza admitir que, a mi edad, era la primera vez que sentía todo aquello.

Ella no respondió. Seguimos abrazados, nos besamos un montón de veces más, explorándonos, respirándonos. Acaricié su rostro y paseé mis dedos por su sonrisa. Me dijo que estaba feliz.

Luego de un buen rato, no sé si fueron minutos u horas, decidimos que teníamos hambre. Llamé al *delivery* de pizzas porque no deseábamos salir, no queríamos separarnos. Y después de hacer el pedido por teléfono, ella me habló con dulzura:

—Mariano, hay muchas cosas que debes saber.

—Lo entiendo, pero puedes decírmelas cuando te sientas preparada para hacerlo, no hace falta que te presiones. Sabes que nada de lo que me digas me hará cambiar lo que siento por ti —respondí con ternura, quería darle confianza.

—No estés tan seguro. De todas formas, creo que cuanto antes lo saque de mi interior, mejor... Por cierto, ¿puedo quedarme aquí esta noche? Ya no tengo donde estar, liberé el departamento.

—No pensaba que fuera de otra forma, Ámbar. Y con respecto a lo de hablar, te escucho. Cenemos primero y luego conversaremos tranquilos, ¿quieres? —La besé en la frente porque la notaba ansiosa.

—Me parece genial.

Cuando llegó la *pizza*, Ámbar y yo nos movimos al mismo tiempo y con tanta coordinación que parecía que convivíamos desde hacía tiempo. Yo saqué los platos, ella buscó vasos y servilletas, los colocamos en la mesa y, en cuestión de segundos, todo estaba listo. Comimos entre sonrisas; le conté lo mal que me sentí cuando se fue y cómo Roberto me instó a que la buscara. Le debíamos esto al chico, había que aceptarlo. Teníamos muchas cosas que decirnos, pero había tiempo, teníamos mucho tiempo.

Cuando terminamos de comer, ella quiso lavar los cubiertos, pero la convencí de que lo dejara. No era momento para esas cosas, ya lo haría yo después. La llevé de nuevo a la sala y nos sentamos uno al lado del otro. El silencio nos invadió, había llegado su hora de hablar, pero yo no pensaba presionarla, ella debía hablar cuando se sintiera lista. Busqué entonces su mano, aquella que me hacía sentir tan pleno y seguro. Aguardé.

—Mariano... yo fui abusada cuando niña. Desde los tres hasta los seis años, repetidamente abusaron de mí. —Pude sentir su corazón partirse en miles de pedazos al pronunciar esas palabras, sentí sus lágrimas caer como si las pudiera escuchar golpeando contra la superficie del sofá. Sentí su vergüenza al admitirlo, sentí el dolor de sus palabras. Me quedé inmóvil, ¿cómo alguien podría hacer eso con una niña tan pequeña?

—Tranquila, no tienes que contarme si no quieres. —La consolé.

—Sí, quiero... solo es difícil, nunca se lo conté a nadie. Es decir, Rob sabe lo que pasó, pero no los detalles...

—Pero no quiero que te sientas mal... —insistí, abrazándola.

—Necesito hacerlo...

Asentí y esperé en silencio a que continuara.

—Soy hija única. En ese entonces vivía en una casa grande con mis padres, mis abuelos y mis dos tíos, hermanos de mi madre. La casa era de los abuelos y creo que el plan era quedarnos allí hasta que mis padres se independizaran. Mi mamá trabajaba mucho y mi papá también, yo me quedaba con la abuela y con los tíos. Uno tenía veinte y el otro diecisiete. —Se detuvo y aspiró para tomar fuerzas; yo apreté más fuerte su mano—. Yo no recuerdo mucho, solo los últimos episodios porque ya era mayor. Mi tío, el de veinte años, era quien más jugaba conmigo, pero a veces, me llevaba al depósito del abuelo y allí me hacía cosas. Recuerdo que mi abuelo tenía

muchas cabezas de animales en ese sitio, era donde guardaba sus cuestiones de cacería, para mí era un sitio tenebroso, lleno de animalitos muertos con ojos de vidrio que parecían presenciar todo aquello.

—Dios, chiquita. —La atraje hasta mí y la envolví entre mis brazos; pude sentir sus lágrimas en mi cuello.

—Aquella tarde le dije que no quería más jugar a ese juego que él me obligaba. No quiero recordar todo lo que me hacía hacer, duele mucho. Simplemente le grité y le dije que iría a contarle a mi abuela que él era malo conmigo. Me sujetó por los hombros zarandeándome y dijo que si yo abría la boca, él usaría el arma de mi abuelo para convertir mi cabeza en una de esas cabezas colgantes que estaban en el sitio. Me puse a llorar y él me obligó de nuevo. Me sometió y me lastimó mucho en esa ocasión específicamente, porque estaba enfadado.

»Yo tenía mucho miedo, temía a lo que me había dicho que haría, era solo una niña pequeña. Estaba muy adolorida, pero mi padre llegó antes del trabajo aquella tarde y me llevó a la plaza. Yo me sentí feliz de poder salir de ese sitio y traté de no pensar en el dolor. No quise jugar demasiado, subir a los juegos me hacía doler. Cuando volvíamos, él notó que mis pantalones estaban manchados. Me preguntó si me había lastimado y le respondí con mucha vergüenza que no. Dijo que iríamos a buscar a mamá para que me revisara, pero yo no quería. Tuve un ataque de histeria por el miedo a pensar que lo descubrirían y mi tío me convertiría en una cabeza colgante. Mi padre se dio cuenta de que algo sucedía y logró, no sé cómo, sacarme la información. Le dije que el tío me había lastimado.

»Se puso como loco y me llevó a la clínica. La doctora le confirmó sus temores y entonces según él me contó después, su mundo colapsó. Me dejó en lo de su madre y fue a la casa a buscar a la mía. Le contó lo sucedido y luego golpeó a mi tío hasta casi dejarlo inconsciente. Terminaron en la comisaría, mi papá fue arrestado por un día por agredir a mi tío, pero nadie quiso hacer la denuncia por abuso infantil. Mi madre le pidió a mi padre que no se apurara, que eso sería el caos para su familia. Ella intentó que él callara, pero mi padre no lo hizo, mi papá denunció a mi tío y presentó todas las pruebas. También solicitó mi tenencia, y cuando se logró confirmar que yo había sido en efecto abusada sistemáticamente y por varios años, se la dieron.

»El juicio fue largo y pasé por muchos psicólogos y cámaras Gesell. Me apartaron de mi familia, me dejaron con los abuelos paternos mientras tanto. Aún recuerdo la tarde en que le dieron la tenencia a mi padre: vino corriendo y llorando con un papel en la mano. Me abrazó fuerte, me levantó por los

aires y me prometió que ya todo estaría bien, que nunca más me sucedería nada malo. Mi papá sentía tanta culpa por no haberlo evitado que su corazón nunca volvió a juntarse. —Ámbar narró todo aquello entre sollozos que sonaban lastimeros y que partían mi alma en miles de pedazos. Nunca pensé que el pasado de alguien podría dolerme tanto.

—Gracias a Dios, tu papá estuvo allí para ti —comenté, y ella asintió.

—Viajamos. Papá juntó nuestras cosas y volamos lejos, para empezar de nuevo y dejar atrás todo el dolor. Mi madre, aunque tenía permiso para verme, no vino nunca; no sé por qué prefirió defender a su hermano en vez de a su hija, pero lo hizo así. Mi padre intentó cubrir su lugar y que yo volviera a sonreír. Jugaba mucho conmigo, me llevaba a pasear, me compraba lo que quisiera y, además, me hizo continuar con el tratamiento psicológico por mucho tiempo. Pero yo... yo solo guardé en el fondo de mi alma todo lo sucedido y me prometí salir adelante en otras cosas, olvidando el pasado.

»Al principio, fue fácil. Hice nuevos amigos y fui una niña normal. Eso de viajar y empezar de nuevo había funcionado. Cuando llegó la adolescencia, empezaron los problemas. No puedo, no quiero disfrutar del sexo, le tengo mucho miedo —dijo en un susurro temeroso—. Digamos que me mentalicé que no lo necesito. Tuve algunas parejas, pero nunca me enamoré, por el mismo miedo que me daba hacerlo. Enamorarse implica entregarse y yo no puedo entregarme. Estoy rota, incompleta lastimada. Simplemente es algo más fuerte que yo. El sexo y todo eso siempre me dio asco, repulsión. Cuando gustaba un chico, era de forma platónica; si se hacía real, yo huía, no quería llegar a nada —admitió con la voz rota, pude percibir el temor en sus palabras.

—Ámbar, no te preocupes. —Besé su frente y esperé a que continuara, acaricié sus cabellos con dulzura.

—Tú has cambiado mi mundo. A tu lado siento muchas cosas, tú despiertas demasiadas sensaciones y emociones en mi vida, en mi piel, en mi alma. Pero no sé si llegado el momento yo podré. No lo creo, no creo que pueda, Mariano. Y no sería justo para ti. Además, eres un hombre que seguro está acostumbrado a estar con distintas chicas, eres muy guapo —hablaba rápido y con tono nervioso.

—¿En serio piensas eso? ¿Qué estoy acostumbrado a estar con chicas? —pregunté confundido—. ¿Por qué?

—Eres guapo, un profesor. Todas las alumnas quieren estar contigo —dijo ella casi en un murmullo inseguro.

—Las apariencias engañan. Pero ya que me dices todo esto, voy a contarte un secreto un tanto vergonzoso. No he estado nunca con nadie, Ámbar... No de esa forma —admití.



30. Sanando

ÁMBAR

Se lo dije, me armé de valor y se lo dije. Mientras lo hacía, me imaginé que mi interior era como una vieja pared llena de pinturas de distintos colores, una encima de otra. Durante toda mi vida he ido pintando esa pared, llenándola de un color y luego de otro, y así, ocultando lo que en realidad había tras ella: una niña miedosa, asustada, llorosa y angustiada. Alguien que teme vivir, que teme sentir, que teme ser dañada otra vez. Esa pared se iba descascarando capa por capa mientras yo le iba abriendo mi corazón a Mariano.

Él estaba allí, quieto, pero no lo notaba incómodo. En algún punto me abrazó y yo me quebré. Lo que le contaba era pesado y doloroso, demasiado íntimo. Lo había enterrado hacía mucho tiempo y era la primera vez que lo afrontaba luego de ocultarlo por varios años.

Cuando le dije lo que pensaba de él, me dijo que no había estado nunca con nadie. Al principio no lo entendí, eso no podía ser real, ¿o sí? ¿Cómo? ¿A su edad? ¿Siendo tan guapo?

—¿Qué? —pregunté, confundida.

—Así como lo oyes, Ámbar. No soy una persona social y tú sabes que mi mayor miedo es que me fallen, que me humillen y que se burlen de mí. Pensaba que si me enamoraba, me expondría a ello; además, nunca me fue fácil relacionarme con las chicas, y no quería exponerme. Simplemente dejé eso de lado. Me enfoqué en el intelecto y no en el cuerpo. —Parecía avergonzado.

—Eso es... un tanto increíble —dije, sonriendo con timidez porque se veía muy tierno.

—Lo sé y me avergüenza admitirlo —añadió.

Lo besé con ternura.

—¿Por qué? No deberías, siempre odié esa presión que nos dice que debemos experimentar todo cuanto antes. Supongo que para los chicos es peor. Yo tuve que fingir que todo estaba bien delante de mis amigos —dije, y luego acaricié su mejilla con cariño.

—Mira, Ámbar, yo... siento mucho lo que tuviste que vivir e imagino el trauma tan enorme que una cosa así te pudo dejar, además del abandono de tu madre que yo lo puedo entender perfectamente. Pero ya no estás sola, tú y yo somos como dos niños pequeños que están lastimados, escondidos, abrumados, confundidos. Ahora estamos juntos y esos niños asustados que viven dentro de nosotros se tomarán de las manos, se limpiarán el barro y saldrán adelante juntos. Si tú me lo permites —dijo, su voz me daba paz.

—Pero tengo miedo de no poder ser lo que necesitas en ese aspecto... —admití, exteriorizando mi mayor temor.

—Solo necesito de ti, de lo que eres ahora y de lo que quieras ser a mi lado. Si tú me permites abrazarte, yo ya me siento completo, no necesito nada más.

Entonces, como si atrás de aquella pared de la que hablaba antes hubiera estado atajado un río, se desbordó todo en mí, rompiendo en pedazos mis últimas barreras. Me puse a llorar como esa niña que un día fui nunca lloró. Saqué en lágrimas los pocos recuerdos horribles que tenía en mi mente y aquellos que sabía que se habían quedado marcados con fuego en mi subconsciente, aunque no los recordara; lloré como si esas lágrimas pudieran limpiar mi alma, mi vida, mi mente. Lloré en sus brazos como si fuera una niña perdida. Mariano me cargó y me llevó a su habitación, me recostó en la cama con cuidado y se acostó a mi lado. Sí, me llevó en sus brazos, a ciegas, y nada se sintió más seguro que aquello. Ya en la cama y abrazados, secó las lágrimas que no dejaban de salir y me besó en la frente, en las mejillas y en los labios.

—Llora todo lo que desees, desahógate yo estoy aquí.

No recuerdo cuándo me quedé dormida, pero al despertar, seguía en la misma posición, con sus brazos alrededor de mi cintura; dormía profundamente. Todo su cuerpo estaba pegado al mío, me encantaba esa sensación. Me sentí liviana. Por primera vez, pensé que quizá, vencer mis traumas no sería del todo imposible, no al lado de este hombre que me cuidaba y se preocupaba por mí, que me sanaba al mismo tiempo que yo lo sanaba a él. Me quedé allí casi sin moverme, solo para sentirlo y disfrutar de

su calor corporal, de su respiración rítmica, relajante. Le conté todo y él no huyó, le abrí mi corazón y no se asustó, se quedó a mi lado y me consoló.

Lo sentí moverse. Levanté mi mano para acariciar su mejilla, la cercanía me agradaba, se sentía íntima y correcta, como si no existiera mejor lugar en el mundo que entre sus brazos. Los ojos de Mariano estaban cerrados, pero vi una sonrisa formarse en sus labios cuando notó que lo miraba y me pegaba a su cuerpo.

—¿Dormiste bien? —preguntó, todavía con los ojos cerrados y acariciando suavemente mi espalda.

—Mejor que nunca —susurré—. Me siento liviana y descansada.

—Yo también he dormido muy bien a tu lado —sonrió aún más y besó mi frente.

—¿Entonces? ¿Qué haremos ahora? —pregunté mientras recorría mis dedos por sus facciones en suaves caricias.

—Ahora estamos juntos, no podrás volver a ser mi alumna —afirmó.

—¿Pero que estemos juntos no te causará problemas en la universidad? —pregunté con temor.

—No si no eres mi alumna, deberás tomar las clases que yo dicto con otro profesor.

—Voy a perderme tus clases tan geniales y magistrales, además todos dicen que el otro profesor es aburrido, por eso tus clases están llenas —me quejé.

—Yo te daré clases particulares de lo que tú quieras —bromeó sonriente. Me encantaba verlo sonreír, sentirlo feliz. Eso me hacía feliz también a mí. Sus bromas de ese estilo no me molestaban, no me hacían sentir incómoda. Por el contrario, me hacían sentir bien.

Nos levantamos luego de unos cuantos besos y caricias suaves. Él preparó el desayuno mientras yo lo observaba ir y venir con total libertad y confianza por la pequeña cocina de su departamento. Encontraba todo, no se le caía ni se le derramaba nada, realizaba las tareas a la perfección mientras yo lo miraba, mientras lo admiraba. Este hombre me tenía en sus manos, estaba enamorada de él, lo admiraba, me gustaba, lo amaba. Tuve en aquel momento la certeza de que nunca volvería a sentir algo así por nadie y que no quería que nada malo le volviera a suceder. Yo deseaba hacerlo feliz y haría lo que fuera para lograrlo.

Desayunamos mientras él me explicaba cómo funcionaban sus sentidos, cómo era capaz de responder a ruidos y sonidos mucho más que una persona vidente, porque los tenía mucho más entrenados. Me comentó que le costaba

adaptarse cuando algo cambiaba de lugar y que, por tanto, el orden debía reinar en su casa. Debía anotar aquello, el orden y yo no nos llevábamos demasiado bien. También me dijo que tenía el tacto muy desarrollado, ya que era su forma de saber cómo eran en realidad las cosas.

—La primera vez que toqué tu rostro, fue mágico para mí —me contó—. Deseaba tanto hacerlo, deseaba ponerle una forma a tu voz.

—También fue mágico para mí —admití al recordar la escena.

—Tu piel es suave y cálida. Me gustas mucho, Ámbar —sonrió.

—A mí también me gustas, Mariano. Me gusta todo de ti.

—¿Incluso mis ojos? —inquirió en un susurro.

—Me encantan tus ojos —dije acercándome a besarlos uno por uno. Él sonrió y me abrazó, estirándose para que me sentara en su regazo. Envolví mis brazos alrededor de su cuello y escondí mi cabeza allí para respirar su aroma—. Te amo como eres no te cambiaría nada —susurré.

—Yo también te amo, Ámbar. Gracias por quedarte, por no huir de esto.

—Es más fuerte que yo, me tienes atrapada —susurré cerca de su oído.

—No, no quiero atraparte, sé cuánto amas la libertad y quiero que seas libre a mi lado —dijo.

Lo abracé con fuerza.

—Nunca me he sentido tan libre como ahora. Estoy feliz... de verdad.



31. Nuestro Tiempo

MARIANO

Los días pasaron, colmados de magia y alegría, cargados de la plenitud que solo sienten aquellos que están enamorados. Nada me apetecía más que estar con Ámbar todo el día: compartir con ella, conversar, recostarme a su lado y disfrutar de buenas novelas; solíamos leernos libros el uno al otro, capítulo a capítulo.

Ámbar quería aprender braille, así que yo le enseñaba lo básico, era divertido para ambos y nos unía más que nunca. Antes de que terminaran las vacaciones, visitamos a las hermanas y les contamos que estábamos juntos. Se alegraron muchísimo y nos desearon lo mejor, además hicieron comentarios sobre lo de que ya prepararían la boda y demás. Nosotros solo reímos, incómodos.

Cuando las vacaciones terminaron, regresamos a la universidad. Lo primero que hice fue acercarme al rector e informarle sobre mi situación con Ámbar, lo que pareció asombrarlo bastante. Luego, me recordó que ella no podría ser mi alumna y entonces me pidió reserva y cautela en el ambiente educativo, para evitar comentarios entre los alumnos y demás. Después de todo, la misteriosa forma en la que ella había dejado de ser mi asistente el semestre pasado, había estado en boca de todos y ahora habría más motivos para especular hipótesis. Cosa que en realidad, me importaba poco.

Ámbar y yo éramos buenos en eso de disimular, así que la situación no sería demasiado complicada. Admito que se me hacía un poco difícil acercarme a ella en los recesos y no poder darle un beso. Pero habíamos preferido mantenernos así. De todas formas, a veces ella se colaba en mi despacho para compartir algunos besos y caricias furtivas.

Nuestra relación era hermosa, nos complementábamos de una forma tal que me sorprendía a mí mismo que hubiera una persona en el mundo que parecía haber sido creada para mí, y yo para ella. Con Ámbar a mi lado, me olvidaba de todo lo malo que había vivido, de mis miedos y de mis limitaciones. Lo único que quería era hacerla feliz y saber que yo podía hacerla sonreír.

Aun así, me cuidaba; solía ser sutil en mis caricias y en mis roces, no quería que ella se sintiera mal, no quería hacer nada que le hiciera pensar que buscaba algo que ella no estuviera dispuesta a darme. La necesitaba, sí, deseaba llegar a más, por supuesto era un hombre enamorado. Además, quería palparla, descubrir el cuerpo que no podía ver. Mi vista era el tacto y yo quería saber cómo era ella, pero no haría nada que pudiera lastimarla.

Estábamos en la cama, leyendo como siempre lo hacíamos. Ella, metida en su libro; yo, en el mío. La cercanía de su calor y su presencia era todo lo que necesitaba para sentirme pleno. Era domingo, cerca de las siete de la tarde. No habíamos salido en todo el día. Nosotros éramos así, diferentes. Nos gustaba estar encerrados, hablando o en silencio, haciendo algo o haciendo nada, despiertos o durmiendo. Era como si el mundo mismo hubiera dejado de existir para ambos y nos hubiéramos encerrado en una burbuja en la que solo nos necesitábamos el uno al otro para respirar, para seguir. Hasta las horas de trabajo o de estudio se dificultaban a veces. Yo no necesitaba nada más que tenerla conmigo para sentir que todo estaba perfecto.

La sentí dejar su libro a un lado y acercarse a mí. Se acurrucó a mi costado y entonces, dejé también mi libro a un lado. Separé mi brazo para abrazarla y ella colocó su cabeza en mi pecho; acaricié sus cabellos y absorbí su dulce aroma, dejándome inundar por el calor que emanaba de su piel pegada a la mía.

No hablamos, no fue necesario. Ella metió su mano bajo mi remera y la recostó en mi abdomen. Yo me quedé allí, sintiendo sus suaves caricias que apenas parecían el toque de una pluma. Mi piel se estremecía ante su tacto. Bajé mi mano por su espalda y busqué el lugar donde terminaba su camiseta, metí mi mano para tocar su piel, le hice ligeros masajes en círculo y la besé en la frente.

Nuestras pieles se llamaban, se necesitaban, se buscaban. Subí y bajé con lentitud desde su cuello hasta su cintura mientras sentía la estela de estrellitas que mi toque levantaba a su paso. Siempre me limitaba a acariciarle la espalda, el brazo, la cabeza. Nunca había pasado de allí por miedo a

lastimarla, a que no estuviera lista. Pero algo en esta ocasión era distinto, ella se acercaba a mí, la sentía deseosa, podía sentir su necesidad.

—Roberto me dijo que debería probar —zanjó entonces al fin.

—¿Probar qué? —pregunté, para asegurarme de que estábamos pensando en lo mismo.

—Avanzar...

—No debes escuchar a nadie, solo a ti misma. Lo sabrás, sabrás cuando estés lista.

—¿Y si ese momento nunca llega? Eres hombre, debes tener tus necesidades —añadió con voz trémula.

—Mira no quiero que pienses en que nunca llegará, pero no es porque yo esté ansioso de que suceda. No puedo negarte que me encantaría vivirlo todo contigo, pero eso no entorpecerá tu proceso. Tienes que ir lento y seguro, yo estaré aquí para caminar a tu lado, no para apurarte. No tengo experiencia, he atravesado toda una vida sin esa clase de situaciones, así que puedo vivir un poco más. Además, sé que cuando suceda será hermoso para ambos. Quiero que sepas que lo único que quiero es hacerte feliz, Ámbar. Me crie en un convento, recuérdalo, me enseñaron a esperar y a dignificar el acto sexual como algo que no se hace con cualquiera, sino con la persona que eliges para pasar el resto de tu vida. Me gusta creer que te he estado esperando —añadí con una sonrisa.

—Eso es hermoso. Yo me crie creyendo que el sexo era algo malo, sucio, turbio. Que mi cuerpo solo servía como un objeto para darle placer a otra persona. No me enseñaron a dignificar mi cuerpo porque lo usaron aun cuando no tenía consciencia de ello. Me crie pensando que algo malo tuve que haber hecho para merecer lo que me sucedió —añadió con tristeza y algo de dolor en la voz.

—Las cosas pasan, no porque las merezcamos o no. Trata de no pensar así, para mí no eres un objeto, nunca lo serás. Amo tu alma y amo tu cuerpo —dije besándola con ternura.

—No... no puedes saber cómo es mi cuerpo, nunca me has tocado y tú siempre dices que ves con las manos.

—Te abrazo y me hago una idea, pero no me importa cómo sea, me encantará igual —respondí sonriendo.

—¿Quieres tocarme? —preguntó con un hilo de voz.

—Yo quiero hacer lo que a ti te haga bien, Ámbar. Si lo que quieres saber es si te deseo, si tengo ganas de conocerte, la respuesta es sí, lo hago; pero

antes, quiero que tú lo sientas, que lo disfrutes, que no sea para ti una mala experiencia. Eres una hermosa mujer, Ámbar —afirmé con vehemencia.

—Te amo, gracias por ser tan perfecto —añadió.

—No soy perfecto —reí ante su comentario—, disto mucho de serlo. Solo quiero ser lo mejor que pueda para ti, pero seguro que alguna vez voy a fallarte, como ya lo hice. Es parte de ser humanos.

—Yo también te fallé, supongo que tienes razón. Al menos no tengo ganas de hacerte daño a propósito y espero no hacerlo nunca —dijo, acercándose para plantarme un tierno beso.

—Es lo mismo que pienso yo. Y si te fallo de nuevo, me ganaré tu perdón —sonreí.

—Te amo, Mariano.

—Yo a ti. Descansa un poco, ya es tarde.



32. Probándote

MARIANO

Una ligera sensación de bienestar inundó mi cuerpo luego de esa conversación. Tenía miedo, pero no un miedo paralizante, sino uno estimulante. Un miedo como aquel que se siente cuando se está sentado y con el cinturón puesto en una montaña rusa a punto de echar a andar. Ya no se puede ir para atrás, solo toca enfrentarlo, y se siente ese miedo y esa adrenalina de lo que se sabe está por venir.

La respiración de Mariano era pausada y relajada, pero yo sabía que aún no dormía. Yo tampoco podía hacerlo, su mano estaba ahora quieta en el centro de mi espalda y parecía irradiar un calor que me hacía desear que se moviera, que llenara de ese mismo calor al resto de mi piel. Podía sentir la necesidad de su tacto, y aquello no me dejaba dormir. Era hora de animarme a ir hasta donde pudiera llegar.

—Creo que es justo para ti que puedas tocarme, conocer mi cuerpo, leerme imaginarme —dije al fin rompiendo el silencio—. ¿Lo quieres hacer? —pregunté temerosa.

—Ya lo hablamos, ya sabes la respuesta.

Dudé unos segundos, pero entonces me levanté y me senté en la cama. Me quité la blusa y dejé mi torso al desnudo. Cerré los ojos y suspiré, buscando el coraje. La montaña rusa echaría a andar y el miedo se mezclaba con las ansias en mi interior.

No necesité decir nada más, él se incorporó sentándose delante de mí. Sus ojos cerrados, su respiración agitada.

—¿Qué quieres que haga? —me preguntó.

—Que me leas como si fuera un libro —dije para que entendiera lo que quería. Pensé que no lo haría porque se quedó en silencio y muy quieto por

unos segundos que se me hicieron eternos, pero entonces levantó sus manos a la altura de mi rostro y luego las acercó a mis mejillas.

Con la yema de sus dedos fue recorriendo mi rostro una vez más, aunque eso ya lo conocía. No estaba apurado, iba despacio y dejaba estelas de sensaciones a su paso. Bajó por mi cuello y lo acarició, tomó mis hombros en sus manos y las bajó hasta las mías. Tomé entonces sus manos y las llevé a mi abdomen, mis senos estaban erguidos y se sentían hinchados, ansiosos, lo necesitaban, precisaban de su calor. Los miré y por primera vez me gustaron, no estaban tan mal; podía percibir un mundo de sensaciones a través de ellos incluso aunque Mariano todavía no los hubiera tocado.

Recorrió entonces mi abdomen y envolvió mi cintura. Me sentía pequeña mientras era sujeta por sus manos fuertes y cálidas. Fue subiendo. La forma lenta en la que lo hacía se asemejaba a cuando llega la parte en la que el carrito debe subir a la montaña. Podía anticipar la caída, la adrenalina que me produciría.

Él no solo me tocaba, parecía leer en mi piel algún mensaje oculto que jamás expresé. Sus dedos llegaron al inicio de mis valles y se quedaron estáticos, rozándolos apenas.

—Sigue... —Me vi rogando, impaciente.

Mariano asintió apenas. Sus dedos subieron por mis montañas, palparon mis límites, mis fronteras; tocaba suave, pero certero, como si pequeños insectos caminasen por mi piel. Me leía.

Sus dedos llegaron a los pezones e hizo un círculo con el índice alrededor de ellos, como si quisiera medir su circunferencia o delimitarlos. Yo me moví hacia su mano llena de éxtasis, anhelante. Necesitaba que los tomara en ellas y eso fue lo que hizo. Un gemido se escapó de mi garganta. Aquello era el cielo.

Él se detuvo allí, lo que pareció un siglo mientras yo me estremecía y revolvía bajo sus manos y sus caricias. Necesitaba más, partes de mi cuerpo que pensaba clausuradas llamaron a sus manos. Me levanté de la cama y me saqué de prisa el *short* con la ropa interior para luego volver a mi sitio.

—¿Pasa algo? —preguntó.

Negué. Le dije que solo quería que siguiera recorriéndome. Me estaba entregando a él en un acto mucho más íntimo que la misma relación sexual, le estaba dejando que me viera, que me sintiera, que me leyera... y aún pensaba que mi piel, que mi ser estaba manchado.

Me acosté en la cama y estiré mis piernas, juntándolas en un intento por contener las ganas que explotaban en mis caderas. Volví a colocar una de sus

manos en mi abdomen. Él regresó a mis valles y jugó allí un rato. Luego, dejó una de sus manos para que se encargara de eso y, con la otra, fue bajando lentamente hasta encontrarse con mi cuerpo completamente desnudo. Las yemas de sus dedos se pegaban a cada centímetro de mi piel, leyendo mis lunares, mis vellitos, mis imperfecciones.

Sus manos descubrieron mi desnudez. Mariano se sorprendió, pero no dijo nada. Bajó por mis caderas, recorrió mis piernas y mis pies. Siguió la línea de mi cuerpo, moviéndose a lo largo y besando mi abdomen mientras sus manos paseaban por mis caderas. El deseo creció como una llama que incendia todo a su paso y pronto, me vi abriendo las puertas para dejarle conocerme, tocarme, descubrirme. Guie sus manos hasta dejarlas justo debajo del ombligo, para que supiera lo que deseaba. Él lo entendió y entonces, cadencioso, lento, cuidando cada detalle y con increíble suavidad, me recorrió hasta llegar a mi centro.

Sentí que moría del placer, esto era bello y para nada parecido a lo que me había sucedido alguna vez. Me abrí más para él, para que pasara, para que me invadiera, para que me llenara. Su toque era tan suave e intenso que no lograba quedarme quieta. Tanto placer se fue convirtiendo en gemidos, en pequeños sonidos de exclamación que intentaban liberar la carga de mi alma. Mariano se tomó su tiempo para explorar todo de mí con sus dedos, hasta que finalmente se acercó a mis oídos, recostándose sobre mí. Su excitación pegada a mi cuerpo todavía bajo su ropa me hizo desear más. No quería seguir conteniéndome.

—Ámbar, eres el mejor libro que he leído en mi vida —susurró cerca de mi oreja.

Lo abracé, envolviéndome por completo a él.

—Me vuelves loca, Mariano, esto que siento es...

—Lo sé, lo sé me pasa igual —dijo mientras besaba mis mejillas y mordisqueaba el lóbulo de mi oreja—. Necesito... Necesito usar mis otros sentidos contigo, Ámbar ¿puedo?

No había forma de que en ese momento le dijera que no a nada, no sabía bien a lo que se refería, pero yo solo quería más, más de aquello que me estaba enloqueciendo. Asentí y él descendió con lentitud por mi cuerpo una vez más, respirándome, oliéndome, saboreándome, lamiéndome.

La sensación húmeda que dejaba su saliva en mi cuerpo ardiente era aún más alucinógena. Volvió a encerrar mis pechos en sus manos y los probó, suave tortuoso. Me encontré moviéndome hacia su boca, pidiéndole más, rogándole con mi cuerpo que intensificara aquello. Él lo hizo, y me gustó.

Siguió bajando, mientras yo me movía como desquiciada bajo su cuerpo y me aferraba a sus cabellos para que no se le ocurriera alejarse. Llegó de nuevo allí, a mi sitio más íntimo, se detuvo esperando mi aprobación y yo no pude aguantar el deseo rogándole que siguiera. Entonces, me probó una y otra vez, con tanta dulzura que me descolocaba, con tanto respeto que me enloquecía, con tanta fiereza que me atolondraba. Se acercó de nuevo y me besó con fuerza, con pasión y con locura. Supe entonces que estaba igual que yo, anhelante, impaciente. Me sentí halagada, podía palpar su deseo tan intenso como el mío.

—Gracias por dejarme leerte, gracias por este momento. No sabes lo que significa para mí que me regales tu confianza. Dime si te sientes bien, por favor dime cómo te sientes —rogó con la voz dulce y grave.

—Me siento bien, amor. Me siento bella, amada, cuidada, valorada. Me siento feliz porque me descubro sintiendo cosas que pensé que nunca sentiría. Me encanta dártelo todo a ti —admití.

Mariano se acostó a mi lado y me envolvió en un abrazo sin dejar de besarme y agradecerme. Yo no quería que se detuviera, quería más, pero parecía que él no seguiría adelante con eso.

—¿No vamos a seguir? —pregunté confundida.

—No... no hoy... quiero que vayas lento... —respondió.

—Pero... estoy bien... —insistí.

—Lo sé, y por eso mismo Porque no quiero que arruinemos todo esto por apurarnos.

Me quedé en silencio, quizás él tenía razón. Me aferré a su cuerpo, me pegué a él en todos los centímetros de mi piel, pero estaba vestido y eso no se sentía tan bien.

—Está bien, esperaremos, pero desvístete, Mariano —le rogué, anhelante de sentir mi piel contra su piel en aquel abrazo lleno de amor.

Mariano se apartó de mí y se quitó toda la ropa mientras yo lo observaba, deseosa. Me encontré adorando su cuerpo, deseándolo, imaginando cómo se sentiría tenerlo adentro. Se volvió a acostar a mi lado, nos metimos bajo las mantas y nos abrazamos, sin tapujos, sin vergüenzas, dejando a nuestras pieles amarse, sentirse, completarse. Escondí mi cabeza en su pecho mientras mi mano recorría su piel. Él sonrió y me abrazó con más fuerza.

—Vas a quitarme lo que me queda de cordura —susurró.

—Yo también necesito probarte —admití y luego procedí a hacer todo lo que Mariano había hecho en mí antes.



33. *Hermana Rita*

MARIANO

Todo parecía salir a la perfección. Las semanas pasaban y mi relación con Ámbar se afianzaba cada vez más. Incluso a mí me resultaba difícil pensar que fuera tan sencillo para ambos estar juntos. En un principio, nos habíamos mantenido alejados pensando que estábamos rotos, que estábamos demasiado dañados para una relación; sin embargo, estar juntos nos resultaba fácil a los dos. Como si nos hubiéramos conocido desde siempre, como si desde el inicio hubiéramos sido en realidad uno solo y algo nos hubiera separado, estábamos juntos y todo parecía perfecto y exquisito.

Ámbar se iba abriendo a mí, con lentitud, en todos los aspectos, pero yo no tenía apuro. Nos quedaba toda una vida por delante y este ritmo hacía que pudiéramos descubrirnos con más ansias y con mayor intensidad.

Aquel domingo amaneció nublado. Una sensación de tristeza inundó mi cuerpo desde que desperté. Algo no estaba bien y yo lo podía percibir. Nos quedamos hasta tarde en la cama como siempre. Para este momento, Ámbar y yo vivíamos juntos. Ella dijo que buscaría un sitio propio, pero le respondí que no tendría mucho sentido, así que decidimos que se quedaría conmigo. Experimentábamos la realidad de juntos, como todo en nuestra relación.

Ámbar aún dormía cuando sonó el celular. Lo atendí con opresión en el pecho, como si supiera que algo no estaba bien.

—Mariano... —La voz rota de la hermana Blanca era la confirmación de mis sospechas—. Es Rita no se siente bien. La han internado de urgencias.

—Vamos para allá, dime donde está.

La hermana Blanca me dio la dirección de la clínica donde habían internado a la hermana Rita. Desperté a Ámbar y nos alistamos lo más rápido

posible para salir. Iríamos en el auto de ella, así podríamos llegar más rápido que si esperábamos al próximo tren o al autobús a la ciudad.

—¿Qué crees que le suceda? —preguntó ella, ya en camino a la clínica.

—No lo sé, Rita es diabética pero se supone que se cuidaba y tomaba sus medicamentos.

—Va a estar bien, ya lo verás —intentó animarme Ámbar.

Aprovechamos el viaje para recoger a mamama para que nos acompañara.

Cuando llegamos a la clínica, encontramos a algunas de las hermanas y les pedimos que nos informaran qué es lo que había sucedido. Nos dijeron que la hermana Rita se había debilitado de repente y que llamaron al médico de cabecera del convento y él ordenó su internación.

Le pedí a Ámbar que me acompañara a hablar con el médico que estaba atendiendo a Rita, buscamos su despacho esperando encontrarlo allí. Por fortuna, el profesional nos atendió enseguida.

—La señora está teniendo algunos problemas en el corazón —nos explicó—. Es probable que se tenga que quedar unos días. Por suerte, la trajeron a tiempo.

—¿Podemos ingresar para verla? —preguntó Ámbar.

—Podrán entrar en un tiempo. Ahora mismo se halla en observación y estamos trabajando con un equipo médico para definir qué será lo mejor para ella. Quizá tengamos que intervenirla y colocarle un marcapasos, pero eso no podremos decidirlo hasta tener todos los resultados —informó.

—Gracias, doctor. Estaremos pendientes de que nos avise cuándo podemos pasar —dije antes de salir de su despacho.

Lo que quedó de la tarde estuvimos acompañando a las hermanas en sus oraciones por la salud de Rita; esperábamos noticias, pero no había demasiadas. Cerca de las ocho de la noche, el médico dijo que ella estaba despierta y tranquila y que eligiéramos a dos personas para que pudieran pasar a verla, diez minutos cada una.

Las hermanas decidieron que Bernardita y yo debíamos pasar. La hermana Bernardita era la mejor amiga de la hermana Rita y estaba sufriendo mucho. Y con respecto a mí, todas sabían que Rita y yo éramos muy unidos.

Dejé que Bernardita pasara primero; cuando salió, traía los ojos llenos de lágrimas. No dijo nada, solo fue a rezar a la capilla. Enseguida, me vistieron para pasar. Rita estaba en terapia intensiva, así que debía colocarme el uniforme, ponerme el tapaboca y lavarme las manos antes de ingresar con ayuda de una enfermera que, colocando mi mano en su hombro, me guio hasta la habitación.

—Mariano... —Su voz sonaba cansina y apagada, pero aun así pude sentir su alegría por verme—. Pensé que ya no te vería nunca más, hijito.

—¿Cómo dices esas cosas, Rita? —Tanteando logré sentarme a su lado y busqué sus manos para tocarla. La tomé entre las mías.

—Mariano, no me queda mucho tiempo por aquí, pero eso no está mal hijo, no quiero que se pongan tristes. Quiero que en mi despedida haya mucho pastel de manzana y que no lloren demasiado —dijo sonriente.

—No hables así, Rita por favor —rogué, conteniendo las lágrimas.

—Mira, Mariano. Quiero que seas feliz, te lo mereces de verdad. Tú has tenido un inicio difícil en el mundo, pero no todo lo que empieza mal acaba mal, hijo. Siempre pensaste que no merecías la felicidad, que debías conformarte con tu suerte. Pero no es así, mi niño, todos merecemos ser felices y en esta vida lograremos lo que creemos que somos dignos de alcanzar. Tú eres digno de alcanzar todo lo que te atrevas a soñar. Haz feliz a esa chiquilla, hijo, porque ella, al igual que tú, parece haber empezado con el pie equivocado. No sé su historia, pero sus ojitos me dijeron que estaba triste, salvo cuando te veía a ti. ¿Te vas a casar, Mariano? Debes llevarla a la Iglesia, lo sabes, ¿no? Debes dejar que Dios bendiga esa unión, hijo. Sé que están viviendo juntos, pero tú sabes que eso no está bien a los ojos de nuestra religión.

—Rita, Rita me estás diciendo que estás por irte de este mundo, ¿y te preocupas por eso? —pregunté sonriendo y acariciando su mano.

—Tú eres lo más cercano a un hijo que yo he tenido en la vida. Mi amor por Dios es tan grande que he renunciado a muchas cosas, pero a lo que más me ha costado renunciar fue a la posibilidad de ser madre. Sin embargo, Dios me lo recompensó, te trajo al convento y me dejó cuidarte, hablarte, enseñarte muchas cosas. Tú eres el hijo que nunca tuve y por eso me preocupo por ti, quiero que seas feliz —hablaba rápido como si en cualquier momento su tiempo se fuera acabar y no quisiera quedarse sin decir todo lo que tenía dentro.

—Te amo, Rita. Tú también eres como una madre para mí. Me diste las enseñanzas más valiosas de mi vida. Me ayudaste a despertar a mis otros sentidos, me enseñaste a creer en los milagros y a no perder la fe. Vas a estar bien, ya lo verás —dije tratando de convencerme a mí mismo que así sería.

—Mariano prométeme que llevarás a esa chica al altar. Es importante para mí que me lo prometas, no me puedo ir tranquila si no —insistió.

—No vas a ir a ningún lado —sonreí y besé su mano.

—Mariano...

—Te lo prometo, Rita, te lo prometo. —Y entonces ella suspiró como si se hubiera sacado un peso de encima.

—Mañana quiero hablar con ella. Dile que venga a verme —añadió.

—Pero solo dejan entrar a dos, seguro las hermanas querrán.

—Yo quiero verla a ella. La esperaré —interrumpió con tono tajante.

—Está bien, vendrá ella.

—Señor, ya es tiempo. —La enfermera que me había acompañado se acercó para avisarme que debía retirarme.

—Bien... Rita, te quiero, no lo olvides nunca y ponte bien pronto, que deseo pastel de manzanas —sonreí en un intento por no llorar.

—Que Dios te bendiga, hijo.

Me acerqué, me dio la bendición y me besó en la frente.

Salí de allí con una sensación de tristeza y temor inundando mi piel. Sabía que se estaba despidiendo, lo podía sentir, lo podía palpar. No estaba listo para dejar ir a una de las personas que me demostró que yo podía ser amado por alguien y que mi vida valía la pena. Entendí las lágrimas que traía Bernardita al salir de verla e hice lo mismo, fui a la capilla y recé por ella. Le pedí a Dios que si era su voluntad y podía darle un poco más de vida, se la diera. Ella era demasiado buena y se merecía una oportunidad más. Pero entonces, recordé las palabras de Rita cuando había muerto un vecino de la comunidad, era un señor muy amable que siempre ayudaba a las monjitas. Rita había dicho que Dios lo había elegido porque seguramente necesitaba de alguien tan amable y servicial en el cielo. Entonces con más lágrimas, comprendí que quizá Dios estaba necesitando el enorme corazón de Rita en su casa del cielo, o quizá quería probar sus pasteles de manzana. Sonreí entre las lágrimas y solo pedí que hiciera su voluntad, las palabras de Rita resonaron en mi memoria: *«Dios sabe lo que hace, Mariano si te ha quitado algo, seguro te dará cien veces más, algo que te convenga a ti, aunque ahora no lo entiendas»*.

—Tú sabes lo que haces, solo haz lo que sea mejor para ella —dije elevando una vez más mi mirada al pequeño altar.



34. Aroma a manzanas

ÁMBAR

Cuando encontré a Mariano, estaba solo y rezando en la capilla de la clínica. Me acerqué a él y me senté a su lado, las lágrimas caían por su rostro y yo supe que la situación de la hermana Rita era complicada.

—¿Estás bien? —pregunté. Es horrible ver sufrir a la persona que amas y no saber qué hacer para aliviar su dolor, o no poder hacer nada, en todo caso. Saqué de mi bolso un pañuelo desechable y, levantando sus lentes, le sequé las lágrimas. Luego, lo abracé y lo dejé descargarse en silencio mientras él asentía a modo de respuesta.

—Quiere verte mañana —dijo luego de algunos momentos.

—¿A mí? —pregunté sorprendida.

Él asintió.

—Creo que se está despidiendo y supongo que quiere hablarte de mí. Me dijo que yo era como el hijo que nunca tuvo —susurró con tanta tristeza en la voz que me quebraba el alma.

Al día siguiente, y luego de una larga espera, me tocó el turno de entrar. Ese día la veríamos la hermana Blanca y yo. Mariano les había dicho a todas que era un deseo de Rita, y aunque nadie dijo nada, no pude evitar sentirme un tanto incómoda al respecto. Supongo que ellas querían verla.

Cuando me tocó el turno, y luego de alistarme correctamente, pasé a la habitación. Su rostro estaba desmejorado y respiraba con dificultad. Aun así, había paz en sus facciones y una sonrisa tímida se pintó en ella al verme.

—Ámbar —saludó. Yo solo asentí con la cabeza y me senté a su lado—. No me demoraré porque el tiempo pasa rápido y enseguida te irás. Quiero hablarte de mi Mariano —dijo.

Sonreí al sentir su cariño por mi novio.

—La escucho, Rita —asentí con ternura.

—Cuando él llegó, era el niño más triste de la tierra, Ámbar. Y ningún niño debería ser un niño triste, a Dios no le gusta que los grandes hagan sufrir a los pequeños, ¿lo sabes? —Asentí de nuevo sin poder evitar preguntarme por qué Dios permitió que a mí me sucediera lo que me ocurrió—. Te preguntas: ¿por qué Dios lo permite? —cuestionó ella, sorprendiéndome, y yo solo levanté las cejas en señal de asombro—. Porque él nos da la libertad de elegir lo que hacemos o lo que no, Ámbar. Pero todos aquellos que dañen a los más pequeños, tendrán que pagar por lo que hicieron ante Dios algún día también los que te dañaron a ti, chiquilla. —Una vez más, me asombró con sus palabras y por lo visto, lo notó pues pronto continuó—. Tienes la mirada como la tenía él, por eso sé que también han dañado a tu niña. Pero quiero que sepas que desde que Mariano llegó al convento, he rezado por él, porque Dios le preparara una mujer especial, alguien que lo valorara y que supiera entender su mundo, alguien que pudiera ver en su interior que es una bella persona. Le pedí a Dios que cuando eso sucediera, cuando Mariano encontrara a esa chica, me diera una señal.

—¿En serio? —pregunté sonriendo, me costaba creer en esas cosas, pero todo lo que rodeaba a Mariano se basaba en la religión; después de todo, se crio en un convento.

—Un día de esos que vinieron al convento, cuando aún no eran novios formales, aunque todas nos dábamos cuenta de que no tardarían en serlo porque Mariano nunca había traído a nadie antes, bueno uno de esos días, Mariano estuvo como siempre, conversando conmigo mientras yo le preparaba su pastel de manzanas. Él tomó entonces una de las frutas entre sus manos y la olió. Yo le dije que había escogido las mejores del huerto y que por eso tenían ese aroma tan delicioso. Él solo sonrió, su sonrisa era distinta, llena de luz y esperanzas, llena de amor. Y entonces dijo incluso sin pensarlo: «Ámbar huele a manzanas».

—Siempre me dice eso —respondí con una sonrisa—. Creo que es mi colonia, o el *shampoo* o no sé a Mariano le parece que yo huelo a manzanas —añadí.

—Y él ama las manzanas, hija. Porque para él, las manzanas representan la oportunidad que le dio la vida. Cuando lo llevé al huerto por primera vez, él no tenía idea de qué eran, nunca había comido nada que no fuera arroz o fideos o algún pan rancio. Recuerdo que le enseñé a reconocer las frutas por su olor y su sabor, y le hice ese pastel de manzanas que fue lo primero que comió luego de varios días de pasar hambre y frío. Mariano encontró entonces

un nuevo hogar con olor a manzanas y mujeres que lo amaban, que se preocupaban por él y lo cuidaban. Las manzanas representan para él la seguridad de ser parte de algo, de alguien. Él y yo las juntábamos todos los días; cuando era chico decía que tendría su propio huerto de manzanos cuando fuera grande. Entonces, quizá sea una tontería, pero para mí fue una señal. Si tú hueles a manzanas para Mariano, tú eres el hogar que yo pedí para él, tú eres la mujer que Dios me prometió para mi niño.

A esas alturas ya estaba llorando, tomé la mano de Rita y se la apreté con cariño.

—Lo amo, Rita. Me hace muy feliz y me hace sentir plena y yo quiero hacerlo sentir igual, quiero ser todo para él como él lo es para mí —afirmé.

—Lo eres. Estoy segura, porque siempre pude ver en su alma, en su corazón; él es otra persona desde que te tiene a su lado. Cuídalo por mí, hija y cuando yo ya no esté, tienes que pedirle a la hermana Bernardita que te dé el cuaderno azul que está en mi cajón. Allí encontrarás la receta del pastel de manzanas que tanto le gusta a Mariano, es una receta de mi abuela, es secreta —bromeó.

—Gracias por hacer de Mariano el hombre que es, por devolverle la fe y la esperanza en las personas y en el mundo —añadí con una sonrisa, sabiendo que se lo debía todo a ella.

—Mariano siempre ha esperado que Dios le regalara el milagro de devolverle la vista. Yo le leía la Biblia y los milagros de Jesús para que él creyera en eso, pero también le decía que solo Dios sabe por qué quita o da algo. Mariano se dará cuenta de que Dios le ha dado el milagro que ha pedido siempre —añadió meditabunda.

—No entiendo...

—Es hora, señorita —dijo la enfermera molestando.

—Lo entenderás también. Adiós, Ámbar —dijo Rita, mirándome con mucho amor, tanto que sentí que se me sobrecogía el alma de la emoción.

—Nos vemos, Rita —respondí acercándome para abrazarla, le debía todo a esa mujer.

—Dios te bendiga, hija —añadió con voz cansada.

Esa misma tarde, Rita partió a lo que las hermanas dijeron era «la casa del Señor», aquel lugar en que ellas creían y donde decían, Rita estaría mejor.

Sentí el corazón de Mariano romperse en miles de pedazos con la noticia, y luego lo sentí romper en lágrimas en mis brazos. Yo también lloré con él, y cuando él me pidió que fuéramos a la capilla a rezar por el alma de Rita, lo hice por primera vez en mi vida; le hablé a un Dios en el que no creía, y le

agradecí por la vida de esa mujer que había llenado de sabiduría, esperanza y alegría a Mariano. Le pedí al Dios en el que ella creía, que la llevara a su casa y la hiciera muy feliz.



35. *Mi milagro* MARIANO

Había pasado un mes desde la partida de Rita. Me hallaba en el convento, recostado en el jardín, recordándola, pensándola, sintiéndola.

Ámbar se había quedado en la ciudad porque tenía que estudiar para unos exámenes y yo me había venido en tren; pensaba regresar esa misma tarde. Absorbí en un suspiro el aroma que me recordaba a ella, a todas sus enseñanzas, a todas sus palabras.

—¿Tienes sueño, Mariano? —me preguntó esa mañana.

—Anoche me quedé hasta tarde pensando en la historia que me contaste, esa en la que Jesús le devolvió la vista al hombre que era como yo. Le pedí toda la noche que lo hiciera también conmigo, pero cuando desperté todo seguía oscuro. Estaba seguro de que me había escuchado en la noche —hablé con la tristeza de un niño que esperaba su magia.

—Niño de mi vida —dijo Rita, acercándose a mí. Se sentó en el césped y me acomodó en su regazo. Me abrazó y besó mi mejilla; yo sonreí. Las caricias se sentían bonitas, los besos eran como cosquillitas en la piel—. Ya te expliqué que todo sucede por algo. No siempre Dios nos da lo que pedimos, pero siempre nos escucha y sabe lo que es mejor para nosotros. Él te dará lo que es mejor para ti cuando sea tu momento.

—¡Pero lo mejor para mí es ver! —rezongué.

—Eso es lo que tú crees, y puede que sea así, o no. Pero estoy segura de que un día podrás ver mucho más allá de lo que se ve con los ojitos, Mariano. Un día serás capaz de ver todo con el corazón, y no hay mejor forma de ver las cosas que desde el fondo del corazón. El corazón es el ojo del alma, hijo.

—¿El corazón puede ver como los ojos? —pregunté confundido.

—No, puede ver mejor que los ojos. Los ojos a veces se engañan por las cosas físicas, se dejan llevar por la apariencia de alguien, por su forma de vestir o de ser, por si alguien nos parece bonito o no tanto, por si está bien peinado o no. Sin embargo, eso no nos dice nada de cómo es en verdad la persona. El corazón, por su parte, es capaz de ver quién es en realidad cada uno de nosotros. Tu corazón puede verme a mí y sabe cuánto te quiero, eso es más importante que cómo es mi apariencia, ¿no te parece?

—Mi corazón dice que tú eres muy bonita —dije mientras la abrazaba.

—Es porque tu corazón me quiere mucho, igual que el mío te quiere a ti. Los ojos solo pueden ver lo externo, pero aquellos que ven con el corazón son los más sabios, los que ven mejor. Quizá Dios cree que tú eres mejor viendo con el corazón, por eso te dio uno tan grande y hermoso.

—¿Mi corazón es grande? —pregunté.

—Es grande, puro y hermoso.

Las lágrimas escapaban ante aquel recuerdo, ante la sensación del beso en mi mejilla, ante el calor de su abrazo y las sonrisas que me generaba ella desde el fondo del alma. Entonces, entendí que ya tenía el milagro que siempre le había pedido a Jesús.

Me levanté, me sequé las lágrimas y corrí hasta la estación de trenes. Volví a casa desesperado e ingresé acelerado, entusiasmado, lleno de ilusión. Todo había quedado claro para mí.

—Llegaste temprano. —La voz de Ámbar sonaba clara desde la cocina. Caminé hacia ella.

—Ámbar. Tú sabes que siempre esperé un milagro, ¿no es así? —pregunté ansioso, buscándola, siguiendo el sonido de su voz.

—Sí me habías dicho que rezabas para que Dios te devolviera la vista, como a los ciegos de la Biblia.

—Sí, pero hoy recordé una conversación que tuve con Rita cuando era pequeño. Ella me hablaba de que lo importante era poder ver con el corazón —añadí eufórico.

—Qué lindo, eso es hermoso —respondió ella.

Me acerqué. Ámbar, al sentir mi presencia, se pegó a mí y la abracé.

—Cuando estábamos en el campanario me dijiste que darías lo que fuera para que yo tuviera mi milagro, incluso tus ojos si pudieras, ¿lo recuerdas?

—Lo recuerdo y lo sostengo —contestó ella, sacándome los lentes y acariciándome los ojos.

—Tú eres mi milagro, Ámbar. Dios sabía lo que yo necesitaba, lo que mi corazón anhelaba. Él sabía que necesitaba de ti y de tu amor. Tú eres mis ojos, tú eres la luz en mi vida oscura, cuando estás conmigo no necesito ver, con solo abrazarte o escucharte, hablar es más que suficiente para mí. Tú y yo hemos podido vernos, reconocernos y amarnos con el corazón, y el corazón es como los ojos del alma. Tú y yo nos hemos sabido ver con los ojos del alma. Tú eres mi milagro.

—Y tú eres el mío —dijo ella mientras nos besábamos con amor y pasión. Cuando nos separamos Ámbar colocó sus manos en mi rostro—. Rita me dijo algo de que tú te darías cuenta de que tenías el milagro que siempre habías pedido.

—Porque eres tú y ella lo sabía —dije acercando mi frente a la suya.

—Tu fe y la de toda la gente que te rodea me hacen pensar mucho y plantearme cosas que jamás había pensado antes. Todavía no puedo llamarme creyente, pero definitivamente me agrada ser tu milagro —añadió.

—¡Cásate conmigo, casémonos ya! Déjame presentar nuestro amor ante un altar —dije desesperado, mientras tomaba su rostro entre mis manos y la besaba.

—Cuando quieras, Mariano. No hay nada que desee más que ser tu esposa —respondió Ámbar, haciendo que mi corazón diera un brinco por la emoción.

—Me haces el hombre más feliz del mundo —agregué entre sonrisas antes de volver a besarla.

El contacto se tornó caliente y, cuando nos dimos cuenta, estábamos en el sofá. Nos besábamos con ansias mientras las prendas volaban una a una. Todavía en ropa interior, nos abrazamos y nos acariciamos con locura y placer. La certeza de la promesa que acabábamos de hacer estaba calando en nuestros corazones, estaba llevándonos más allá de las fronteras que nosotros mismos nos habíamos impuesto.

Yo seguía cuidando a Ámbar. Su bienestar físico y mental era lo que más me importaba. Sabía que ella bajaba sus barreras lentamente para dejarme ingresar cada vez un poco más. Nos conocíamos, yo sabía a la perfección cómo era su cuerpo desnudo, conocía sus lunares, sus imperfecciones, conocía sus valles y sus llanuras, navegaba en sus ríos y me perdía en sus bosques cada vez que quería, cada vez que ella me lo pedía. Pero no habíamos traspasado aún la última frontera; su miedo era todavía un muro, una puerta cerrada que yo no pensaba abrir si ella no me daba la llave.

Pero esta era una situación diferente. Sin pensarlo, ya estábamos desnudos, su cuerpo empapado de deseo me llamaba de una forma casi

imposible de ignorar. Me gustaba palparla, olerla, besarla. Adoraba zambullirme en su esencia y expresar todos mis sentidos en su piel. Sus piernas me envolvieron acercándome, nos rozábamos irradiando fuego e intenso calor.

—No puedo, necesito más. No sé cómo será ni qué sucederá en el proceso, pero ya no aguanto —rogó, apretándose aún más a mí.

Iba a hacerlo, iba a dejarme llevar, iba a probar nuestros límites, iba a amar y dejarme amar. Pero entonces, decidí esperar.

—Primero, quiero llevarte al altar.

—¿Qué? —preguntó alterada, confundida.

—No te enojas —sonreí y la besé con ternura, intentando calmar las ansias que nos devoraban a los dos.

—Pero pensé que...

—Te deseo, Ámbar, lo sabes... Solo quiero hacerlo bien... Quiero hacerlo lo mejor posible.

—No te entiendo...

—Cuando te haya prometido amor eterno frente al altar, sabrás que ya nada nos podrá separar. Te daré la certeza de que pase lo que pase, estaré para ti, de que puedes tener la confianza plena para entregarte a mí que te amaré y respetaré por el resto de tus días.

—Pero... —Ámbar estaba frustrada y confundida, pero ella no entendía la magnitud de mis palabras.

—Casémonos, ya mismo Cuando tú digas —ofrecí. Ámbar rio abrazándose y nos volvimos a besar.

—El sábado —agregó sonriente.

—El sábado será.



36. Preparativos

ÁMBAR

Es increíble lo rápido que gira el mundo cuando una está feliz. Me costaba mucho creer y aceptar que yo merecía tanta alegría; y no podía evitar sentir temor al respecto. Todos estamos en este mundo intentando día tras día hallar un minuto que nos dé alegría, que nos haga sentir felices; pero cuando lo logramos, no lo disfrutamos como corresponde, por miedo a perder ese gozo. Me ha pasado muchas veces, quizá porque desde chica he construido mi vida sobre el daño que me han hecho y no puedo evitar pensar que, si me pasó todo aquello, fue por algo, y que en el fondo, yo me lo merecía.

Así que construí una vida con base en la creencia de que no merecía nada bueno, que todo lo malo que me pasaba era normal para alguien como yo; que la felicidad era para los demás. Siempre para alguien más, pero no para mí.

Y ahí estaba yo, sintiéndome amada por primera vez; dejándome amar y aprendiendo a amar también. Porque no se trata solo de encontrar alguien que te ame, se trata de dejarse amar. Se trata de entender que todas las personas merecen el amor y son de él. Y cuando empiezas a cambiar tu forma de pensar, también cambian los resultados y todo lo que te rodea.

Simplemente acepté el amor, acepté la felicidad y acepté que aquello era posible incluso para mí. Dejé que la sonrisa no se borrara de mis labios, y aunque a veces sucedieran cosas tristes, comprendí que de todo se puede aprender algo, que a todo se le puede encontrar un lado bueno para convertir las lágrimas en una sonrisa.

Mariano quería que nos casáramos, y yo quería hacerlo cuanto antes. No sé si era apurado o no, simplemente se sentía correcto. Pero cuando se lo dije a mi padre por teléfono, le sobresaltó la noticia. Él ni siquiera sabía que yo tenía una relación con alguien.

—¿Casarte? ¿Este fin de semana? ¿No es demasiado acelerado? —preguntó asustado.

—No lo es, sé que no te dije nada antes, pero llevamos juntos mucho tiempo. Además, es de esas historias en las que simplemente sabes que es el indicado.

—Sí, hija pero ¿estás segura? Mira que a veces uno se deja engañar por las emociones del momento —insistió él confundido.

—Estoy segura, papá. Solo quiero que vengas a compartir ese momento conmigo. Trae a Rosa si deseas, pero ven... por favor —añadí.

—Entonces es una decisión tomada —afirmó.

—Lo es —admití.

Mi padre tardó en contestar.

—Bien, eres adulta y confío en que eres madura. Si ese hombre ha llegado a ti de esta forma, es que quizá tengas razón y sea uno de esos «amores verdaderos».

—Gracias, papá. Te vamos a esperar en la estación.

—Háblame de él. Dime quién es, a qué se dedica. No sé ni siquiera su nombre —rogó un poco confundido y aún bastante sorprendido.

—Se llama Mariano, era mi profesor... Es profesor de Literatura en la universidad donde estudio —comenté.

—¿Es muy mayor que tú? —interrumpió mi padre—. Mira que si es así puede ser que tú...

—No, son solo unos años, pocos. No me está obligando a nada, papá. Lo amo como él a mí... Tenemos algo especial. Y por si acaso, es una persona no vidente —informé.

—¿Qué? ¿Es en serio? —cuestionó algo anonadado.

—Sí. ¿Qué tiene de malo? Te sorprenderá saber todo lo que hace y es capaz de hacer aun con su discapacidad —añadí orgullosa.

—Pero...

—Nada, papi Él me ha visto como nadie lo ha hecho antes.

—Bien, hija. Admito que ya lo quiero conocer. Espero que sea como dices, si no, tomaré cartas en el asunto.

—Te quiero, papá. Nos vemos pronto —me despedí sonriendo ante su frase anterior.

—Adiós, chiquita, estaré allí cuanto antes.

— —

Organizar una boda en pocos días no era una tarea sencilla, por más que no fuéramos a hacer una gran fiesta, siempre había algo que revisar. Por suerte, todas las monjitas estaban entusiasmadas con el asunto y, junto con mamama, nos ocupamos de los pequeños detalles: el vestido, las invitaciones, la comida para la recepción, la ceremonia religiosa y la civil, el coro y demás.

No íbamos a invitar a muchas personas, solo a los más cercanos: amigos, familiares y algunos conocidos del convento. Yo, con que estuvieran papá y Roberto ya era completamente feliz. Mi mejor amigo me ayudó muchísimo también; me llevaba y traía a todos lados, además esperaba a que me decidiera con muchísima paciencia —y eso que yo soy lenta para decidir—.

—Entonces ¿tienes todo? —me preguntó aquella tarde que habíamos ido a comprar algunas cosas.

—Sí, ya podemos ir a casa —sonreí luego de un par de horas de caminata.

—Falta algo —dijo, guiñándome un ojo.

—¿Qué es? —pregunté sin entender.

—Sube —agregó cuando estuvimos cerca de la moto, y entonces me llevó a una tienda en particular.

Entramos al salón comercial y enseguida comprendí a qué apuntaba Rob.

—Hola, ¿en qué les puedo ayudar? —saludó una vendedora del local. Mi amigo fijó la vista en su porta nombre.

—Hola, Nancy, estamos aquí buscando un hermoso y *sexy* ajuar para la noche de bodas de esta chica, de mi mejor amiga —dijo muy sonriente y efusivo mientras yo sentía que el suelo se abría bajo mis pies y la vergüenza invadía mi sangre.

—¡Claro!, ¿de qué estilo? —contestó la mujer mientras nos llevaba a una de las estanterías y comenzaba a sacar pequeñas piezas de encaje y rasos en varios colores.

—Tiene que ser algo *sexy*, pero un poco dulce y no tan de *femme fatale* —respondió Roberto con la mirada posada en los conjuntos que la empleada colocaba frente a nosotros.

—Entonces, iré a buscar uno que creo les gustará —dijo ella, dejándonos solos por algunos minutos.

—¡Me vas a matar de la vergüenza! —exclamé.

—¿Por qué? Oye, es tu noche de bodas, además será tu primera vez; debes estar preparada y bonita —sonrió mi amigo—. Anda, pruébate estos que creo que son de tu talla.

Roberto me pasó dos perchas con conjuntos de mucho encaje en color rosa viejo y blanco, respectivamente. Lo miré, confundida. Él se limitó a

señalar el probador y a darme un empujón para que ingresara.

—¡Me llamas para ver cómo te quedan! —gritó cuando al fin me adentré en uno.

El blanco era un corpiño de encajes del cual salía una tela transparente y fina, que cubría suavemente el abdomen. La parte de abajo era también de encaje. El rosa era un corsé y una minúscula parte inferior obviamente con mucho encaje.

No sabía con cuál me sentiría menos avergonzada para empezar; además, Roberto quería verme y eso me ponía nerviosa.

Me probé el rosa y, mientras pensaba si lo llamaba o no, él se adelantó golpeando la puerta.

—¿Por qué tardas tanto? ¡Quiero ver cuál te queda mejor, además Nancy trajo uno violeta muy hermoso! —exclamó efusivo.

Abrí la puerta apenas y Roberto metió la mano para abrirla un poco más. Me miró e hizo un silbido de esos que suenan de forma vulgar. Me cubrí rápidamente con los brazos como pude y él exclamó sonriente.

—¡Oh, vamos!, déjame verte, sabes que no me gustan las mujeres. Aunque tú eres hermosa y especial.

Sonreí ante sus palabras y dejé que me diera su opinión. Después de todo aún me costaba verme bella, sentirme bien con mi cuerpo y pensar en la noche de bodas —por más que ya habíamos estado muy cerca de que sucediera todo—, me ponía tremendamente nerviosa.

Me probé el blanco y me gustó más. Roberto estuvo de acuerdo y Nancy nos ofreció otros colores del mismo modelo.

—No tiene mucho sentido lo del color —dije encogiéndome de hombros, pero Roberto me miró negando.

—Lo tiene, para ti. Esto no es solo un regalo para él. Es para ti, Ámbar. Para que te sientas bella y *sexy* en ese hermoso cuerpo que tienes. Me gusta mucho el violeta, pero me quedaría con el blanco, dadas las circunstancias de la relación de ustedes. Es la primera vez, además el blanco es luz y tú eres la luz en la oscuridad de Mariano.

Roberto se puso todo romántico y cuando Nancy escuchó lo de que era la primera vez me miró confundida, supongo que eso no le parecía normal.

Él pagó por el conjunto y luego nos retiramos; dijo que era su regalo de bodas para mí porque las mejores amigas solían hacer eso, pero que como yo no tenía una mejor amiga, a él le tocaba encargarse del asunto.

Luego, me invitó a tomar un café y entonces decidí admitirle mis miedos, necesitaba un poco de contención.

—¿Crees que lo haré bien? ¿Crees que cuando esté sucediendo no volverán a mí esos recuerdos? —pregunté nerviosa y avergonzada.

—Creo que ustedes se han confiado sus miedos, sus historias. Creo que han ido sanándose mutuamente con el tiempo, además, Mariano te ha demostrado mucho amor y respeto ante todo lo que te sucedió. Yo creo que estás lista y que esos recuerdos no van a aparecer, Ámbar —dijo intentando tranquilizarme.

—¿En serio?

—Solo disfruta amiga, solo disfruta —añadió sonriendo.

—Gracias por ser tan buen amigo. No sé qué hubiera hecho sin ti.

—Definitivamente, no estarías a punto de casarte y estarías perdida por alguna ciudad huyendo y sufriendo —zanjó divertido.

—Es cierto —sonreí.



37. Con los ojos del alma

MARIANO

—Entonces esto va en serio —afirmó el padre de Ámbar cuando nos quedamos solos en medio de aquel almuerzo organizado por mi novia y mamama. Las chicas habían ido a no sé dónde.

—Muy en serio —confirmé nervioso, sintiéndome como un adolescente al escrutinio de este hombre—. Yo la amo, señor. Puede estar seguro de que quiero hacerla feliz.

—Me alegra, Mariano. Ámbar merece ser feliz, ha vivido demasiadas tormentas injustas.

—Lo sé —asentí con reverencia. Las chicas estuvieron de regreso y la conversación no fue más allá de eso.

Cuando volvimos a casa, luego de dejar a su padre y a su mujer en el hotel donde se estaban quedando, nos recostamos en el sofá. Ambos parecíamos haber recobrado el oxígeno que los nervios por dicho encuentro nos habían causado.

—Le caíste bien a papá —dijo ella tomando mi mano y besándola.

—Él también me cayó bien, se nota que te adora y eso me encanta.

—Ya queda poco, pronto estaremos unidos para siempre —añadió con emoción.

—Ya lo estamos, digamos que lo haremos formal —sonreí, abrazándola y atrayéndola hacia mí. Entonces comenzamos un juego de besos y caricias que nos llevó por los caminos vertiginosos del placer y del deseo.

— —

El día de la boda fue perfecto. Estábamos en el pueblo desde el viernes en la noche, nos quedábamos en el convento —en cuartos separados por supuesto—. Me levanté temprano y fui hasta el campanario. Podía sentir el calor de los rayos del sol sobre mi piel, penetrando mi alma, iluminando mi oscuridad, como si Dios estuviera haciéndome percibir la luz a través de mis poros, impregnándose en mi alma. Podía sentir su calor en ese calor, podía sentir su bendición en mi vida, la confirmación de que estaba haciendo lo correcto y de que Ámbar era el milagro que yo había esperado. Un milagro de amor, porque siempre me dijeron que Dios era amor.

También podía sentir la luz brotando de mi interior, desde el centro de mí ser, ventilando los resquicios más profundos de mi alma, espantando a los fantasmas y las sombras que por años me atormentaron y me impidieron ser feliz. Suspiré y entendí que la felicidad real iba mucho más allá de algunos momentos felices, que la vida estaba llena de momentos malos y buenos, pero que no son estos la base de la verdadera felicidad. Entendí que a todos nos azotan tormentas, la diferencia está en cómo las enfrentamos y en cómo nos preparamos para afrontar la siguiente. La felicidad real radica en nuestro interior y sale a la luz cuando nos damos cuenta de que somos nosotros mismos los que poseemos la fuerza para descubrirla, así como somos nosotros mismos quienes poseemos también la fuerza para destruir las tinieblas que nos consumen desde adentro.

Es mucho más fácil revolcarse en el fango de los malos recuerdos y experiencias, en los dolores que la vida nos causó, en las preguntas acerca de la injusticia de la vida, del «¿por qué a mí?» que siempre nos hacemos ante situaciones que no podemos controlar. Es mucho más sencillo ser víctimas de un destino que no fuimos capaces de modificar, que tomar las riendas de la vida y decidir qué queremos qué necesitamos cambiar.

Es cierto que Ámbar fue la puerta al interior de mi ser, para animarme a amarla tuve que quebrar los muros que yo mismo construí a mi alrededor para que nadie pudiera alcanzarme y así nadie pudiera dañarme. Pero una vez que ella abrió ese camino, tuve que ser yo el que juntara mis pedazos, el que los levantara uno a uno y se los entregara a ella, mientras ella hacía lo mismo y me entregaba los suyos, para que juntos nos armemos de nuevo, para que juntos nos reinventemos, para que juntos espantemos al miedo.

Había decidido que ya no quería vivir en las sombras, y no me refería a las sombras de mi ceguera. Esas ya no me importaban, cuando uno por fin acepta sus limitaciones, aprende a lidiar con ellas, a aceptarlas en vez de renegarlas. Me refería a las sombras de vivir escondido tras mis propios

miedos, esos temores que no me dejaban avanzar, que no me permitían confiar, porque ¿cómo iba a confiar en alguien si tenía miedo? ¿Y cómo iba a superar mis miedos si no podía confiar en alguien?

Me gustaba la luz que me brindaba el amor, el amor que estaba recibiendo y el amor que era capaz de dar. Me iluminaba, dando lo mejor de mí; me iluminaba, recibiendo lo que ella me quería dar.

—¿Qué haces aquí? —Su voz me trajo de mis pensamientos y me di cuenta de que estaba sonriendo, Ámbar se sentó a mi lado y acarició mi mejilla, acarició mi sonrisa—. Tienes una sonrisa tan hermosa, Mariano.

—Todas las sonrisas son hermosas, al menos las que son reales —afirmé y la abracé, atrayéndola hacia mí—. Es el día más feliz de mi vida, Ámbar. Solo faltan unas horas. —Ella escondió su cabeza en mi cuello y aspiró, yo la besé en la frente.

—También lo es para mí. Has cambiado todo mi mundo, me haces mejor persona.

—Y tú a mí, amor. Es lo que se supone que hacemos con aquellos a quienes amamos, ¿no? Mejorar sus versiones —sonreí—. Yo soy mejor gracias a ti.

—¿No tienes miedo? ¿Y si no funciona? —cuestionó.

—Miedo, siempre tengo miedo. La diferencia es que antes el miedo me limitaba, y ahora lo enfrento, voy delante del miedo. Haremos que funcione, Ámbar. Seguro que a veces no será fácil, solo no debemos olvidar lo esencial.

—¿Qué sería lo esencial para ti? —preguntó, plantando un dulce beso en mi cuello.

—Que eres tú, que soy yo, que nos vimos al alma, que nos conocemos plenamente, que nos entregaremos el uno al otro en cuerpo y alma. Cuando vengan las tormentas, recordaremos nuestra esencia, esto que soy, esto que eres. Y volveremos al inicio, y renovaremos el amor.

—Es usted muy romántico, Profesor Galván —susurró en mi oído.

—Es que usted se lo merece, señorita Vargas.

— —

Y así, esa misma tarde, cuando el cielo comenzaba a teñirse de colores que yo no podía ver y las estrellas tintineaban canciones que yo imaginaba oír, Ámbar y yo formalizamos lo nuestro y unimos nuestras vidas en una ceremonia alegre, amena y sincera; acompañados de nuestros seres más cercanos, aquellos que nos querían, a quienes les importábamos de verdad.

Mientras esperaba nervioso, en el altar su llegada. La imaginé radiante, luminosa y hermosa, caminando sonriente hasta mis brazos. Quería cuidarla y protegerla por siempre. Entonces ella llegó, sentí el calor de su cercanía y una luz brillante envolviendo mi alma.

Tuve entonces la certeza de que hacía lo correcto, ya la oscuridad no se sentía vacía, ya no había tinieblas ni abismos en donde pensaba caería. Mi oscuridad era ahora luminosa, porque ella estaba allí a mi lado, amándome. Entonces pude imaginar pequeños puntos de luz pintándose uno a uno en el negro que envolvía a mis ojos; eran estrellas, tintineaban alegres. Porque ella era mi cielo estrellado, aquel que tanto había anhelado ver de nuevo. Porque ella era la voz de Dios recordándome que no me había abandonado, que había escuchado mis súplicas dándome mi milagro, quizá no aquel que yo había pedido —porque aún no podía ver los árboles, o el cielo, ni el color de los ojos de Ámbar o su pelo—, sino aquel que necesitaba. Podía ver aquello que era lo importante en la vida, el amor de quienes nos importan y a quienes importamos. Podía ver la luz brillar en mis tinieblas, porque ahora era capaz de ver muy profundo y sin miedos, con los ojos del alma.

38. En cuerpo y alma

ÁMBAR

El día había resultado perfecto y ahora estábamos de nuevo en el campanario, como más temprano, pero ya casados. Luego de la ceremonia, una cena y un brindis con nuestros allegados fueron suficientes para celebrar la ocasión.

Eran cerca de las dos de la mañana y el frío calaba la piel, pero no el alma. Mariano me abrazaba y besaba mi frente, mientras con una mano acariciaba la alianza que circundaba mi dedo anular.

—¿Eres feliz, Ámbar? —preguntó y yo sonreí.

—Aquí en tus brazos soy plenamente feliz. Es el mejor lugar del mundo para mí —susurré.

—Me alegro, porque yo también lo soy. Y aún no me acostumbro a serlo —añadió con ternura en la voz.

—Cuesta, a mí también me cuesta. Papá me dijo que ya era hora de ser feliz justo antes de entregarme en el altar. Supongo que es cierto, ya es hora —afirmé.

—Te amo, Ámbar.

—Yo a ti, Mariano.

Mis manos subieron hasta su mejilla para buscar sus labios y acércalos a los míos. El frío de la noche se desvaneció en aquel beso que empezó liviano, pero se tornó espeso. Lava ardiente y contenida por mucho tiempo inundó nuestras sangres ante la anticipación y los nervios. El corazón galopaba, la piel se estremecía, la respiración se agitaba.

—¿Vamos al hotel? —preguntó Mariano entre jadeos. Se habían ofrecido a llevarnos más temprano, pero nos habíamos negado pues queríamos ese rato a solas en aquel sitio que era tan nuestro.

—Por favor —susurré con un anhelo desconocido pero apremiante sobre sus labios.

Nos levantamos con prisa, pero descendimos con cuidado. No era lo mismo moverse por las escaleras con un vestido de novia que con pantalones. Entre risas, salimos a la calle y comenzamos a caminar. El hotel estaba a tan solo cuatro cuadras, todo en ese pueblo quedaba bastante cerca.

En medio de la madrugada, nos comportamos como niños que realizaban una travesura. Nos detuvimos en una esquina y nos besamos bajo un árbol; también lo hicimos en medio de una cuadra y al lado de un farol. Corrimos de la mano, yo guiándolo, él dejándose llevar. Nos abrazamos, nos besamos y nos prometimos amor eterno una y otra vez hasta que llegamos al hotel un rato más tarde.

En la recepción, nos dieron la llave y fuimos pronto hasta la habitación. Estábamos nerviosos, felices y temerosos por lo que anticipábamos iba a suceder. Respirábamos agitados por nuestra divertida travesía, pero finalmente, entre risas y suspiros, logramos calmarnos.

Él era un hombre con alma de niño que recién ahora se sentía libre, que recién ahora experimentaba la felicidad plena. Su niño interior y mi niña dolida se habían sanado mutuamente, y a menudo jugaban juntos, cómplices y traviesos, divertidos y rebeldes.

El silencio se apoderó de nosotros y luego, las sonrisas se apagaron de a poco. Yo lo miraba, lo observaba fijo y sabía que de alguna forma, él podía verme a mí. Sentía como si estuviera mirándome, como si me desnudara con sus ojos, como si él pudiera observar mi alma. Entonces, su mano apretó la mía y, en un movimiento certero, me atrajo hasta sí, me abrazó con fuerza y escondió su cabeza entre mi cuello, apartó mi cabello y me llenó de besos. Se sentía hermoso, me sentía a salvo en sus brazos.

—Te amo, Ámbar —repetía una y otra vez—. Haremos lo que quieras que haga, no tienes que sentirte presionada.

—Quiero hacerlo, Mariano confío en ti —susurré.

—Si te sientes mal, en cualquier momento, solo me dices...

Asentí y entonces lo guie a la cama. Con sus piernas sintió el inicio del colchón y luego buscó el cierre de mi vestido. Lo dejé tantear, sin ayudarlo. Lo encontró pronto y lo abrió con suavidad, dejándolo caer al suelo. Le quité el saco, le aflojé la corbata, le retiré los lentes y desprendí lentamente su camisa hasta arrebatarla por completo.

Entonces le pedí que se acostara y me esperara, que tenía una sorpresa para él. Sonriendo, terminó de desnudarse hasta quedar en *boxers* y se acercó

a la cama tanteándola para meterse bajo las mantas.

Fui al baño y saqué del bolso —que más temprano Roberto nos había dejado en el hotel— aquel conjunto que preparamos para esa noche. Me lo puse y me observé al espejo. No me sentía mal, aunque aún no me acostumbraba a mi propio cuerpo, parecía tener una disociación con él.

Me encaminé a la habitación y me metí avergonzada bajo las colchas.

—Tengo un conjunto especial que Roberto me regaló para que lo disfrutemos juntos esta noche —dije con vergüenza, timidez y un poco de calor.

Mariano sonrió y acercó sus manos a mi estómago, palpó el conjunto y me pidió que le fuera explicando con palabras como era, de qué color. Acarició con suavidad la tela que cubría el abdomen y luego llevó sus manos a mis pechos mientras acariciaba la textura y recorría con sus dedos, siguiendo las formas o figuras del encaje. Nos empezamos a besar de nuevo mientras mis manos fueron a parar a su torso y pronto comenzaron a recorrerlo con ansias.

Fueron muchos los minutos que pasamos así, acariciándonos en silencio, palpándonos y reconociéndonos. Memorizando nuestras formas y conectando nuestras pieles. Yo cerraba los ojos para sumergirme en la misma oscuridad de Mariano, quería sentir lo mismo que él sentía, con mis manos, con mis dedos, con mis labios, con mis besos.

Las ropas se fueron apartando con lentitud, primero la parte de arriba de mi conjunto. Luego su bóxer y por último, mi pequeña braga de encaje blanco. Cuando estuvimos completamente desnudos, Mariano se acercó a mí. Su brazo izquierdo soportaba su peso recostado en el colchón y su mano derecha reposaba en mi estómago, su dedo índice trazando pequeños círculos. Su cara vuelta hacía mí y sus ojos cerrados pero con una cercanía tan intensa que me sentía observada.

—¿Estás bien? ¿Te sientes cómoda? —preguntó.

—Me siento cómoda, es como si nuestros cuerpos necesitaran acercarse.

—Lo necesitan, nuestros cuerpos y nuestras almas necesitan estar unidas. Eres hermosa, Ámbar me gusta todo de ti. Puedo verte, lo sabes ¿no es así? —inquirió con una sonrisa de lado.

—Lo sé —suspiré, él se veía hermoso, radiante, feliz.

Mi cuerpo anhelaba su tacto, sentía frío si no me tocaba. Me moví inquieta, ansiosa, anhelante y él comenzó a guiar su mano derecha hacia el norte de nuevo. Acarició con suavidad cada una de mis curvas, recorrió mi ser

y leyó mis reacciones. Mi piel se estremecía y yo me imaginaba que él era capaz de interpretar esas pequeñas montañas que poblaban mi cuerpo.

—Parezco un texto en braille, ¿puedes sentir la textura de mi piel? —bromeé y él sonrió.

—Intento leer lo que dicen —continuó la broma.

—Ahí dice «te amo» —comenté al sentir sus manos en mis brazos—. Y allí, dice «te deseo» —agregué cuando rozó mis pechos de nuevo.

—¿Y acá? —se aventuró hacia el sur haciendo un camino con la yema de sus dedos y parando justo en mi monte de venus. Mi piel se estremecía y mi cuerpo se sacudía nervioso y ansioso ante su tacto, deseoso de que siguiera, que llegara a más.

—«Soy tuya» —respondí en un acto de entrega total; ya no peleaba contra mis recuerdos, ya no quería rememorar el dolor nunca más. No deseaba que mi cuerpo me hablara del dolor y la desconfianza, quería que mi cuerpo se rindiera al amor y al placer a través de la entrega y la confianza.

—Cuando estamos en un lugar desconocido, me tomas de la mano y me guías. Yo me entrego a ti, dejo que lo hagas porque confío en ti, Ámbar. Ahora yo voy a guiarte, tú solo confía. Eres mía y voy a cuidarte, como yo soy tuyo y tú me cuidas.

Entonces sus dedos navegaron mis playas, se hundieron en mis lagos, recorrieron mis cavernas convirtiendo todos mis miedos en ansias, mi pudor en deseo; abriendo lentamente las compuertas cerradas por el dolor y los recuerdos, dejando que aflore de cada una un manantial de pasión que envolvió mi cuerpo por completo, que me hizo sentir viva, que me hizo sentir mujer.

Sí, yo era una mujer, una mujer cuya sangre ardía, cuyo corazón enloquecía, cuya piel se estremecía. Yo era un río, no estaba seca como pensaba, la crueldad de mi tormentoso pasado no había secado ni mi alma ni mi cuerpo. Este funcionaba y respondía a los estímulos que recibía. Mariano abrió mis compuertas y dejó fluir la represa.

—Dame tu mano —me pidió y se la pasé—. Siéntate, descubre lo bella, lo sexy, lo perfecta que eres —dijo mientras me guiaba con su mano y hacía que yo misma me recorriera—. Tu textura es perfecta, la temperatura adecuada, hueles delicioso, sabes como un manjar. —Se llevó mis dedos a su boca. Me sentí poderosa y eterna, y fue en ese momento en que me perdoné de una culpa que en realidad no tenía y me reconcilié con mi cuerpo. Suspiré al sentirme viva, al sentirme humana, al sentirme mujer—. Ya no puedo esperar más.

Su voz sonaba suplicante y ronca; el deseo se hacía palpable, un *tsunami* envolviendo nuestros cuerpos, ahogándonos en olas de placer. Me aferré a su cuello y le susurré al oído.

—Estoy lista, te necesito ahora.

Entonces todos los miedos se disiparon mientras abría los ojos y lo observaba colocarse entre mis piernas. Se veía hermoso y varonil. Tan dulce como excitante, tan suave como imponente. Con cuidado, con mucho cuidado, se fue recostando sobre mí. Besó mis labios y buscó mi oído, para recitarme una y otra vez su amor en melosas palabras y frases, mientras su cuerpo navegaba mis ríos, mientras se adentraba en el interior de mis cavernas mientras nos fundíamos por primera vez en cuerpo; pues en alma, ya lo habíamos hecho hacía tiempo.



39. Jugando a ciegas

MARIANO

La siguiente mañana desperté feliz, emocionado, sintiéndome pleno. Me quedé quieto en mi sitio para disfrutar de la cercanía del cuerpo de Ámbar desnudo, abrazado al mío, con su cabeza recostada sobre mi pecho. Pensé que aún dormía, pero de repente sentí algo húmedo y un pequeño movimiento de su cuerpo. Una leve sacudida me dio la pauta de que en realidad parecía... ¿estar llorando?

—¿Ámbar? ¿Amor? —Me asusté al sentir sus sollozos—. ¿Estás bien? ¿Te hice daño? Yo te dije que me detuvieras si...

—No es eso —interrumpió, incorporándose y besándome suavemente en los labios. Moví mis manos para acariciar su rostro y sentir qué tan mojada estaba su piel, qué tanto había llorado.

—Me asustas, amor —añadí al palpar la humedad, sin embargo, ella sonrió.

—Es extraño, lo sé pero no lloro porque esté triste o porque me hayas lastimado. Lloro porque me siento muy feliz, siento plenitud. Lloro porque no pensé que podría experimentar las cosas que vivimos anoche y ahora. Te amo, demasiado.

—Yo también. Fue exquisito para mí también —exclamé, besándole la frente y secando el resto de sus lágrimas.

—Debemos levantarnos para ir a las montañas, todo está listo para nosotros allí. Pasaremos unos días fantásticos, estoy muy emocionado —dijo con ansiedad y alegría en la voz.

—Creo que cualquier cosa a tu lado sería fantástica.

Nos levantamos y, luego de desayunar y de tomar juntos un agradable baño caliente, abandonamos el pueblo y nos dirigimos al hotel en las

montañas donde nos habíamos quedado algunos meses atrás. Pasaríamos un par de días allí, de luna de miel, escondidos del mundo y encerrados en nuestra burbuja de amor.

El bus nos condujo hasta el teleférico y, antes del mediodía, ya nos encontrábamos en la parte más alta de la montaña, donde ubicaba el hotel. Por primera vez, no me sentí inseguro ni avergonzado. Íbamos tomados de la mano y yo recordaba la vez en que ella se había tapado los ojos para vivir esta experiencia como yo la vivía. Al igual que en aquella ocasión, me dejé llevar por el ligero movimiento del aparato e imaginé que volaba a su lado.

Una vez en el hotel, nos dirigimos a nuestra habitación para dejar el equipaje y salir pronto a caminar. Todavía era temprano, podía sentir los rayos del sol intentando vencer el fresco de la montaña.

—Me encanta estar de nuevo aquí, contigo —susurró ella, aferrándose a mí y besándome en la mejilla—. Parece que quedó muy lejos la primera vez que vinimos, he aprendido mucho desde entonces.

—Lo mismo digo —sonreí.

Algo golpeó entonces mi brazo libre y la risa fresca de Ámbar siguió al ligero golpe.

—Es una pelota —explicó Ámbar mientras me sobaba el brazo—. Hay un niño jugando a nuestra derecha.

La sentí apartarse un poco para tomar en sus manos la pelota mientras unos pasos ligeros se acercaron a nosotros.

—Perdón... —Se disculpó un niño.

—No hay problema —sonreí.

—Disculpe, señor, ¿es cierto que usted usa un bastón blanco porque no puede ver nada? —preguntó entonces el chico.

—¡Silvino, no molestes al hombre! —Una voz adulta se acercó veloz tras el pequeño.

—No se preocupe, no está molestando —respondió Ámbar, amable.

—No, no puedo ver, es verdad —afirmé.

—¿Por qué? —preguntó el chiquillo con notable interés.

—Porque tuve un accidente cuando era chico y mis ojos quedaron dañados —expliqué; ya no me molestaba hacerlo.

—¿Y cómo puede hacer las cosas; caminar, estudiar o manejar un carro?

—Hay cosas que no puedo hacer, Silvino —respondí sonriendo—. Manejar un carro sería muy peligroso, ¿no lo crees? Pero todo lo demás lo puedo hacer, puedo caminar, o correr o saltar o cualquier cosa que desee. Estudiar o leer lo hago con libros especiales que leo con los dedos.

—¡Wow! ¿Usted tiene ojos en los dedos? —preguntó el niño.

Su madre lo llamó al orden.

—¡Silvino!

—No se preocupe, es un niño y tiene ganas de saber —respondí a la madre—. Puedo leer con los dedos porque me han entrenado a usar los demás sentidos para poder moverme en la vida, Silvino. ¿Tú sabes cuáles son los sentidos?

—Sí, me los enseñaron en la escuela —afirmó el niño.

—Bueno, pues yo utilizo el tacto para poder leer o para conocer el mundo, así como el oído, el olfato y el gusto. Digamos que los tengo más entrenados ya que me falta la vista. ¿Sabes? Es como si tuvieras un partido de fútbol y te faltara un jugador, los demás deberían hacer más esfuerzo, ¿no lo crees?

—Sí, seguro que sí —afirmó el chiquillo—. Aún me cuesta imaginar cómo podría jugar a algo si no puedo ver.

—¿Tienes ganas de probar? —preguntó Ámbar y yo no supe a qué se refería.

—¿Sí? —respondió el niño inseguro, puedo jurar que miró a su madre por el consentimiento y, por lo visto, ella lo aceptó.

Ámbar explicó que le pondría un pañuelo al pequeño en el ojo y que luego él y yo jugaríamos un partido de fútbol.

—¿Cómo lo haremos si no vemos? —inquirió el pequeño.

—Yo seré del equipo de Mariano y tu mami será de tu equipo, nosotros iremos al lado y les daremos indicaciones; si deben ir por la derecha o la izquierda y cuando deben chutar la pelota.

—¡Genial! —exclamó el pequeño entusiasmado. Yo sonreí ante la loca idea de mi mujer, pero me dejé llevar.

La última vez que jugué al fútbol, todavía podía ver y no tenía más de seis o siete años. Al principio, dudé y tuve algo de miedo, pero pronto me sentí en plena confianza cuando Ámbar empezó a darme las indicaciones. Podía oír también la voz de la madre del chico diciéndole por dónde ir en búsqueda de la pelota, el pequeño reía y yo también. De repente, éramos dos niños, jugando, disfrutando, divirtiéndonos.

No puedo decir cuánto tiempo pasó, pero el partido quedó zanjado cuando Silvino me ganó cinco sobre dos. Entonces él y su mamá festejaron el triunfo.

—¡Gracias por jugar conmigo! —exclamó el chico, acercándose a mí—. Al principio fue difícil, pero luego pude ir sintiendo cuando usted se acercaba y así correr hacia otro lado. Creo que ya entendí cómo funcionan sus sentidos.

Además, mi mami me ayudó mucho y eso fue genial porque yo sabía qué hacer aunque no pudiera ver.

—Exacto, se trata de eso de confiar en uno mismo y en los demás.

—Bueno gracias por esta hermosa experiencia —agradeció la madre—. Ahora los dejamos, vamos, Silvino.

—Adiós, pequeño —me despedí.

—¡Adiós! —exclamó el niño.

—Una última cosa antes de que te vayas —agregó Ámbar—. Cuando conozcas a alguien distinto a ti, primero ponte en sus zapatos, intenta ver el mundo como esa persona lo ve, así como lo hiciste ahora, Silvino. Verás que todos somos diferentes, pero en el fondo, somos lo mismo.

—Okey, lo tendré en cuenta —dijo el niño.

Los oí alejarse.

—¿Qué fue eso? —reí, abrazando a mi esposa.

—Nada, algo de diversión, además estaba testeando cómo serás cuando seas padre —contestó con tranquilidad y riendo mientras me abrazaba de nuevo. Parecía que no podíamos tener las manos alejadas el uno del otro. La idea de ser padre nunca se había instalado en mi cabeza, pero al oírla mencionarlo, pude sentir dentro de mí una punzada de esperanza.

—Muy chistosa —bromeé—. En serio, me divertí mucho hacía demasiado tiempo que no jugaba. Tú despiertas al niño que hay en mí.

—Eso es bueno. Aunque también puedo despertar al hombre *sexy* y encantador —susurró en mi oído, enloqueciendo todos mis sentidos.

—Despiertas todo, todo en mí —susurré en su oído para seguirle el juego. Nos besamos tras aquellas palabras, un beso tierno, dulce, lleno de emoción.

—Me encantó ver al niño intentando ganarte, de hecho, le dejé que lo hiciera —sonrió tras admitir aquello.

—Creo que le has dado una bonita lección de vida. Estoy orgulloso de ti, Ámbar. Me encantó lo que le has dicho, si podemos cambiar el corazón y la forma de pensar de aunque sea un niño, un joven, una persona, el mundo será un lugar mejor.

—Por eso es que se dedica usted a la docencia, Profesor Galván —afirmó ella.

—Así es, señorita Vargas.

—Señora —corrigió con una sonrisa—. Gracias por enseñarme tanto, Profesor Galván.

—Es un honor poder compartir la vida con usted, y enseñarle tanto, como también aprender —agregué y volví a abrazarla.

Aquellos fueron los primeros días de una fantástica historia juntos, los primeros rayos de luz que presagiaban una vida plena y feliz, donde a pesar de las dificultades, reinaba la confianza, el diálogo, el perdón y la esperanza donde ante todo, importaba el amor. Una vida donde nunca más volví a encerrarme en la oscuridad de la soledad.



Epílogo

MARIANO

Su vibrante risa era como música para mis oídos. Estaba sentado en el patio de nuestra casa, disfrutando de un domingo cálido y del sonido de sus pasos corriendo por el pasto, de su risita aguda y de las canciones que de pronto se ponía a cantar; eran alimento para mi alma. Me encantaba su carácter, cariñosa y dulce, alegre y ocurrente. Amaba cuando ella y Ámbar se discutían por mi cariño.

—¡Es mi papi! —insistía Valeria.

—Yo lo vi primero —le discutía Ámbar divertida. Valeria se ponía nerviosa y muy chistosa, hasta que Ámbar le decía que yo era de ambas y que podían compartirme, entonces solían abrazarse para luego abrazarme a mí.

Quién diría que mi vida iba a cambiar tanto, quién diría que Dios tenía todo esto preparado para mí. A menudo, solía preguntarme dónde estaría Rita y si podría verme. Me hubiera gustado que conociera a Valeria; podía imaginarla haciéndole preguntas difíciles y llenándola de porqués.

—Papi, ¿me lees el cuento? —dijo de pronto, acercándose a mí y sentándose en el césped justo a mi lado. Podía sentir el calor de su cuerpo sudoroso por andar corriendo por el jardín bajo el sol del verano. Se recostó en mi regazo y acaricié su cabello que no era rizado como el de su madre, sino más bien ondulado.

—Bien, pensé que ya no ibas a querer que te lo lea —respondí mientras abría un libro de cuentos en braille que formaba parte de una colección que Ámbar compró para que nuestra hija aprendiera a leer con los dedos. Yo le dije que no tenía sentido, pero ella insistía en que tanto Vale como los que estaban por nacer, debían aprender, así como ella lo había hecho. Mi niña me contó que el libro tenía unos puntos de colores y que abajo había letras que

decían lo que yo le leía con mis dedos, también había dibujos. Así que suponía que era un libro hecho para chicos que podían ver, pero que deseaban aprender.

—Lo que pasa es que estaba juntando flores para llevárselas a mamá —explicó mi pequeña.

Empecé a leerle el cuento del gusano que tenía cien pares de zapatos y ella rio como si fuera la primera vez que lo escuchaba; en algunas partes, repetía las frases conmigo pues ya se las sabía de memoria.

—¡Mariano, amor! —Ámbar se acercó, llamando.

—¡Shhh! —dijo Valeria.

—No le digas así a mamá —regañé con dulzura mientras le sonreía.

—¿Qué hacen? ¿Puedes ir a comprarme un jugo de duraznos con galletitas de chocolate? —preguntó mi mujer como si nada.

—¡Yo quiero galletitas de chocolate! —exclamó Valeria levantándose—. ¿Puedo ir contigo, papi?

—Creo que no me dejan muchas opciones —respondí, y Ámbar me acarició el brazo con cariño. Me levanté y la abracé, era la única forma que tenía de sentir su enorme abdomen—. ¿Qué haces levantada, Ámbar? —pregunté mientras bajaba mis manos a su estómago.

—Estoy aburrida de estar en cama, me encantaría poder ir de paseo al supermercado con ustedes —dijo con tono infantil y quejumbroso.

—No puedes —respondí con seguridad, me encantaría llevarla, pero debe reposar. Los bebés ya están por nacer y el doctor ha dicho que debe quedarse quieta para que intentemos llegar al término del embarazo.

—Bueno —dijo como si estuviera haciendo una mueca infantil, Valeria se rio—. Pero tráiganme el jugo y las galletitas —insistió.

—Lo haremos —respondí, besándola en los labios. Valeria ya había ido hacia la casa, me soltó de la mano y corrió. Ámbar y yo ingresamos a la sala. Busqué mi billetera y le pregunté a Vale si estaba lista, ella respondió que sí y me tomó de la mano izquierda, porque en la derecha llevaba el bastón blanco.

Salimos de la casa y caminamos en silencio hasta que Valeria empezó a hacerme preguntas sobre aves, mariposas y picaflores; le gustaba aprender sobre los animales. Para responderle, ya había tenido que leerme un par de enciclopedias. Conversamos sobre algunas especies y, mientras ella me detallaba cómo se veían, sus colores y sus tamaños, yo me los imaginaba en mi mente. Me agradaba estar con Valeria porque sacaba mi lado infantil, ese niño que nunca pudo ser realmente un niño.

Durante el camino, escuché los mismos cuchicheos de siempre. A la gente le asombraba que yo saliera solo con mi hija por la calle. Y eso que Valeria ya caminaba y se manejaba, aquello era mucho peor cuando era solo una beba y yo salía cargándola en el fular portabebés. Algunas personas se acercaban a preguntarme si necesitaba ayuda y otras me dejaban escuchar que era un padre irresponsable por exponer a mi hija así o que la pobre niña tenía una madre tan descuidada que la dejaba sola conmigo.

Al principio me dolía mucho, me costaba enfrentar esos comentarios, quería acercarme y decirles a esas personas que mi discapacidad no tenía relación con mi paternidad, que yo sabía cómo cuidar de mi hija y que aquello no era de su incumbencia. Una vez, nos quitaron una fotografía y la hicieron viral, Ámbar me leía los comentarios a favor y en contra, fue horrible, a pesar de que había gente que estaba a favor y que le parecía muy bella la imagen. Lo cierto era que la sociedad no terminaba —y por lo que parecía no terminaría nunca— de entender que no somos tan diferentes, que puedo amar y cuidar a mi hija igual que cualquier padre que pueda ver a la suya.

Fue Ámbar —como siempre— la que logró tranquilizarme, fue ella la que me dijo que a veces la gente que se acercaba y me preguntaba si necesitaba ayuda para cruzar la calle lo hacía con buena intención. A veces me apartaba bruscamente de esas personas porque sentía que me tenían lástima o que me creían incapaz, o porque me generaba desconfianza que algún desconocido se apoderara de mi espacio personal, pero Ámbar me explicó que no funcionaba así, que la gente solo quería ayudar. Y fue ella la quien me enseñó que no valía la pena ponerme mal por aquellos que no entendían nuestro mundo y nuestra forma de criar. Al principio, quise dejar de salir a la calle solo con mi hija, pero mi mujer me instó a que lo volviera a hacer, ella confiaba en mí y me decía que no había nadie con quien Valeria estaría más segura que conmigo.

Llegamos al supermercado e ingresamos para comprar lo que Ámbar deseaba, caminé por el pasillo hasta el sitio de los jugos y le pedí a Valeria que eligiera el que su mamá había pedido, ella ya sabía hacer esas cosas, se desenvolvía muy bien cuando salía conmigo, éramos un equipo perfecto, como a ella le gustaba decir. Compramos las galletitas y salimos de allí para regresar a casa. Reíamos y conversábamos sobre un muñeco de peluche que ella había visto en una vitrina, cuando se detuvo en seco.

—Papi, creo que algo ha sucedido en casa, hay una ambulancia enfrente —dijo, y entonces ambos corrimos para ingresar al hogar. Mi corazón dio un

vuelco apenas terminó la frase y lo único que pude hacer al entrar fue gritar el nombre de Ámbar con desespero.

—Estoy bien, Mariano, solo vienen los bebés —dijo con la voz cargada de ansiedad—. Llamé a la ambulancia porque rompí fuentes. Vale, ve por el bolso y vamos —añadió.

—¿Estás bien? —pregunté, acercándome confundido.

—Sí, ya es hora —respondió, acababa de ingresar a la semana treinta y siete, así que esperábamos que los bebés ya tuvieran el peso necesario aunque fueran dos. Me quedé de pie sin saber qué hacer, pero ella me tomó de la mano—. Vamos, llama a Valeria y subamos a la ambulancia.

Esa tarde, casi a la noche, nacieron los gemelos Alex y Axel. Mamama vino a llevar a Valeria a su casa para que pudiera descansar y nosotros nos quedamos en el hospital con los pequeños que habían sido llevados a incubadora.

—Cuéntame cómo son —dije a mi mujer mientras estábamos en la habitación. Más temprano habíamos ido a verlos, o bueno, ella los había visto.

—Son perfectos, como Valeria y como tú —respondió, tomándome la mano.

—Tú eres perfecta —sonreí—. Nuestra familia lo es. Ya quiero tocarlos, sentirlos —dije ansioso.

—Será difícil identificarlos, son iguales —añadió Ámbar divertida.

Esa noche, la dejé descansar porque se encontraba agotada después del parto. De vez en cuando, acariciaba su cabeza y le daba pequeños besos en la frente. Me sentía orgulloso y feliz de ser su esposo. Cuando se durmió, elevé una oración de agradecimiento por su vida, por la vida de Valeria y la de los recién llegados. Me imaginé a mí mismo, sentado en la primera hilera de la iglesia del convento, siendo un niño lloroso que rogaba por su milagro, y una vez más las lágrimas se derramaron, pero esta vez no por el miedo, la soledad o la impotencia, sino por el inmenso agradecimiento y el gozo que experimentaba mi alma.

Recordé la primera vez que fui con Ámbar al campanario, parecía que habían pasado un millón de años desde aquel entonces; nunca olvidaré cuando ella me dijo que hubiera querido darme sus ojos para que pudiera ver las estrellas. Era una declaración inmensa de verdadero amor, algo que en ese momento no supe apreciar por completo. Todavía había días grises en mi vida, como en la de todos, supongo, todavía había momentos en los que deseaba poder verla, poder contemplar la sonrisa de Valeria o mirar a mis bebés recién nacidos, había días en los que daría todo por poder observar

durante un solo segundo a las personas que más amaba en el mundo; y también había momentos en los que la sociedad, cargada de prejuicios, hacía más difícil vivir con mi discapacidad. Sin embargo, yo sabía que había obtenido lo que siempre había anhelado, podía ver las estrellas brillar en el firmamento, Ámbar y mis hijos eran esas estrellas que brillaban con fuerza dentro de mi noche oscura; sus voces, sus risas y sus caricias, iluminaban mi vida y habían cambiado para siempre la percepción que tenía del mundo. Ellos me amaban cómo era, y eso me hacía sentir seguro, porque todos éramos capaces de vernos de una manera mucho más profunda que con la mirada. Rita me había dicho que un día entendería todo esto, y había tenido razón, ya no vivía renegando de lo que me faltaba o siempre a la defensiva por temor a ser lastimado, vivía a pleno, agradeciendo lo que tenía y de lo que la vida me deparaba, y aún en los momentos de debilidad, cuando las cosas no parecían tan sencillas, me reconfortaba pensar que todos en mi familia podíamos vernos, con los ojos del alma.



Unos años después

VALERIA

—¿Se pueden apurar? ¡Voy a llegar tarde!

En momentos como este, odiaba a mis hermanos. Ambos peleaban, como siempre lo hacían, mientras discutían por tonterías. Yo me encontraba nerviosa, ansiosa, desesperada porque se hacía tarde y además, debía dar un discurso.

—Tranquila, ¿quieres que vayamos nosotros y que ellos nos alcancen después? —preguntó mamá.

Negué. Deseaba que fuéramos todos juntos, en familia. Este era un momento importante para mí.

—Aún tenemos algo de tiempo —respondí en un suspiro, con la mirada fija en el reloj.

—¡Mamá! ¡Axel me está molestando! ¡Quiere usar una corbata negra y yo ya llevo una igual, dile que use otra!

—¡Axel, por favor colabora, elige otra! —Papá interrumpió en la escena y luego se acercó a abrazarme. Me perdí en sus brazos fuertes y seguros, el lugar donde más paz encontraba en el mundo. Yo era su princesa, siempre lo había sido.

—¡Yo la tomé primero! —gritó Alex.

Mamá, bufando, subió a la habitación de los chicos a solucionar el problema. Los gemelos eran imposibles, estaban entrando en la adolescencia y buscaban diferenciarse el uno del otro; odiaban llevar los mismos colores, camisetas parecidas o cualquier cosa que hiciera que la gente los confundiera.

En realidad eran muy distintos por dentro, aunque iguales por fuera. Axel era un artista que adoraba la música; se había dejado crecer un poco el pelo, era desordenado, bromista y divertido. Alex era meticuloso, amaba las

matemáticas y todo lo que tuviera que ver con los números; su vida era completo orden. Creo que cada uno tenía algo de nuestros progenitores, Alex era más parecido a papá, y Axel a mamá.

—¿Nerviosa? —preguntó mi padre, besando mi frente.

—Algo no se me da bien eso de hablar en público, no sé cómo puedes pararte delante de tantos estudiantes y darles clases.

—No los veo —bromeó, y yo le di un pequeño golpe en el brazo.

—Es en serio, papá —repliqué—. Aun así, sabes que están allí.

—Solo imagina que hablas sola, que estás frente a un espejo y que no te mira nadie. Imagina que no los puedes ver —dijo, encogiéndose de hombros.

—Lo intentaré. Espero que te guste el discurso que he preparado para hoy —admití emocionada, él era mi inspiración.

—Lo que sea que hagas o digas, a mí siempre me gustará, pequeña. Estoy tan orgulloso de ti solo por ser como eres.

—¡Listo! ¡Vamos! —zanjó mamá que bajaba seguida de los gemelos, mis hermanos bajaron tras ella usando corbatas de distintos colores.

Ella era una mujer hermosa; yo admiraba su carácter, su determinación y su fuerza de voluntad.

Cuando llegamos a la escuela, fui a reunirme con mis compañeros mientras mis padres y mis hermanos buscaban sus asientos en el salón de actos donde se realizaría la ceremonia. Los maestros nos formaron en filas y por lista; luego, nos dirigimos hasta el escenario para ocupar nuestras posiciones.

Terminado el discurso del director y de algunos maestros, llegó la hora de la entrega de diplomas. Nos llamaron uno por uno en una ceremonia que parecía interminable y que solo aumentaba mis nervios. Cuando por fin se retiró el último alumno, el director tomó de nuevo el micrófono y me buscó con la mirada.

—Ahora, escucharemos el discurso de Valeria Galván Vargas, la egresada de honor de esta promoción.

Me levanté, nerviosa, y caminé hasta el estrado con varios apuntes en mi mano. Había escrito el discurso porque sabía que, con los nervios, la memoria probablemente me fallaría.

—Buenas tardes a todos —saludé una vez colocada en el podio, observé entonces a la gente: mis compañeros de promoción, sus familiares y amigos. Visualicé a mi madre en la tercera fila junto a mis hermanos; el tío Rob y la abuela mamama también estaban allí, al lado de Alex. Y al otro lado de mamá vi a mi padre. Una sonrisa enorme iluminaba su hermoso rostro, estaba

orgulloso de mí, podía sentirlo. Recordé sus palabras y cerré los ojos, suspiré y me centré en la oscuridad—. Los que me conocen, saben que no soy de hablar en público, así que esto me está costando un poco —admití antes de abrir lentamente los ojos para empezar a recitar mi discurso.

»Durante toda la vida he escuchado a la gente decirme lo inteligente que soy. Desde muy pequeña, he oído de las personas la frase: «¡Eres tan inteligente como tu padre!». Sí, mi padre es una persona inteligente, los test dicen que es más inteligente de lo normal; en mi caso, no es así, estoy en la norma, al igual que todos ustedes. Si estoy aquí arriba es solo porque me he esforzado mucho, y todo esfuerzo tiene su recompensa.

»Hoy quiero dedicar este diploma a las dos personas más importantes de mi vida, a aquellos que me han guiado a ser lo que soy, a quienes les debo todo. Quiero dedicarle este esfuerzo a mi madre, que es mi pilar, la persona que siempre me escucha y está allí para mí. Ella, que desde pequeña me habla sobre la libertad, que me dijo que siendo libre encontraría la felicidad.

»Mi madre me enseñó que la libertad no se trata de hacer lo que uno quiere a costa de cualquier cosa, no se trata de no escuchar consejos de quienes saben, ni se trata de que los jóvenes nos creamos dueños y señores del mundo. La libertad no se trata de huir de los problemas, sino de enfrentarlos. De ser responsables, de tomar decisiones, analizando sus consecuencias; se trata de respetar a los demás y, sobre todo, se trata de perseguir los sueños, incluso aquellos que nos parecen más inalcanzables. Porque ante todo, somos libres para soñar, sin que nadie opaque nuestras ilusiones. Mi madre me enseñó eso, que soy libre para soñar, para luchar, para amar, para volar siempre y cuando, lo haya decidido con responsabilidad. Y esa libertad, es la que da la felicidad. Yo he decidido estudiar, he decidido soñar y perseguir lo que anhelo por eso hoy estoy acá.

»Mi padre. ¿Qué les puedo decir de mi padre? Si en este mismo instante el mundo colapsara, si estuviera de su mano, no tendría miedo. Mi padre me ha enseñado que no existen barreras, que solo basta con creer en uno mismo, que nada es imposible para quien cree en sí mismo. Mírenlo allí —lo señalé sonriente—, está orgulloso de mí. Lo sé, pero no porque estoy aquí, está orgulloso de mí solo por ser su hija y yo estoy orgullosa de él porque es mi padre. Él y yo tenemos una conexión única y especial, él dice que esto se dio desde que nací y él me cargó por primera vez en sus brazos.

»Papá nunca pudo ver mis ojos, no sabe que tengo su misma nariz o que mis labios tienen la misma forma que los suyos, pero él puede saber si estoy feliz o estoy triste con solo estar en la misma habitación que yo. Mi padre me

enseñó a ver el interior de las personas, él me ha demostrado que no importa el estuche con el que hayamos venido a esta vida, sino el mundo interior que poseemos, nuestro corazón, nuestros pensamientos, nuestros valores. De mi padre aprendí que los mejores colores no son los que están acá afuera, sino aquellos con los que pintamos nuestro interior, porque como dice uno de los libros que él me leía de pequeña; «*Lo esencial, es invisible a los ojos*».

»Gracias a ustedes, compañeros, por haber llenado mi mundo con sus diversos colores a lo largo de todos estos años que estudiamos juntos. Los impulso a seguir soñando, luchando y creyendo; para que todos alcancemos lo que hoy anhelamos.

Los aplausos inundaron la estancia. Contemplé los rostros de los presentes que sonreían, se abrazaban, se felicitaban y se animaban a seguir adelante. Un rostro en particular llamó mi atención: el de mi mejor amigo, César, que me sonreía, orgulloso. Con un gesto, me señaló que bajara del estrado para vernos detrás del escenario. Descendí entusiasmada por darle un abrazo, tenía miedo de que nos separáramos ahora que empezaría la universidad. César era especial para mí, aunque él no lo sabía. Era más especial que un amigo, pero él no lo veía.

Corrí a sus brazos y me envolvió en ellos. Adoraba abrazarlo, me sentía a gusto en su mullido cuerpo. César era un chico con problemas de sobrepeso, había sufrido mucho —a lo largo de toda la infancia y adolescencia— las burlas de algunos compañeros. Así fue como nos conocimos, teníamos trece años y chocamos cuando él escapaba de Matías, uno de los chicos más revoltosos de la escuela, uno de esos que siempre anda molestando al resto. César echó mis libros y, apenado, se agachó para levantarlos. Sus ojos eran grises, su cabello rojizo y su rostro estaba salpicado de pequeñas pecas que me encantaban, él era único.

César era el chico más bueno que había conocido en mi vida; nunca le haría daño a nadie, era leal y sincero, cariñoso y detallista. Yo solía pensar que él era el novio ideal para cualquiera de mis amigas, si solo pudieran ver más allá de lo que su cuerpo ofrecía. Entonces, de repente me vi preguntándome a mí misma si acaso no era él lo que yo quería. Y así, un día descubrí que me gustaba, así todo, completito, sencillamente no cambiaría nada en César, salvo quizá, que dejara de verme solo como una amiga.

—Estuviste perfecta, como siempre —dijo, besándome en la frente.

—¿Lo dices en serio o solo porque eres mi amigo? —sonreí, observando sus ojos, las ventanas grises que brillaban con orgullo y me indicaban que lo hablaba desde el corazón.

—Lo digo en serio y porque soy tu amigo. Tus padres estarán felices —agregó.

—Gracias por hacer mi vida más divertida durante todos estos años —murmuré—. Extrañaré no verte a diario.

—Estaremos cerca, seguiremos siendo amigos como siempre. No pienso apartarme —aseguró y, con una mano, colocó un mechón de mi pelo tras mi oreja. Todavía nos hallábamos muy cerca, más de lo que normalmente estábamos—. No sé qué hubiera sido mi vida en este infierno si no hubieras estado conmigo. Cuando en un futuro recuerde lo horrible de la secundaria, al menos podré decir que tú me la hiciste más ligera. Es cierto todo lo que dijiste, gracias por ver en mí mucho más allá de lo que todos ven, gracias por ver en mí mucho más que solo esto —dijo alejándose y señalando su propio cuerpo.

—César ojalá —ladeé la cabeza nerviosa—. Ojalá dejaras de verte de esa forma, ojalá pudieras verte como yo te veo. Quisiera prestarte mis ojos para que lo hicieras.

—Eres muy buena, Vale, pero no es momento para hablar de mi autoestima. Hoy es tu día, hay que disfrutarlo. Tus padres te estarán esperando.

—¡Valeria! ¿Dónde estabas? ¡Papá y mamá te buscan! —Axel se acercó a nosotros corriendo—. ¡Hola, César! —lo saludó antes de regresar a mí—. Te estamos esperando frente a la entrada, ¿vienes? —preguntó.

—Sí, voy enseguida —respondí.

Conforme con mis palabras, él asintió y se marchó.

—No te entretengo más, nos vemos mañana —agregó César una vez que mi hermano desapareció entre la multitud.

Y entonces me mordí el labio inferior, dubitativa, hasta que una certeza brilló en mi interior. Me acerqué como para despedirme con un beso en la mejilla, pero allí decidí desviar el camino y lo planté suave en sus labios.

—¿Valeria? ¿Qué? —César me miró confundido cuando nos separamos, todo mi ser vibraba y solo pude sonreírle emocionada. Me encogí de hombros, sin encontrar las palabras adecuadas.

—¿Te cuento un secreto de mejores amigos? —pregunté. Él frunció el ceño, confundido, pero luego asintió. Me acerqué a su oído y le susurré—. Creo que me gusta mi mejor amigo.

Besé su mejilla y salí corriendo hacia donde estaban mis padres. Ya mañana hablaríamos de nuevo.

—¿Dónde te metiste? —preguntó Alex.

—Estaba con César —respondió Axel, guiñándome un ojo.

—¡Estuviste perfecta! —añadió papá, abrazándome aún muy emocionado.

—¡Maravillosa! —mamá se unió al abrazo. Y luego lo hicieron el tío Rob, la abuela y mis hermanos. Esta era una familia de abrazos grupales.

Después de separarnos, caminamos hacia el auto. Mamá y papá iban delante, tomados de la mano, como siempre. Alex y Axel iban cada uno a un lado y yo, en el medio. El tío Rob se había ido hasta su vehículo con la abuela; ellos nos seguirían a donde fuéramos. Mis hermanos y yo sonreíamos felices, bromeábamos y debatíamos sobre el sitio que escogeríamos para el festejo.

Teníamos una tradición: cuando uno era agasajado, elegía el lugar, así que hoy me tocaba a mí tener la palabra final, aunque los chicos intentaban persuadirme para que escogiera el sitio que a cada uno de ellos le gustaba más.

Desde el automóvil, noté que César me miraba; sus ojos brillaban. Le sonreí. Me sonrió. Y supe que yo también le gustaba.



ARACELI SAMUDIO (Asunción, Paraguay). Nació en Asunción (Paraguay), donde vive actualmente. Mujer, madre, esposa, docente, emprendedora y amante de las letras, se considera a sí misma como un alma en constante movimiento. Artista y creativa por naturaleza, siempre está buscando dar forma a las ideas que se van formando de manera ininterrumpida en su mente y en su corazón, encontrando en las palabras la forma de liberarlas.

En el año 2017 publica las novelas *La chica de los colores* y *Tu música en mi silencio*, ambas pertenecientes a la serie «Amor en un mundo inclusivo». En septiembre del mismo año publica *Sueños de cristal*, en coautoría con Carolina Méndez. En 2018 publica *Con los ojos del alma*, tercera obra de la serie «Amor en un mundo inclusivo».

Escribe principalmente romance y novelas juveniles, aunque ha incursionado también en la fantasía y el paranormal. Impregnada en tinte romántico, le gusta escribir historias con personajes y temas reales de la vida cotidiana y, sobre todo, busca dejar con ellas una huella de esperanza o un mensaje inspirador en el alma de cada lector.

